

Jaime Bustos Mandiola

CRONICAS

de un ex Locutor de Radio

(Años 50-60)



Y muchísimo más...
como el frustrado Negocio
con Marlon Brando, padre



BRAVO Y ALLENDE
EDITORES



El autor en Jamaica

Jaime Bustos Mandiola se desempeñó como Locutor y Libretista Radial durante varios años. En un período le correspondió transmitir las Sesiones del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas desde Santiago a Nueva York. Bustos Mandiola es un enamorado de los climas tropicales, en especial del Caribe y de sus idílicas islas. A través de estas crónicas nos relata, con estilo pintoresco y descriptivo, sus experiencias radiales como también algunos viajes al extranjero. Contactos con personalidades que han hecho historia y muchísimo más. Son imágenes a todo color, entretenidísimas por sus tan especiales anécdotas. El autor tiene a su haber varios libros publicados: LAS MASCOTAS DE LA TAHITI-NUI (Expedición de Eric de Bisschop) editado en Santiago, París (en francés) y Barcelona. Esta obra, tanto en castellano como en francés fue declarada Texto Auxiliar de la Enseñanza Básica y Media respectivamente por el Ministerio de Educación. CHILENIDADES (Historia), EL DELITO DE OMAR JARPA (Rural), numerosos cuentos y artículos aparecidos en diferentes periódicos de nuestro país. El autor es miembro de la Sociedad de Escritores de Chile.

Jaime Bustos Mandiola

CRÓNICAS DE UN EX LOCUTOR DE RADIO

(años cincuenta al sesenta)

y muchísimo más.

Como el frustrado negocio con
Marlon Brando, padre.



BRAVO Y ALLENDE EDITORES

© Bravo y Allende editores, 1996
Inscripción N° 95.490
I.S.B.N. 956-7003-31-9

Se prohíbe toda reproducción total o parcial
en medios escritos, electrónicos o de cual-
quier otro tipo, sin hacer mención de la
fuente.

Diseño Portada: Publiprom Ltda.

Impresión: Valgraf Ltda., 1996

IMPRESO EN CHILE - PRINTED IN CHILE.

INDICE

Prólogo	5
Precursor de Locutores	7
Rádios F.M. (frecuencia Modulada)	10
La Música: Personajes extranjeros que nos visitaron.	11
Orquestas Estables	15
Artistas de Radio más populares, años 50-60	15
Conjuntos folclóricos nacionales	17
Periodistas	19
¡Aun tenemos Música Chilenos!	23
Deportes años 50 al 60	24
Radioteatros	26
Recitadores	28
Alejandro Flores, Raúl Matas	29
Fernando Podestá, Eglantina Sour y otros	31
Locutores-Locutoras	33
Actrices de Radioteatro	35
Actores de Radioteatro	35
Locutores deportivos y Comentaristas	36
Comentaristas sobre variados temas	37
El día del Trabajador Radial	38
El Laurel de Oro	39
Intendente-Alcalde	40
En la «Sala» Maru	41
Director Gerente de Radio Agricultura. Los Angeles	42
Como nos cambia la vida	45
En el Teatro Municipal	47

El violín Stradivarius	48
En el Cine Dieciocho	50
Mi primer automóvil	51
En el Consejo Económico y Social de la N.U	54
La publicidad también ayuda	55
Durmiendo en la cama de un ex Presidente de la República	56
El «Santo Dumont»	58
En la Quinta Vergara	61
La Historia de Chile se escribió en el Mar	65
La Efemeride Premiada	69
Las Lilas, chacra de la familia Mandiola	72
Tres anclados en Mendoza	75
Asesor agrícola de Maluenda	80
El Peneca	82
El Copiapino	83
El Fürher de mi barrio	87
Chilenidades	89
Un perdido	90
Un viaje a Ancud y sus inesperadas consecuencias	96
Mi Buenos Aires querido	98
Eric de Bisschop (Expedición Tahiti-Nui)	101
La frustrada empresa de Marlon Brando, padre	109
El Cónsul Carlos García-Palacios	112
En las tierras de Mandolino	116
Una nueva vida	119
El desconocido	121
Hacia Cartagena de Indias, Paseo al archipiélago	122
Jamaica	136
Anexo Fotográfico	147

PRÓLOGO

El presente libro no es la historia de nuestra Radiotelefonía. Solamente hemos querido insertar en él, aspectos relevantes de un tiempo ya ido, del cual fuimos actores y también espectadores en variados sucesos radiales o relacionados con este medio.

Más de alguna anécdota puede que sea ajena al tema mismo, pero por parecernos interesante, la incluimos.

Registramos aquí numerosos nombres de primeras figuras del micrófono, algunas de las cuales aún están vigentes y en el pináculo de la fama.

Discúlpennos aquellos que no mencionamos en estas Crónicas, ya que, poseyendo tantos valores como los más adelante nombrados, se han esfumado en forma involuntaria de nuestra mente, debido a los años transcurridos.

Creemos que los calificativos empleados en este pequeño volumen, son valederos y muy merecidos, ya que sin el aporte significativo de hombres y mujeres del ambiente radial, en cualquiera de los rubros que abordamos, este popular, cultural y entretenido medio de comunicación, no habría obtenido por largos años el aplauso del público, ni la trascendencia que ha dejado.

Señalemos también la abnegada y efectiva colaboración de periodistas, administrativos, programadores y radiocontroladores, cuyo trabajo, muchas veces anónimo, ha sido imprescindible en toda emisión de Radio.

EL AUTOR.

PRECURSOR DE LOCUTORES

El primero en construir en nuestro país un transmisor de Radio, fue don Enrique Sazié, en 1922. Su voz también fue la primera en «salir al aire», para sorpresa de los pocos iniciados en los misterios de la Radiotelefonía en aquel tiempo.

Fue el 19 de agosto de 1922 (cuenta don Enrique Sazié en entrevista del 6 de mayo de 1958, aparecida en Revista Ercilla) cuando me tocó hacer la primera demostración pública del invento en el hall de El Mercurio. Anteriormente lo había hecho en privado ante los jefes de la empresa.

En la primera audición el escritor Rafael Maluenda leyó una charla festiva y el tenor Jorge Quinteros cantó algunas romanzas.

Entre las primeras personas que se interesaron por la Radiotelefonía recuerdo a Exequiel González, actual Senador. Don Federico Helfmann, don Julio Finger, profesor de la U, y son Arturo Salazar, profesor de electrotecnia en la misma universidad.

Don Federico Helfmann, instaló un transmisor de 5 watts, para hacer demostraciones y vender receptores. (En la actualidad en Chile funcionan transmisores de 70 y 100 mil watts).

Sergio Figueroa Arrieta, gerente y Locutor en la Chile Radio, leía la prensa y colocaba los discos de música en una victrola que estaba frente al micrófono para recoger los sonidos. A los pocos meses se reunieron varias firmas y se organizó la Compañía Radio Chilena. Construí el primer transmisor de Radiodifusión de 300 Watts. Los programas que se radiaban consistían en la lectura de la prensa, cierre de la Bolsa de Comercio, grabaciones musicales, hora infantil con premios para los niños; en la noche actuaban artistas que no sólo no cobraban por sus actuaciones, sino que interponían influencias para actuar en los programas.

Los avisos tenían una tarifa de \$1.000 mensuales; los avisadores más asiduos eran la Relojería Suiza, de don Carlos Fath, y la Botica Francia, de la calle Ahumada.

Un día fue a verme a mi oficina el señor Eduardo Bradley, uno de

los héroes argentinos que hicieron la primera travesía de la Cordillera de los Andes en Globo (Bradley y Zuloaga), a preguntar la hora en que iba a transmitir un espectáculo desde el Teatro La Comedia, pues iba a hacer una demostración de un receptor sin antena exterior a la familia del Presidente de la República don Arturo Alessandri, en La Moneda. Le di los datos que me pedía y se fue muy contento, pensando en el éxito de su negocio. Al día siguiente de la transmisión se me acercó y me contó muy triste lo que le había pasado. Llegó a la Moneda con anticipación a la transmisión desde el Teatro, y preparó el receptor sintonizando la onda de Radio Chilena.

Alrededor del aparato se encontraba don Arturo con su señora, los niños y toda la familia esperando que empezara la función desde el teatro; se oía el martilleo de los trabajadores que preparaban el escenario y otros ruidos de tablas, cuando de repente, a uno de los maestros que estaba encaramado sobre una escalera, se le cayó el martillo y lanzó una feroz interjección para que su ayudante le tirara el martillo desde abajo. Don Arturo, al escuchar la palabrota, se volvió a Bradley y le dijo con su habitual espontaneidad:

-Y para oír estas cosas me trae este tremendo aparato, hombre. ¡Yo las digo mucho mejores y sin tanta máquina!

Ahí mismo terminó la recepción del programa y del negocio.

A fines de los años cincuenta, en poco más de tres décadas, las emisores de Radio se habían desarrollado de manera extraordinaria. Funcionaban en Chile ochenta y ocho emisoras, veinticuatro de ellas en la capital y el resto distribuidas en provincias. Se calculaba la existencia de alrededor de un millón de receptores en el país. Y a comienzos de los años sesenta el Dial contaba con las mismas 24 radios en Santiago que junto a las de provincia sumaban esta vez 95 (Revista Ecrán. I de Nov.60)

Las siguientes eran las emisoras santiaguinas:

C.B. 57 Agricultura.

C.B. 62 La Reina.

C.B. 64 Andrés Bello.

C.B. 66 Chilena.

C.B. 69 Santiago.

C.B. 76 Cooperativa.

C.B. 82 Pacífico.	C.B. 120 U.Técnica.
C.B. 89 Bulnes.	C.B. 126 Nacional.
C.B. 93 Nuevo Mundo.	C.B. 130 Balmaceda.
C.B. 97 Prat.	C.B. 134 Cervantes.
C.B. 101 Yungay.	C.B. 136 Panamericana.
C.B. 106 Minería.	C.B. 138 Cruz del Sur.
C.B. 114 Corporación.	C.B. 146 Magallanes.
C.B. 116 Carrera.	C.B. 150 Sudamérica.
C.B. 113 Portales.	C.B. 154 Chronos.

Actualmente (1993) la Radiotelefonía chilena se encuentra entre las mejores del mundo, con casi 500 emisoras. La programación es de muy buena calidad y con variedades que nada tienen que envidiar a las mejores del Orbe. Técnicamente cuenta con excelentes estaciones de Radio, equipadas con modernas tecnologías. En promedio estamos por sobre otras Estaciones de América Latina.

El actual Presidente de Archi (1993) es don Ernesto Corona; Vicepresidente César Molfino; Santiago Chiesa, Víctor Kleinkoff y Jaime Herrera son parte del directorio.

RADIOS F.M. (FRECUENCIA MODULADA)

La primera emisora que transmitió sólo en Frecuencia Modulada (F.M.) fue El Conquistador. En el dial apareció en el Canal 91.7. Se inició, al igual que muchas de las actuales emisoras F.M., transmitiendo solamente en Alta Fidelidad música clásica y melodías bailables y de ambiente. Posteriormente programas periodísticos y serios. Pero la característica de esta radio (El Conquistador), será la pureza del sonido.

La Frecuencia Modulada existe en varias radios grandes en nuestro país, pero según los pioneros de Radio El Conquistador, no se han aprovechado al máximo sus ventajas. Juan Barros y Joaquín Molfino son los jefes de la nueva emisora que abrirá sus micrófonos el primero de Marzo de 1962, desde sus oficinas de Alameda con San Isidro (Edificio Finampro). El técnico que construyó los equipos es Guillermo Sommer.

Cualquier receptor no podrá sintonizar esta radio, pero se calcula que entre 80 y 100 mil personas estarán en condiciones de hacerlo. Juan Barros nos cuenta que RCA Victor sacó recientemente un modelo F.M. «Wagner», el primero fabricado en Chile, pero que además todos los receptores alemanes, norteamericanos y japoneses, son actualmente F.M. Hasta las radios japonesas Sonny vienen equipadas para transmitir en esta frecuencia.

Radio El Conquistador no transmitirá en Onda Corta, de modo que los radioescuchas de provincia deberán tener paciencia. (Revista Ecrán del 23 de Enero de 1962).

Actualmente en Santiago existen 27 emisoras F.M. (El Mercurio, 31 de Diciembre de 1993).

Radio Andrés Bello fue la primera en solicitar una concesión F.M. en el país allá por 1959, cuando no existía legislación al respecto, recuerda Jimmy Brown, creador de la primera emisora concebida para transmitir sólo música seria. Por muchos años la estación se mantuvo simultáneamente en A.M. y F.M. al mismo tiempo, determinándose en los años 80 vender la primera, ya que por el tipo de música, no tenía sentido la amplitud modulada, recuerda el hombre de radio en entrevista aparecida

en el Suplemento La Radiodifusión chilena de el diario El Mercurio (12 de septiembre de 1993).

En 1956 Radio Cooperativa Vitalicia importa el primer grabador portátil.

El Reporter Esso, tradicional informativo, nació justo en el momento en que se declaraba la Segunda Guerra Mundial. Este noticiario se mantuvo por décadas en la Radiotelefonía chilena (El Mercurio, 12 de Sept. 1993).

LA MÚSICA: PERSONAJES EXTRANJEROS DEL ESPECTÁCULO QUE NOS VISITARON

La década de los años cincuenta es relevante para la radiotelefonía chilena. No existe, por entonces, otro medio más ágil de comunicación masiva. Noticiosa, cultural, entretenida en cuanto a sus espectáculos «en vivo», sobre sus propios escenarios, y por último, más escuchado por sus famosos radioteatros.

Las emisoras llamadas «grandes», tanto por su potencia como por lo espectacular de sus programas, poseen elegantes edificios en cuyos salones auditorios caben cientos de personas que acuden a presenciar a quienes los deleitan con sus chistes, sketches o canciones. Algunas radios tienen sus propias orquestas estables donde muchos de sus integrantes pertenecen a la Orquesta Sinfónica de Chile, que dan un respiro de lo clásico, para volcarse momentáneamente a la música popular. Es la hora del bolero, y llegan a Chile privilegiadas voces de ambos sexos. También la música norteamericana mantiene innumerables seguidores. De tal manera que a comienzos de la década llegan los célebres Cuatro Ases. La Madre Patria no se queda atrás y aparecen en escena Los Chavales de España. En fin, el mundo de la farándula desfila por los tableros radiales llenando de gozo a los millares de auditores.

Bienvenido Granda, ex vocalista de la Orquesta Sonora Matancera llega desde Cuba con aires tropicales; de argentina aterrizan el hijo del legendario Agustín Magaldi que se presenta con igual nombre; el joven uruguayo Jorge Riverón; Hugo del Carril, famoso cantante de tangos y galán cinematográfico argentino, tal vez el más importante por esos años después de Carlos Gardel; Leo Marini que hace bailar con sus rítmicos boleros a todo Chile. Viene desde Mendoza donde ha iniciado una exitosa carrera. De allí que lo llaman «La voz que acaricia» por lo romántico de sus temas. El moreno cantor mejicano Pedro Vargas hace suspirar a las niñas con su Vereda Tropical; la Orquesta de Woody Herman; la de Héctor Varela; el cantante Napoleón D'himes; la famosa Orquesta norteamericana del hombre del «jopo» llamada Bill Halley; Alberto Castillo (de quien hablaremos más adelante) rey del candombe, el tango y la milonga; Victrolita, con su voz de niña ingenua; Régulo Ramírez, un barítono muy popular; las Orquestas argentinas de Francisco Canaro, la de Miguel Caló -a quien tuve el agrado de conocer personalmente-; la de Alfredo de Angelis; de Argentino Ledesma; Los cinco Latinos, cuyos cassettes aún se venden como pan caliente.

En Mayo de 1959 no visita Nat King Cole, el negrito, cuya hija ha puesto de actualidad (cantando a dúo con su fallecido padre mediante arreglos técnicos) los éxitos de este último. El cantante norteamericano (que también incursionó en el cine de su país) se lleva la suculenta suma de 12.000 dólares por actuar durante dos días en Radio Cooperativa, Teatro y Boite. Años después, aún en plena juventud moriría víctima del cáncer. Su sombrerito de ala angosta y sus corbatas «humitas», eran características en su persona.

Por esos días aparece en nuestro país el italiano Doménico Modugno. Actuó en Radio Minería, y demás está decirlo, gozó también del fervor popular. Lo siguió Carmen Sevilla, la joven actriz de Violetas Imperiales, donde actuara junto al cantante y actor español Luis Mariano. La muchacha cautivó a nuestro público por su bello rostro y lo suave de su canto.

A comienzos de esa época tuvimos, invitada por Radio Corporación, a la legendaria Libertad Lamarque, con su voz de chicuela y sus tangos y milongas arrebaleros. Libertad es ya como de nuestra casa, pues regresa

en variadas oportunidades a nuestro país. Otro que viene es Agudiez y su muñeco Don Pánfilo, famoso ventrílocuo español, esposo de la actriz Venturita López Piris; el showman Mario Clavel que hace reír y bailar de Arica a Magallanes.

Capítulo aparte merece la muy conocida actriz alemana Marlene Dietrich, radicada en Hollywood. Su amplia trayectoria artística, tanto en el incipiente cine alemán de los años treinta, y su extensa actividad como estrella de Hollywood la convierten en una leyenda viviente. Se cuenta que sus bien torneadas piernas, por las que suspiraron generaciones, fueron aseguradas en miles de dólares. El nombre de Marlene Dietrich era un aval en cualquier país en que se estrenaran sus películas. Citemos solamente el Ángel Azul, que la lanzó ala fama hace más de medio siglo. Se han escrito ya varios libros sobre su interesante vida. «Marlene actuó en Chile en el mes de Agosto de 1959, cancelándosele la cantidad de 5.000 dólares diarios por sus actuaciones como cantante en Radio Cooperativa» (Revista Ecrán). Hoy Marlene Dietrich ya no existe -murió a los noventa años- pero su personalidad atrayente quedará perpetuada a través del celuloide por muchos años.

Con anterioridad a la década de los cincuenta nos visitan el Tenor mejicano Alfonso Ortiz Tirado. Hace muy populares «Lamento Borincano» y «Muñequita Linda». Pronto se sabe que el afiatado cantor entrega gran parte de lo recaudado en sus actuaciones a una clínica mejicana que él dirige y donde se rehabilitan menores sin recursos. Es médico.

De Colombia hemos importado al destacado barítono Carlos Ramírez, que muy pronto veremos en la película Escuela de Sirenas, junto a la escultural nadadora norteamericana Ester Williams. Hace famosas las canciones que interpreta. Recordemos solamente «Perfidia» de Alberto Domínguez. La gran cantante mejicana Elvira Ríos, enigmática, con su voz profunda, algo masculina, deleita a quienes la ven y la escuchan. Y, en cuanto a tangos, no nos olvidemos de Juan D'arienzo y su Orquesta; a Aníbal Troilo y la suya; la del gordo Natalio Tursi. Alberto Castillo es cosa aparte: Un hombre pintoresco. Arrebata a sus seguidores. Todo un espectáculo luciendo sus apretadas chaquetas brillantes y cortas y sus amplias corbatas. Su entonada, aunque gangosa voz, gusta. Ha creado un estilo nuevo de cantar el tango, diferente a todo lo oído anteriormente en

cantantes trasandinos. En suma, el doctor Castillo, si señor -médico-, es un singular personaje. Único. Como único también es el charro mejicano, cantante y actor de cine, Jorge Negrete que llega a Chile con su sombrero alón y sus bien cuidados bigotes poco antes de entrar a la década de los años cincuenta (1946). Viene precedido de una fama que hasta nuestros días nadie ha podido arrebatarse. Fue el cantante más escuchado en las emisoras de estratos medios y su figura de charro valiente y bien plantado, sumado a su bien timbrada voz de barítono, llenaba día a día la pantalla del hoy también desaparecido cine Santiago de la calle Merced entre Estado y San Antonio. Recuerdo su llegada a la capital. Negrete, según cuentan, le temía a los aviones (tal vez el recuerdo del trágico accidente donde perdiera la vida Carlos Gardel en la ciudad de Medellín), de manera que hizo su entrada triunfal a nuestra capital en tren donde lo esperaba una multitud delirante, pocas veces vista. La tarima construida para que se pudiese ver mejor a su arribo en la Estación Mapocho, cedió en sus pilares y fueron numerosas las víctimas. Lo esperaba en el andén el cantante argentino Hugo del Carril, con quien cambió apretados abrazos. Fue la locura. La comitiva de periodistas, admiradoras y curiosos tapizaron, como nunca se ha visto, las calles de Santiago hasta llegar a su Hotel. Cuatro años después, quien esto narra, tuvo la infausta labor de entregar por los micrófonos de Radio Agricultura un «flash» que decía: «El cantante y actor mejicano Jorge Negrete falleció hoy en el Hospital Cedros del Líbano, en la ciudad de Los Angeles, Estados Unidos. Negrete murió víctima de una cirrosis hepática a la edad de 46 años y en plena gloria. Junto a su lecho estaba su esposa María Felix, actriz mejicana».

A mediados del año 1960 llegará a Chile un jovencito canadiense autor de Dyana, llamado Paul Anka. Actúa en Radio Minería, donde las calcetineras lo han hecho su ídolo. Volverá, ya hombre maduro, 32 años después.

En Octubre de 1960 aparece Sarita Montiel, célebre por su Último Couplé. Hermosa y provocativa cantante. Se cierran los años sesenta con la visita de la famosa actriz norteamericana Jane Russel (que actuara junto a Marilyn Monroe en Los Caballeros las prefieren rubias). Alta y buenamoza se caracteriza por su bien desarrollado busto.

Y como fin de la década Lola Flores La Faraona, que revoluciona a Chile con los bailes típicos de la Madre Patria.

ORQUESTAS ESTABLES

Así se llamaban aquéllas que por contrato con alguna de las grandes emisoras, acompañaban en sus shows nocturnos a los astros y estrellas del canto. Recordemos a la de Federico Ojeda que por tantos años actuó en Radio Minería. La de Pedro Mesías. En Radio Agricultura la de Horacio Carvajal; la del conocido compositor Vicente Bianchi; la de Raúl Díaz. Y no olvidemos a la tan popular del maestro Roberto Inglés, que acompañó por largo tiempo a ese muchacho rancagüino, triunfador del bolero y de las canciones románticas llamado Lucho Gatica. Ninguna de estas Orquestas actuaba sobre los escenarios radiales con menos de dieciocho músicos, todos de primera calidad.

ARTISTAS DE RADIO MÁS POPULARES EN LOS AÑOS CINCUENTA Y SESENTA SEGÚN RUBROS

Humoristas chilenos

Jorge Romero (Finulete); Alejandro Lira que actuó, además en cine, teatro y por supuesto Radio; Luis Rojas Müller (Monicaco); Rolando Caicedo, actor, cómico, integrante por años del festivo radioteatro «Intimidades de la familia chilena», programa creado por Gustavo Campaña; Eduardo de Calixto, quien fue también un gran realizador de programas humorísticos. Recordemos Hogar Dulce Hogar; Lucho Navarro, el gordo de ojos saltones que también incursionó con éxito en el extranjero donde le sorprendió la muerte, Chito Morales, siempre vigente; El desaparecido Manolo González que años después popularizaría la infaltable bufanda que solía llevar al cuello el por entonces Presidente de la República don Jorge Alessandri Rodríguez, apodado «el paleta»; Pepe Rojas, quien actuó

también en cine y teatro; Gabriel Araya brillante como humorista de vodeville; el simpático gordo Gamboa, integrante de los sainetes del desaparecido Teatro Opera; Eugenio Retes, nuestro Cantinflas del incipiente cine chileno; Jorge Quevedo y Jorge Sallorenzo, que aparte de incursionar en radios, actuaron además en teatros y cine. Recordemos también a Héctor Santelices, actor, además, de Televisión.

Cantantes masculinos chilenos. Años 50 al 60

Los hermanos Arturo y Lucho Gatica que recorrieron más de medio mundo en forma separada cosechando aplausos; Raúl Videla, con su timbre de voz muy parecido al legendario tenor mejicano Tito Guizar, que viniera a Chile en el ocaso de su carrera de cantante; Antonio Prieto, siempre de actualidad en Televisión; Fernando Trujillo, el charro mejicano de nuestra tierra: Arturo Millán, profesor primario, ganador del máximo premio en el Festival de Benidorm, en España; Pepe Lucena, flacuchento intérprete del cancionero español; Peter Rock, introduciendo precisamente este endiablado ritmo con su guitarra eléctrica; el explosivo Luis Dimas, incansable en todas sus actuaciones; Mario Arancibia (hoy en el extranjero); Patricio Manns con sus aplaudidos temas cordilleranos; Osvaldo Gómez, el indio, y sus nostálgicos boleros; Buddy Richards, cantautor, vigente hasta nuestros días; Marco Aurelio; Lorenzo Valderrama y tantos más que se esfuman en nuestro recuerdo.

Cantantes femeninas chilenas (años 50 al 60)

Sonia y Miryam, conocidas internacionalmente; Doris y Rossie, otro dúo para recordar; la cantante lírica Matilde Broders, hoy actriz de televisión; Nelly Sanders; Carmencita Ruiz con su voz tan característica; Eliana Moraga, alta y buenamoza; Ester Soré, la Negra Linda (actuó en Radio del Pacífico y un período más corto en Radio Agricultura. Fue

además, profesora de canto y baile); Carmen Barros, Marianela, la cantante más viajera que he conocido junto a Rosita Serrano y a la bella cantante y actriz Malú Gatica, artista internacional; Fresia Soto, la primera que se atrevió a usar lentes de contacto coloridos: Luisita Darios; Angélica Montes y sus canciones tradicionales chilenas; Meche Videla, muy melódica; Kika (Blanca Loewe) bella y simpática, actriz del cine, el teatro y la radio; Aída Salas; Cora Santa Cruz, Magda; Alicia Quiroga, actriz destacada en su papel de Aldonza (Dulcinea en la obra teatral Don Quijote de la Mancha); Raquelita Ferreira y tantas más que el olvido sepultó.

CONJUNTOS FOLKLÓRICOS NACIONALES (AÑOS 50 AL 60)

Los Huasos Quincheros, siempre en programas estelares a pesar de tantos cambios habidos entre sus componentes; Silvia Infanta y los Baqueanos; Raúl Gardy y sus guitarras; Margarita Alarcón, alma de tonadas y cuecas; el dúo Rey Silva, amos de la guitarra y el arpa, los tan viajados Hermanos Silva, que hicieron de Méjico su segunda patria; el Conjunto Villa San Bernardo; el Conjunto Fiesta Linda dirigido por el compositor Luis Bahamonde; los legendarios Provincianos, como también legendarios son los desaparecidos Cuatro Huasos, precursores de los conjuntos de guitarra y canto. Y no olvidemos a la galardoneada Margot Loyola y su hermana Ester, la primera gran investigadora de nuestro folclore; la cantante y compositora Violeta Parra, cuya música se escucha en diferentes idiomas, cantada por intérpretes de primera categoría; el dúo Los de Ramón, también autores de hermosas melodías y letras; Marina Barrientos; los famosos Perlas, tan famosos como los divertidos Caporales; los Hermanos Lagos; los Hermanos Bustos; los Hermanos Campos; los Huastecos del Sur; el Conjunto Cuncumén; el dúo Leal del Campo; etc.

La Negra Linda

Su verdadero nombre: Marta Yupanqui. La máxima cantante popular de esos años. De figura esbelta, tez morena, lindos ojos negros cargados de rimel, poseía una voz tierna, dulce, inconfundible. Actuó por muchos años en los escenarios de la hoy desaparecida Radio del Pacífico, ubicada en el Portal Fernández Concha. Yo, locutor principiante, la admiraba. Era una especie de diosa morena del canto. Hizo muy conocidas (también a través de los discos de acetato) canciones y tonadas de compositores chilenos y extranjeros. Recordemos entre otras: «Como el agüita fresca» de Donato Román Heytman. Ester Soré vive hoy retirada de los escenarios. Sus seguidoras no logran superarla.

Nicanor Molinare

Este gordo feliz nació cantando. Educado en los Padre Franceses integró de pequeño los coros del colegio santiaguino. Más tarde grabaría con Los Estudiantes Rítmicos (conjunto creado el año 1939 por el compositor José Goles). Recordemos el «Mantelito Blanco», el «Cura de mi Pueblo», El «Cocorocó» o «Gallito de la Pasión», etc. Son demasiadas las canciones que Molinare compuso y cantó. Fue el alma de las inauguraciones de la antigua Exposición de Animales en la Quinta Normal. Sus «copuchas», cantadas entre los conspicuos asistentes al almuerzo campesino al cual era siempre invitado el Presidente de la República, eran divertidísimas, festivas y muy aplaudidas por el ingenio de sus coplas. Por aquellos años fue designado Director Artístico de Radio Agricultura. En su salón auditorio me tocó anunciarlo varias veces acompañado por la orquesta estable de la emisora. Durante una de estas actuaciones, tras la presentación de rigor, me escurrí a un rincón del escenario. Entretanto, el popular gordo Molinare cantaba el «Cocorocó» o «Gallito de la Pasión», tema tan popular que han grabado también Los Quincheros. Aleteaba con sus brazos cual un abultado gallo. Repentinamente la tuerca del micrófono de pedestal cedió y el aparato principió a bajar lentamente; igual cosa hizo el cantante que casi interpretaba su canción de cucullillas. Di un salto.

levanté el micrófono y apreté la perversa tuerca. Ahí volvió a recobrar su postura Nicanor Molinare y llevar a feliz término su actuación.

Tiempo después arribó a Chile Fray Guadalupe del Carmen, más conocido en su vida artística como el excelente tenor mejicano José Mojica, quien hiciera famosa esa composición de María Grever llamada «Júrame». El gran cantante de antaño vestía ahora los hábitos franciscanos. Su voz lamentablemente ya no era la misma. Nicanor Molinare intentó le grabara el «Cura de mi Pueblo», pero no fue posible. Finalmente lo realizó el también tenor mejicano Juan Arvizu -Rey del falsete-, que la convirtió en todo un éxito internacional.

PERIODISTAS

Tito Mundt Fierro (mi primo en tercer grado)

El pecho amplio, saliente, como desafiando a la noticia. Alto, erguido, de paso rápido, seguro. La frente elevada donde se acentuaban las arrugas, y unas ojeras enormes, como estampadas a machete bajo los grandes e inteligentes ojos penetrantes, capaces de medir en un instante la intensidad de los sucesos. Era un fumador y charlador empedernido, como todo buen bohemio. Directo en sus palabras y en sus libros. Sin pelos en la lengua. Franco, nervioso, trotamundos incansable. Más que ningún periodista de su época cruzó la Cordillera de los Andes. Un ir y venir vertiginoso. Buscando, como buen sabueso, la noticia impactante. Así era Tito Mundt, Premio Nacional de Periodismo. Tenía pasión por las alturas. Un día cualquiera trepó al Arco del Puente Pío Nono, atravesándolo de lado a lado ante la admiración de sus amigos y transeúntes. Igual proeza realizó en París, en el frontis de un alto edificio, según me contara en una oportunidad. Su último viaje: regresó a Chile para asistir a los funerales de su madre, la distinguida dama doña María Fierro Mandiola de Mundt. Venía de España y llegó a su patria, dolido, para estar junto a su hermana. Acá, muy poco tiempo después, habíase de detener su ajetreada vida para

siempre. ¿La causa?... Un lamentable accidente desde las alturas de un céntrico edificio de calle Estado, en Santiago.

Noche de verano, en Concón. Uno de aquellos fines de semana en que el turista, por enamorado, deja para último minuto la búsqueda de un alojamiento. Es mi caso. Tras mucho traquetear, por fin una modesta residencial. La dueña me dice: Lo lamento, no tengo habitación disponible. Y agrega: Salvo que no le importe compartir una con un periodista de Santiago. Para mí no existe otra alternativa. La noche avanza y mi cuerpo está rendido... Acepto. Me he tendido algunos minutos en mi cama. De pronto, no obstante lo entrado de la noche, un torbellino de exclamaciones y palabras entrecortadas llegan hasta mí. Se hacen cada vez más nítidas. Ignoro quien será el que viene. Cruje la puerta, y allí bajo el marco, está parado Tito Mundt, con su infaltable «pucho» entre los labios.

-¡Hombre, vaya sorpresa!... ¿Qué haces acá?...

Explicaciones de mi parte. Enseguida un torrente de verbosidad:

-Vengo de Viña... Del Casino... Elección de Reina... ¡Hombre, qué Jurado!... Habiendo chiquillas estupendas eligen a la peor... No me pillan otra vez para ejercer de jurado... Y Tito conversador, infatigable y ameno, continuó platicando por largo rato. Así casi lo sorprendió la madrugada. Allí lo dejé en la «durma» como solía decir. Horas después almorzaríamos en un restaurant frente a las playas y roqueríos de Concón.

Muchos meses pasaron hasta que nos volviésemos a encontrar, esta vez en Santiago. Buscaba editor para su libro «De Chile a China». Algunas editoriales se interesaban en su publicación, pero el plazo de edición era largo. Tito Mundt, siempre impaciente, no gustaba de esperar. Le sugerí cierta editorial de la cual era dueño don Joaquín Almendros, por aquel tiempo Presidente de la Cámara del Libro, la que a poco publicó su libro con bastante éxito de ventas. Aquella fue la última vez que le vi. Sus continuos viajes al extranjero lo mantuvieron alejados de la patria. Retornó a Chile para no partir ya más. En España, entretanto, lo lloraron su esposa, la conocida actriz Kanda Jaque y su por entonces pequeña Barbarita... Con su tremenda personalidad me digo: ¡Qué personaje interesante habría sido hoy Tito Mundt en la Televisión!

Luis Hernández Parker

Otro de los famosos. Sus comentarios políticos fueron el pan de cada día en una emisora capitalina. Hombre muy serio, tanto en su vida privada como en lo profesional. Fue una suerte de oráculo en la política chilena. Quien deseara estar al tanto de lo que ocurría en este terreno con sólo escucharlo en su receptor de radio, conocía de inmediato los pormenores de la actualidad. Me atrevería a decir que la gran mayoría de los políticos chilenos, eran sus mejores radioescuchas.

En dos oportunidades me correspondió transmitir junto a él. Fue para las elecciones presidenciales en las que triunfaron respectivamente los señores Carlos Ibáñez del Campo, que obtuvo una inmensa mayoría contra su contrincante don Arturo Matte Larraín, y la de don Jorge Alessandri Rodríguez, quien, en esa oportunidad aventajó a los señores Salvador Allende Gossens y a don Eduardo Frei Montalva, futuros presidentes de Chile.

Poco antes de su muerte, Hernández Parker tuvo la desgracia de perder a uno de sus pequeños hijos, quien cayera a un profundo pozo. Luis Hernández Parker fue, tal vez, el mejor comentarista político de su época.

Lenka Franulic

Esbelta, bella cual una Greta Garbo, tenía su propia audición (Tribuna Política) en Radio Agricultura. Creo que fue la primera mujer periodista que comentara por radio sobre este tema. De enorme talento, trabajaba, además, escribiendo para diarios y revistas. Nos cruzamos muchas veces por los pasillos de la emisora; enigmática tras sus habituales anteojos de verdes cristales. Para mi era una especie de esfinge, imponente, cuya presencia me causaba respeto. El cáncer que raras veces perdona, se llevó por esos años, joven aún, a esta rubia platinada, que más parecía una estrella de Hollywood.

José María Navasal

Durante ese período hace sus primeros comentarios internacionales. Siempre muy bien informado. Llegó a Chile con posterioridad a la Guerra Civil española. En Radio Agricultura, según se comentaba, habíase iniciado leyendo avisos comerciales. Junto a Mario Planet, fueron los primeros que abordaron este campo. Bajo de estatura, en relación a su imponente cabeza de sabio, tiene una memoria privilegiada. Se ha mantenido vigente hasta nuestros días, tanto en radio como en televisión. Su voz, con un dejo españolado, es característica en él.

René Olivares Becerra

Nos conocimos en Emisoras Nuevo Mundo. Con su hermano menor Augusto Olivares, apodado «el perro», tal vez por sus espesos bigotes (muerto trágicamente en el Palacio de la Moneda el Once de Septiembre de 1973) escribieron por largos años, junto a otros destacados colaboradores, «La Sobremesa de los Duendes» que se transmitía a medio día, y luego en la noche, el famoso «Entretelones», lo que hay tras cada noticia... Por varios períodos compartí la lectura «en vivo» de ambas audiciones políticas. Estos dos programas también gozaron del fervor popular por la agilidad de sus noticias, casi siempre impactantes.

Como dato informativo contaré que por esos años ambos hermanos ocuparon posiciones diferentes en cuanto a ideologías políticas.

Marcos Chamudez

También marcó una época con su punzante programa político titulado «Cuidado, no me desmienta»... De origen israelita, militó por un tiempo en el Partido Comunista. Su espacio iba a las 14 horas y quien esto escribe era el encargado de presentarlo. Viajó a Rusia y enseguida a los Estados Unidos, siendo corresponsal de varias revistas del bando occidental.

Un día le pregunté el por qué de este repentino cambio de ideologías tan diferentes. Mirándome tras sus gafas de gruesos cristales, me respondió: «M'hijo..., he vivido en los dos países y me quedo con los Estados Unidos, donde se vive mejor y existe una completa libertad de Prensa».

¡AUN TENEMOS MÚSICA CHILENOS!

La alta frente hoy se encuentra invadida por profundas líneas horizontales que, cual peldaños de escalera ascienden, desde sus pobladas cejas, hasta el inicio de su cabello café oscuro. Es un rostro firme, de rasgos definidos, bien marcados. Su cuidado bigote, donde una que otra cana se deja entrever, me trae a la memoria los rostros de famosos espadachines del cine como fueron Errol Flynn y Basil Rathbone. Pero en este caso su espada es la pluma. ¡Y vaya que bien la esgrime! Si lo dudan, lean sus artículos sobre arte que aparecen los Miércoles en el diario La Segunda. Pero José María Palacios no sólo escribe sobre este rubro, si no que también ha incursionado por muchos años en diversos micrófonos de nuestro país. Fue el creador (1958) de un programa radial de una hora - AUN TENEMOS MUSICA, CHILENOS- que por espacio de 35 años se transmitió ininterrumpidamente Domingo a Domingo al mediodía en Radio Chilena, donde se inició, cuando era Director de esa emisora (1955-1961). El éxito alcanzado hizo que muchas emisoras lo transmitieran consecutivamente: Corporación, Cooperativa, Agricultura, Balmaceda. Hubo temporadas en que se emitió por 40 radios en Cadena (década del 70). Palacios estrenó «Gracias a la Vida», «El Curanto» y «Misa a la chilena» de Vicente Bianchi. Estimuló y presentó en su programa a cantantes y conjuntos folclóricos nacionales que recién nacían a la vida artística. En su trayectoria, aparte de haber sido integrante del jurado de Viña del Mar en lo que concierne a la música chilena, y de otros importantes eventos musicales, ha obtenido varios galardones en reconocimiento a su labor.

Bástenos solamente mencionar el premio CODAYCO (Corporación de Autores y Compositores de Chile); también el LAUREL DE ORO, creado por el periodista Guillermo Zurita Borja. José María Palacios se inició como periodista en «LA HORA» el año 1945 junto al renombrado Julio Martínez. Actualmente es crítico de Arte del diario «La Segunda»; como ya lo anotáramos. En este vespertino se ha desempeñado durante 17 años. En 1971 obtuvo el Premio de Periodismo Hispanoamericano «Pedro de Valdivia».

Quien escribe estas líneas tuvo el privilegio de colaborar, ocasionalmente, en su programa radial que marcó un hito en nuestra Radiotelefonía: ¡AUN TENEMOS MUSICA CHILENOS!

DEPORTES (AÑOS 50 AL 60)

Durante mis juveniles años de Radio me tocó conocer y participar en numerosas transmisiones de diversas emisoras, desempeñándome como presentador y locutor comercial. Así compartí con Julio Martínez Prádanos (hoy tan popular en la TV). Recuerdo que cuando el comentarista y relator deportivo iba a dar inicio a su transmisión tenía la costumbre de soplar el micrófono tal vez para comprobar si el sonido llegaba a sus auriculares. Julio Martínez debutó en Radio el 18 de Septiembre de 1945 en el programa «Clínica Deportiva» de Carlos Cariola. Años mayor que yo, recuerdo a Julito -también alumno del Colegio San Pedro Nolasco- de pantalón golf (a los cuales se les daba otro gracioso apodo) llevando su violín a cuestas. Ignoro si terminó sus estudios musicales. Entre otras destacadas actividades, creó el Himno del Colegio y dirigió sus «barras» deportivas. Julio Martínez recibió de la Archi, (Asociación de Radiodifusoras de Chile) el Premio al «Mejor hombre de Radio 1993», instituido por primera vez, y en 1995, el Premio Nacional de Periodismo.

Darío Verdugo fue otro de los locutores con que trabajé desde los estadios. Verdugo ha sido, a mi parecer, el más veloz narrador deportivo

de los que conocí. Ex alumno del Liceo Amunátegui, (donde yo terminaría mis dos últimos años de Humanidades antes de ingresar a la Facultad de Leyes de la U. de Chile, donde estudié un año, ya que me fue insoportable la aridez limitada de sus materias que pone «taco» a la imaginación) tenía digo, la costumbre de besar una medallita de oro que llevaba colgada al cuello. Posteriormente compartió los relatos para Radio Agricultura con el desaparecido y multifacético locutor y animador Sergio Silva Acuña, con quien hizo un dueto formidable, cada cual transmitiendo desde su media cancha. Era grato oírlos por cuanto Sergio poseía una excelente voz de barítono y Darío de tenor. Aquellos eran los gloriosos tiempos de el «Sapo» Livingstone, que con sus acrobáticas atajadas, hacía vibrar los campos deportivos.

Comentaristas conocí a montones. Todos por supuesto muy buenos en su profesión: Gustavo Aguirre (el Negro); Mister Huifa (Renato González); Sergio Planells; Willy Jiménez Prieto; Víctor Abt; Sergio Brotfeld; Augusto Lobos; Hernán Solís; Octavio Sufán; Tito Martínez y tantos más que sería largo de nombrar.

Diré que las estrechas y diminutas «casetas» de transmisión de los Estadios, por esos años no tenían nada de envidiables, sobre todo en los veranos por lo calurosas; y la cosa era peor en los días invernales en que se congelaban -dado la inmovilidad obligada- hasta los mismos huesos. En fin, todo fuera por el deporte, aunque confieso que yo, personalmente, soy medio lego en la materia.

RADIOTEATROS

La Radio de El Pacífico, hoy ya desaparecida, fue la Reina del Radioteatro popular. Su primera figura era Nieves López Marín, casada con el también actor Juan Leal, padres de Zulma, la conocida astróloga vigente en Radio Minería. Nieves poseía una voz preciosa y actuaba con una naturalidad que muchas actrices de hoy envidiarían. Fueron incontables los dramas que interpretó. Más de una vez me tocó narrar alguno de sus capítulos. Hoy está retirada de este tipo de actividad.

Otro galán, muy perfumado y algo amanerado, fue Doroteo Martí, popularísimo por esos años. Hizo llorar a medio Chile con sus histéricos alaridos. Procedía de Argentina. Vivió algunos años en nuestra patria. Recuerdo una de sus actuaciones en el escenario de Radio Del Pacífico: fue tal el énfasis que puso en esa ocasión en su papel dramático que dio de cabezazos contra una pared, (la que afortunadamente para él estaba acolchonada y cubierta de felpa). En verdad, sus radioteatros eran sobreactuados y tenían mucho de lo que actualmente llamamos «cebolleros».

«Cine en su Hogar» creación de Elba Gatica, también es digno de destacar: a través de sus libretos llevaba al micrófono las películas de actualidad. Ello la obligaba a asistir en forma periódica a los cines para enseguida poder detallar en forma veraz el tema, al transformarlo en radioteatro. Es quizás la mujer junto a María Romero y también a Marina de Navasal, que más sabían de cine. De este modo hizo llegar a miles de hogares su propia versión radial, muchas veces antes que la misma película fuera estrenada.

A mi juicio el más notable y serio de los radioteatros de la época que narro (años cincuenta al sesenta) y en donde en más de una oportunidad participé como locutor, lo constituyó «El Gran Teatro de la Historia», con libretos de Jorge Inostroza. Especial mención merece «Adiós al Séptimo de Línea», tal vez su obra cumbre. Son múltiples los temas de la Guerra del Pacífico que abordó el prolífero escritor. Este radioteatro tuvo excelentes actores: El galán Emilio Gaete, sobrio y distinguido; la heroína de tantas hazañas, Mireya Latorre, hija del célebre escritor Mariano Latorre. La

excepcional voz de barítono de Justo Ugarte (famoso también por su actuación teatral en «La Pérgola de las Flores»), y el inconfundible vozarrón de Hugo de Arteagabeytía con su habitual presentación de «El Gran Teatro de la Historia».

Fue tal el éxito de los libretos de Inostroza que una Editorial santiaguina publicó sus obras, todas con varias ediciones.

Un amigo mío (campeón escolar en la carrera de los cien metros con vallas y eficiente en múltiples deportes) fue por varios años, al igual que yo, alumno del Colegio San Pedro Nolasco, cuando estaba ubicado en su vetusto edificio de ladrillos en calle Huérfanos entre Mac Iver y Miraflores. Rara vez lo vi abrir un libro, ya que no poseía ninguna vocación hacia ellos y sólo vivía para el deporte. Finalizado el año escolar, presencié en cierta oportunidad como quemaba sus textos de estudio en el patio principal. Poco faltó para que en medio de su alegría, danzara en derredor de la pira. Según mi entender, esos libros constituían una especie de lastre en su joven existencia.

Pasaron varios años y supe ¡Oh ironías del Destino! que mi antiguo compañero se había instalado con una pequeña librería en calle Morandé al llegar a la Alameda.

Una mañana pasé a visitarlo. Me recibió festivo y chacotero cual era su costumbre. De pronto llegó a la librería un matrimonio con dos o tres niños. Curiosearon algunos minutos y enseguida la dama se detuvo frente a un atril. Igual cosa hizo su marido, cincuentón, de aspecto intelectual, que tras sus anteojos de gruesos marcos, observaba las carátulas.

Preguntó ella que tal libro era «Adiós al Séptimo de Línea», entreabriendo una de sus páginas. Mi jovial amigo, ante la perspectiva de una posible compra, lo alabó en extremo. Finalmente acotó, como para reafirmar lo dicho, que el autor poseía tanta imaginación, que describía con pelos y señales cómo los soldados chilenos mataban a sus enemigos lanzándoles, desde lo alto de los cerros, enormes peñascos. Hasta allí llegó el entusiasmo de mi locuaz compañero. Sonriendo, la dama señaló a su esposo, que ahora estaba junto a ella, y reía también. Era nada menos que su propio autor: Jorge Inostroza.

Años después pasé a visitarlo nuevamente. Había cambiado de local. Era este mucho más espacioso y gran parte de los libros se veían de muy

buena categoría. Estaba situado en Calle Teatinos a pasos de la Moneda.

Entró un conspicuo y muy serio Senador de la República a quien reconocí de inmediato. Preguntó con voz ronca si tenía las obras completas de Shakespeare. Me parece estar viendo a mi ex compañero de colegio con cara de interrogación y como pidiéndole ayuda a su joven secretario: Juanito, ¿has visto dónde colocamos la obra que pide el señor?... Y mordiéndose tal vez de angustia la uña de su dedo gordo, añadió: Creo que la colocamos en las estanterías del segundo piso. Es un librito amarillo... Sube y tráemelo.

-¡Señor! -exclamó el ahora irritado Senador. Son varios tomos de tamaño grande... ¡Y muy bien empastados!...

Tras estas fuertes palabras dio medio vuelta abandonando el local. La cara de asombro de mi amigo librero aún no se eclipsa de mi mente. «Pastelero a tus pasteles»..., dije para mis adentros, recordando su vocación deportiva.

RECITADORES

Durante esos años, al igual que hoy, fueron contados con los dedos de la mano. En Televisión rara vez he visto alguno. Alguien escribió recientemente: «sólo los poetas leen hoy a los poetas». ¡Qué lástima!

Silvio Juvesi se mantuvo por varios años actuando en radios y Boites. No lo conocí personalmente. Pero tenía un numeroso público que no se perdía sus actuaciones.

A quien sí conocí y por ende me sentí honrado de ser amigo suyo, fue el gran recitador y con posterioridad afamado locutor de Radio San Cristobal F.M. Enrique Heine, quien se constituyó en la voz característica de la emisora. Hombre corpulento, grandote, de ojos verdes transparentes de bondad. Era una especie de niño metido dentro de una recia estructura ósea y carnal. Su potente voz de «bajo» y «barítono» a la vez, lo llevó no solamente a la radiotelefonía. Directores teatrales, tanto universitarios como privados (José Vilar) lo integraron a sus compañías en donde

demostró su talento de actor.

Escribí un libreto especial para un 21 de Mayo (cuya cinta grabada aún conservo) en la cual demuestra su extraordinario temperamento artístico, interpretando el papel de Arturo Prat. En varias ocasiones Radio Agricultura ha transmitido la epopeya.

Poco antes de su fallecimiento Enrique Heine me visitó en un campo sureño, durante el verano. Estaba yo en el living cuando llegó en su vehículo acompañado de su señora esposa. Yo escuchaba una grabación del tenor mejicano, el doctor Alfonso Ortíz Tirado. «Muy buena voz, acotó Heine, pero me quedo con Tito Schippa».

Enrique Heine deseaba conocer una auténtica casa colonial del sector. Lamentablemente el terremoto del año 1939 como el de 1960 se las llevaron consigo. Salvo contadas excepciones, los dueños de fundos, tras la Reforma Agraria, viven hoy en pequeños bungalows, como cualquier hijo de vecino.

En cierta ocasión, estando en la Radio, conversamos sobre artistas que hablan de su «carrera». Nos preguntamos ¿cuál era la meta de esta «carrera»? Concluimos que ambos no teníamos una idea clara de la tan manoseada frase. Quizás fuese mejor llamarla «profesión» u «oficio».

Un año después de esta conversación, mientras se dirigía en su vehículo a grabar unos programas en Radio San Cristobal, le sobrevino el infarto que acabaría con su vida.

Confieso, sinceramente, haberme apenado mucho cuando me impuse de su muerte. Y recordé la triste letra de esa canción que dice: «Cuando un amigo se va»...

Alejandro Flores

El galán chileno hasta la fecha no superado, tanto por su excelente voz impostada que podía escucharse con toda nitidez hasta en el más encumbrado asiento de la «galería» de los teatros donde actuaba, como por su gran temperamento artístico. Dueño de una estampa señorial, varonil, fue y es una gloria del teatro chileno. Cientos de dramas y comedias dieron testimonio de su indiscutible calidad de actor. Lo secundaron figuras de

primer orden: Venturita López Piris tal vez la más destacada. Y entre los varones señalemos a otro señor de la escena, Rafael Frontaura, que luego se integraría al cine argentino -por esos años el mejor de habla hispana. Sería largo de enumerar las actrices y actores que lo secundaron. Flores marcó una época con sus actuaciones en los teatros santiaguinos como en los de provincia. Raras veces incursionó en la radiotelefonía.

Tuve el privilegio de presentarlo en un Recital efectuado en Radio de El Pacífico. Me parece verlo entrando a los «estudios» de la emisora en el legendario Portal Fernández Concha. En honor suyo se había instalado en el pasillo central, una mullida alfombra color rojo, sobre la cual, con mucha parsimonia llegó hasta la sala en que estaba el micrófono. Su tez era aceitunada, muy proporcionadas facciones y un innegable «don» de gentes. Más parecía un diplomático. El sombrero gris, con huincha negra y ribeteada, tal vez lo llevaba para ocultar su calvicie, ya que por entonces era un hombre más que maduro.

Se sabe que en sus últimos años actuó con peluquín tanto en el cine (filmó varias películas) como en el Teatro.

En la ciudad de Rancagua, casi al término de su existencia, junto a su esposa, fundaron un heterogéneo Museo Colonial con lo obtenido en sus largos años de actuación.

Una calle de Santiago, perpetúa su glorioso nombre.

Raúl Matas

Nuestro país ha tenido excelentes locutores. A mi juicio Raúl Matas continúa siendo el maestro de generaciones. Muchos jóvenes locutores, inicialmente han luchado buscando un tablón donde asirse. Este ha sido Raúl Matas. Trataron de imitarlo hasta en sus españoladas «G», tan bien pronunciadas, pero, salvo raras excepciones, nunca segundas partes, como reza el refrán, fueron buenas. Pienso que cada cual debe valerse de sus innatas condiciones. Ejercitar la respiración diafragmática es un muy buen ejercicio que aprendí de mi profesor don Roberto Parada. Asimismo, leer mucho en voz alta para perfeccionar la dicción, sin comerse las «eses», flagelo tan común entre los chilenos. Intentar «sacar» la voz, y colocarla en

el «velo del paladar», como dicen los entendidos. Eso, y muchísimo más, debe aprender quien desee en el futuro enfrentarse con éxito ante el micrófono. Existen variadas técnicas (no sólo para locutores, sino también para cantantes. Y también muy buenos profesores).

He observado detenidamente a Raúl Matas, como locutor: posee muchos recursos para captar la atención de su público. En primer término es un hombre, aparentemente, muy relajado en la Televisión; sabe que las pausas son valiosas, enigmáticas, que causan suspenso; que no es preciso gritar frente al micrófono para llegar a ser famoso. Eso dejémoselos a los relatores deportivos.

Matas tiene ese «Angel» que tantos locutores han buscado en forma infructuosa. Todo esto unido a una inteligencia que le es de gran utilidad como animador, entrevistador, o conductor de programas.

Según mi parecer, el «maestro» es inimitable y quizás su «dejo» español (es descendiente de españoles) le ha sido de gran ayuda por cuanto lo hace diferente a los tantos locutores que laboran en Radios. Mire usted su calma, su silencio en la ocasión oportuna, mientras el «honorable» se torna expectante ante lo que va a decir en la Televisión. Se adueña de la escena como nadie. Imperturbable. Por todas esas razones se ha mantenido en el pináculo de la fama aquí como en el extranjero. Es que Raúl Matas nació para actuar en Radio y Televisión. Es el imperativo de eso que llaman «vocación».

Fernando Podestá, su Esposa Eglantina Sour y otros

Fueron, tal vez, la pareja más romántica de los años cincuenta. Un matrimonio muy unido. La hermana de Eglantina, Hilda Sour hizo una meritoria «carrera» artística, como actriz de la cinematografía azteca. Eglantina y Fernando Podestá incursionaron también en el teatro con bastante éxito. En mi escritorio de trabajo tengo una tarjeta que la pareja me envió:

«Fernando Podestá y Eglantina Sour, saludan atentamente a Ud., y tienen el agrado de invitarle a un lunch frío, que se ha preparado en honor a la prensa y componentes de su Compañía Nacional de Comedias, para

festejar el éxito alcanzado con la obra «Yo acuso a mi madre». Este lunch será servido en nuestro domicilio Serrano 374, el Lunes 18 del presente, a la una de la madrugada, después de la función del Teatro Baquedano.

Santiago, Febrero de 1954.»

No debemos olvidar de entre los destacados actores de Radioteatro de esos años, a los hermanos Mario y Guillermo Gana Edwards; a Mariñita Bürle y su marido Nibaldo Iturriaga que por tantos años animaron las románticas mañanas de Radio Cooperativa. El Radioteatro «La Tercera Oreja» de Joaquín Amichatis, con narración de Poncho Merlet y grabado por Juan Arnoldo Andaur. Obra de suspenso que mantuvo en «suspenso» por largo tiempo a sus auditores. En los radioteatros humorísticos se destacó principalmente «Intimidades de la familia chilena», de Gustavo Campaña. Nadie dejaba de oír este festivo programa político. Allí se haría célebre Anita González, la popular Desideria, que interpretaba el papel de una doméstica de lo más entrometida. Actuaba como dama joven Kika (Blanca Loewe) la actriz de cine, el Teatro y la Radio, como me tocaba presentarla día a día desde los estudios de Radio Agricultura, en un programa que se llamaba «Desde mi Casa», y que se realizaba en un estudio contiguo.

Otros excelentes actores fueron Jorge Sallorenzo y Agustín Orrequia (padre de Marujita, actriz también). El simpático gordo Rolando Caicedo hizo una creación genial con su «sordo Gervasio» que todo lo interpretaba al revés. Entretanto, Eduardo de Calixto, en Radio de El Pacífico, entretenía a su público diariamente con varios programas de corte festivo, como el popular «Hogar, Dulce hogar» y otros igualmente celebrados. De Calixto en la vida real era un hombre bajito, muy chacotero, a quien todos querían.

Recordemos otro programa de larga duración: Radiotanda, escrito por mi amigo Ricardo Montenegro (padre) por ese tiempo Gerente de Radio Continental, donde nos conocimos. Programa que actualmente dirige con igual éxito su hijo, que heredó la «vena humorística». «Residencial La Pichanga», con libretos de César Enrique Rossel., se constituyó en otro relevante programa de este género. De igual manera «El Bar Radiogenina», con Raúl Matas, Petronio Romo, Sergio Silva y Marcia Müller.

LOCUTORAS

(por orden alfabético. Años cincuenta y sesenta)

Apablaza Yolanda
Astica Fresia
Boca Eliana
Berríos Teresa
Borghero Adriana
Corral Alodia
Bravo Katia
Cristina Elga
Escobedo María Virginia
Chacón Esther
Fernández Mabel
Gacitúa Ofelia

González Nana
Küppers Raquel
Labarca Clelia
Latorre Mireya
Lecaros Pilar
Méndez Eliana
Mayerholz Eliana
Morales Africa
Müller Marcia
Piñana Teresa
Zuanic Gina

LOCUTORES

(década cincuenta al sesenta)

Abad Pepé
Achondo Eleodoro
Aguilera Aristides
Aguilera Pablo
Agliati Jorge
Alvarez Fernando
Arteagabeytía Hugo
Balladares Enrique
Bañados Patricio
Bravo Menadier Enrique
Bravo Menadier Armando
Brown Jimmy
Bustos M. Jaime

Camacho Justo
Campos Sergio
Cañellas Max
Céspedes Mario
Cruzat Darío
Grüner Eduardo
Cheigniau Emilio
Chechi Humberto
Córdova Iván
Coronado Juan Carlos
De la Sotta Carlos
Deformes Renato
Deza Francisco
Fernández Agustín

Fuentes José María

Fiori Pablo

Fock Oscar

Gallegos Eduardo

García Ricardo

Gatica Erasmo

Godfrey Carlos

Guerrero Leo

Gutierrez Julio

Heine Enrique

Herrera Rodolfo

Gil Juan Carlos

Hernández Francisco

Hüber Fredy

Isla Franklin

James Fernando

Jorquera Gerardo

Larrazábal Alfredo

Largo Farías René

Lehuedé Héctor

Lorca Mario

Loredo Humberto

Lob Esteban

Luco Enrique

Luco Fernando

Matas Raúl

Mitchel Talento Alejandro

Migliaro Mario

Miranda Javier

Meléndez Jorge

Morales Blas Jorge

Moreno Andrés

Munoz Gabriel

Nercellas Luis

Nery Ricardo

Nery Sergio

Orellana Guido

Orellana Cucho

Palacios Alfonso

Palma Carlos Alberto

Parada Guillermo

Pereira Hernán

Pérez Julio

Pizarro Pedro

Ramírez Alejandro

Ramírez Carlos E

Reyes Juan Carlos

Rojas Roberto

Romo Petronio

Roni Alfredo

Saavedra Pompeyo

Saez Roberto

Santis Cesar Antonio

Silva Acuña Sergio

Silva Acuña Iván

Silva Juan Ramón

Sousa Luis

Soto Edmundo

Sufán Espejo Octavio

Tapia Julio

Tarragó Manuel Orlando

Urra Ernesto

Utz Ramón

Valenzuela Rubén

Varas José Miguel

Varela Patricio

Vattuone Julio

Videla Julio

Yankelevich Adolfo

Yévenes Humberto

Yáñez Miguel Angel.

ACTRICES DE RADIOTEATRO

Arce Blanca
Bravo Katia
Botto Luchita
Cifuentes Maruja
Corral Alodia
Charlín Marta
Del Valle Iris
De los Reyes Soledad
Donoso Nené
Durán Lucila
Durante Pury
Escámez Orieta
Fernández Manolita
Gertner María Elena
González Anita
(La Desideria)
Hernández Flor
Latorre Mireya

López Marín Nieves
López Piris Venturita
Llopart María
Maluenda María
Martínez Yoya
Mayo Lila
Mayo Esther
Maybé Teresita
Mayerholz Eliana
Mirlo Anita
Moreno Inés
Moreno Elena
Piñana Teresa
Pizarro Marta
Román Shenta
Román Ana María
Sour Eglantina
Sour Hilda
Sousa Purita
Ubilla Marta

ACTORES DE RADIOTEATRO

Acevedo David
Barrenechea Enrique
Boudón Jorge
Caicedo Franklin
Caicedo Rolando
Carrión Héctor
Córdova Lucho

Del Solar Edmundo
Duvauchelle Edmundo
Duvauchelle Héctor
Donoso Osvaldo
Flores Alejandro
Ferrada Tennyson
Gaete Emilio
Gaete Pedro

Gana Edwards Mario
Gana Edwards Guillermo
Guevara Rubén Darío
Guixé Pepe
Godoy Leonel
Heine Enrique
Juvesi Silvio
Jorquera Alfonso
Larrondo Luis
Martínez Emilio
Miranda Max Enrique
Madignat Enrique
Mendoza Alfredo
Montenegro Ricardo (padre)
Montilles Mario
Muller Hugo
Murúa Lautaro

Naveda Eduardo
Parada Roberto
Parada Wenceslado
Quevedo Jorge
Reter Eugenio
Ríos Molina Rodrigo
Reyna Aníbal (padre)
Rojas Murphi Andrés
Román Enrique
Romo Romilio
Santelices Héctor
Ugarte Justo
Unda Rubén
Urra Ernesto
Urriola Sergio
Vargas Américo
Yung Julio

LOCUTORES DEPORTIVOS Y COMENTARISTAS

Aguirre Gustavo
Alonso Víctor Edo.
Abt Víctor
Bañados Patricio
Brotfeld Sergio
Bustos Nelson
Carcuro Pedro
Clavería Máximo
Donoso Juan
Facuse Juan
Gac Juan
Gac Luis Alberto

Gómez López Mario
González Márquez Carlos
González Renato
(Mister Huifa)
González (Pituto)
Ibáñez Julio
Inostroza Agustín
Jiménez Prieto Willy
Las Heras Juan
Leppe Raúl Hernán
Loézar Raimundo
Lobos Augusto
Magnoli Italo

Marchant Omar
Martínez Prádanos Julio
Martínez Tito
Martínez Samuel
Molinare de la Plaza Nicanor
Pablovic Pedro
Pérez Alfonso
Prado Raúl

Planels Sergio
Sains Hugo
Silva Acuña Sergio
Solís Hernán
Sufán Espejo Octavio
Tassara Humberto
Vattuone Julio
Verdugo Darío
Vicentini Luis

COMENTARISTAS SOBRE VARIADOS TEMAS

(años 50 al 60)

Cabrera Méndez Rafael
Calliz Krüger Alberto
Cánepa Guzmán Mario
Carrasco Rolando
Castillo Rolando
Cid Enrique
Cordero Raquel
Corral Alodia
Correa Prat Raquel
Dham Jorge
Del Campo Santiago
Deza Francisco
Chamudez Marcos
Franulic Lenka
Magnet Alejandro
Oyarzún María Eugenia
Fernández Camilo

Gómez López Mario
Leppé Raúl Hernán
Reyes Covarrubias Victoriano
Kittsteiner Rafael
Planet Mario
Montecinos Yolanda
Lieux Alfredo
Mundt Tito
Hernández Parker Luis
Navasal José María
Navasal Marina
Romero María
Romera Antonio
Palacios José María
Rojas Darío
Otero Rafael
Millas Hernán
Silva Espejo René

EL DÍA DEL TRABAJADOR RADIAL

Se celebra el 21 de septiembre. En la década de los años cincuenta, el acontecimiento reunía en un mismo lugar, a los integrantes de todas las emisoras capitalinas.

Recuerdo haber asistido a varias de estas festividades.

En una ocasión participé en la reunión llevada a cabo en el Trapiche de Peñaflor. El Día de la Radio fue festejado con un gran almuerzo. Enseguida vinieron los juegos y competencias deportivas: de fútbol; de rayuela; carreras pedestres; de ensacados, etc.

Otro año la fiesta conmemorativa tuvo lugar en el Restaurante que existía en la punta del cerro San Cristóbal, donde efectuase el banquete. Presidiólo dos Ministros de Estado: los señores Alejandro Serani Burgos y Don Bernardo Leighton. Como de costumbre hubo muy buena asistencia y gran camaradería. Hombres y mujeres de diferentes emisoras tuvieron la oportunidad de conocerse. Confundíanse en esta alegre y festiva hermandad, Locutores de ambos sexos; Programadores; Actrices y Actores de Radioteatro; Técnicos en Sonido; en fin, allí estaba gran parte del personal santiaguino que laboraba para este medio de difusión.

Con el tiempo el Día del Trabajador Radial ha ido perdiendo esta heterogeneidad que aglomeró en un comienzo, a todas las emisoras. Hoy en día, cada Casa Radial celebra en forma independiente este suceso anual.

EL LAUREL DE ORO

En el teatro Caupolicán, año a año, los artistas más populares recibieron una estatuilla como testimonio de esa popularidad. Durante largo tiempo ese estímulo premió la labor anual de nuestros artistas. Este premio fue establecido por un extranjero: Guillermo Zurita Borja, un hombre que llegó a Chile a mitad de los años cincuenta, especializado en la farándula Limeña. Esa especialización la aplicó en nuestro país a través de su programa radial «Coctail de Estrellas», en Radio del Pacífico; cooperó, además, en el progreso y desarrollo del género revestil en Chile.

Guillermo Zurita Borja nació en Ecuador y se casó en nuestro país donde formó su familia.

La idea de premiar a los mejores artistas chilenos nació en Radio del Pacífico. Cuando dio a conocer su idea hubo duras críticas y nadie creyó que se constituiría en algo definitivo. Sin embargo su proposición tuvo un éxito extraordinario.

El «Laurel de Oro», principió siendo una insignia de muy pequeñas dimensiones. Pronto se transformó en una estatuilla de mayor tamaño que el Oscar de la Academia de Artes Cinematográficas de Hollywood.

La premiación era algo grandioso. Reflectores iluminaban a los artistas y personalidades que llegaban al Teatro. Locutores de distintas emisoras presentaban a esos invitados. Los artistas ganadores del Concurso de popularidad en años anteriores exhibían en el extranjero su estatuilla de «El Laurel de Oro», como antecedente de calidad. Este es el mejor y más sólido respaldo que tuvo Zurita Borja en los años que lleva en nuestro país.

INTENDENTE - ALCALDE

¿Recuerdan al ex-Intendete-Alcalde de Santiago don Mamerto Figueroa? Hombre robusto y serio, fue designado en tan importante cargo por el Presidente don Carlos Ibáñez del Campo. Don Mamerto se preocupó mucho por el bienestar de nuestra capital.

Sucedió un día invernal en Emisoras Nuevo Mundo donde por entonces yo prestaba mis servicios como locutor y libretista.

Serían cerca de las ocho de la noche. Mencionaré que para llegar a los «Estudios de la Emisora» (tras subir ocho pisos en ascensor) había que atravesar una larga terraza descubierta, al final de la cual estaba ubicada la Radio. De día algunos actores de radioteatro o personal de la misma empresa acostumbraban tomar el «solcito» y además contemplar parte de la Alameda, aun cuando calle Serrano, que por entonces no ofrecía atracción alguna, tenía una mayor extensión visual.

Como anoté, la noche era húmeda y oscura sobre la elevada terraza. Un Control de Sonidos o Radioperador como también se les llama, acostumbraba llegar con anticipación a su «turno». El hombre era muy chacotero y le había dado por incomodar de hecho a un locutor que entraba a trabajar a su misma hora.

Esos días fríos el speaker usaba un abrigo, imitación pelo de camello. Locutor corpulento como corpulento era también el Radioperador. Y así, cada vez que se encontraban, trabábanse en una especie de lucha libre que nunca llegaba a mayores consecuencias.

Pero una noche al gracioso sonidista no le iba a ir del todo bien: dada la oscuridad reinante confundió (tal vez por el legítimo abrigo pelo de camello que vestía el corpulento Intendente-Alcalde), quien iba para que le hiciesen una entrevista, con su acostumbrado antagonista. Verlo entrar a la terraza y lanzarse en picada a agarrarlo violentamente de la cintura en un simulacro de enviarlo terraza abajo, fueron una sola cosa. El Intendente-Alcalde, hombre macizo también, se safó con rapidez, propinándole un fuerte derechazo al pecho.

Demás está contar la inmensa sorpresa del gracioso radioperador, cuando se dio cuenta de su error. Se disculpó a más no poder, dándole toda clase de disculpas y explicaciones, ante la severa mirada de don Mamerto, que, demasiado benevolente, no quiso perjudicarlo, y guardó absoluto silencio ante la Gerencia.

EN LA SALA “MARU”

A Radio Agricultura, -que a principios de los años cincuenta estaba ubicada en un antiguo edificio de calle Agustinas casi esquina Tenderini-, se le hizo estrecho su Salón Auditorio, por donde pasaron tantos destacados artistas nacionales y extranjeros. De allí que arrendaran la Sala Maru, situada en una Galería Comercial que nacía en calle San Antonio al llegar a Huérfanos, muy cerca del Lunchonette, punto de cita de aquellos que compartían el mundo artístico de la época. Allí se servía café y toda clase de bebidas.

El día de la inauguración de nuestro nuevo Salón Auditorio fueron invitadas destacadas personalidades: Políticos, Cuerpo Diplomático, la Jerarquía Eclesiástica, periodistas, etc. O sea, el antiguo Teatro Maru estaba copado. Y esta iba a ser mi primera prueba de fuego frente al respetable público... Por supuesto que me hallaba nervioso y tenso. Sentía cierta angustia ante la perspectiva del enfrentamiento con esos cientos de ojos que me auscultarían de arriba abajo. Además, temía que la pauta del programa temblara en mis manos. La iluminación del escenario era perfecta, pero fastidiosa por su intensidad, especialmente para este novato animador.

Faltaba media hora para la inauguración (19 horas). Me dirigía impecablemente vestido con mi traje cruzado Príncipe de Gales en dirección al «degolladero», por calle Miraflores, con mis casi veinte años cargados de angustia. No soy aficionado al vino, pero caído del cielo, me

salió al paso un Bar Restaurante. Penetré decidido a cobrar serenidad mediante una «caña» de tinto. Me la tomé de un golpe, casi sin paladearla. El efecto del alcohol fue casi inmediato: una ligera paz me invadió. La serenidad entró en mi organismo junto con el vino. Para adelante la situación se me facilitó enormemente -me sentí desenvuelto y alegre-, pues su grato efecto no se disipó sino hasta terminada mi actuación como animador del espectáculo, el primero en que me tocara participar.

Con posterioridad tuve la ocasión de continuar con estos estelares acompañado por los animadores Justo Camacho, la excelente locutora Yolanda Apablaza, y el profesor universitario Mario Céspedes, dueño de un gran dominio escénico.

DIRECTOR GERENTE DE RADIO AGRICULTURA DE LOS ANGELES

Allá por el año 1953, me llamó el Gerente de Radio SNA para informarme que los directivos de esa Institución habían decidido me hiciese cargo -en forma interina- de la Gerencia y Dirección artística de la filial en la ciudad de Los Angeles. Me sorprendió este ofrecimiento. Pienso que influyó el que yo era un muchacho soltero, sin mayores compromisos. Recuerdo que estábamos en pleno invierno y llovía torrencialmente. Peor era hacia el Sur.

-Señor Bustos, -me dijo, muy amablemente, aunque su rostro era severo, usted parte en el avión de esta noche- (por ese tiempo decolaban desde Cerrillos).

Hasta ese día confesaré yo jamás había volado y no tenía el menor deseo de hacerlo con tamaña tempestad. Y como la lluvia arreciaba sin cesar, le manifesté que prefería viajar en el tren nocturno que partía pocas horas después a lo que accedió. Volví a mi hogar, recogí algunas ropas, me despedí de mis entristecidos padres y muy pronto un taxi me condujo hasta la Estación Central.

Tras la cena en el antiguo y elegante coche comedor de antaño, me recogí a mi camarote en el vagón.

A la mañana siguiente descendía -maletín en mano- en el Andén de la ciudad sureña. Llovía a torrentes y no se veía un alma. Miento... Había un huaso viejo con poncho de castilla y sombrero alón deformado por el agua que miraba impertérrito hacia el tren. Me pareció por aquel entonces, que la mayoría de las Estaciones de Ferrocarriles chilenas eran tristes y descuidadas, como si nadie tuviese el menor deseo de adonassarlas. Nada las hacía atractivas y hasta eran malolientes. Hoy se ha superado bastante esta situación, tal vez debido a la competencia de los Buses interprovinciales, que mantienen en buen estado sus terminales.

Confieso que me sentí sumamente desilusionado al comprobar que ningún personero de la Radio me esperaba. Tomé un taxi e instantes después hacía sonar el timbre de la emisora. Era ésta una antigua casona, de un piso, con un amplio salón auditorio, extensas oficinas que olían a parafina (había varias estufas en diversos lugares) y mi muy excelente oficina de Gerente.

La persona que me abrió el pórtico, no experimentó el menor signo de interés hacia mi juvenil humanidad. De inmediato le hice saber con quién se enfrentaba. Entonces su distante actitud cambió y cierto temor noté en su rostro.

A poco me rodeaba gran parte del personal. Muy solícitos me mostraron enteramente la Emisora. Horas después el Jefe del Personal me informaba, a manera de descargo, que había habido una mala interpretación con respecto a mi llegada. Pensaban que arribaría en avión y no en ferrocarril.

Ese mismo día, al atardecer, reuní al personal -casi todos mayores que yo-, y les manifesté mi contento de integrarme a ese equipo radial, solicitándoles, de paso, su mayor colaboración para conmigo. Lo logré, pues jamás tuve problema alguno con mis subordinados a quienes aún, no obstante los años transcurridos, recuerdo con afecto.

Cuando me retiré voluntariamente de mi cargo de Gerente, recibí una preciosa y pesada bandeja de plata, con mi nombre y apellidos grabados en su centro.

Ocho meses permanecí en la ciudad de Los Angeles. Me alojaba en el mejor Hotel -el Mundial- bajo cuyo subsuelo corrían las aguas del río Quilque. La humedad reinante ese crudo invierno había desprendido el

papel mural de mi habitación en varios lugares y se dejaban ver los antiquísimos adobes. Era una pieza espaciosa de techo elevado, con balcones salientes que daban a calle Colo Colo, la arteria principal.

¿Qué me impulsó a regresar a Santiago y convertirme de nuevo en soldado raso? Pues una pololita capitalina de quien me sentía bastante enamorado. Se me hizo insoportable la distancia a que nos hallábamos y un día cualquiera volví a Santiago a presentar mi renuncia. Fue rechazada de inmediato. Se me explicó que a mi temprana edad yo estaba haciendo una bonita «carrera»; que mi gestión administrativa había sido excelente por cuanto la Radio superó como nunca sus entradas, en fin, que había dejado la «quebrazón de vidrios» palabras textuales que me sorprendieron. Luego el directivo aclaró esa frase: «Usted, Jaime, ha hecho lo que Raúl Matas en Radio Minería, es decir, ha elevado su audiencia y por ende los ingresos económicos». Pero de nada valieron sus enaltecedoras palabras. Yo ya había tomado una resolución irrevocable «por el amor de una mujer»...

Contaré una pequeña anécdota acaecida durante mi permanencia en Los Angeles:

Por aquellos días se llevó a cabo una exposición española en la antigua y elegante tienda llamada Gath y Chavez de Santiago, cuyo edificio estaba a punto de ser demolido después de 45 años de vida. Durante varios días actuó allí un conjunto de bailes españoles, cuyas principales figuras eran Los Sevillanitos -marido y mujer- de excelente zapatear al compás de sus castañuelas.

Terminada la exposición en Gath y Chavez, iniciaron las presentaciones en provincias sureñas, y así llegaron a Radio Agricultura de Los Angeles.

Recibí en mi oficina a los ejecutivos del espectáculo, quienes me mostraron varios álbumes con grandes fotografías de sus actuaciones en diversos países. Firmé contrato solamente con Los Sevillanitos, debido especialmente a la gran colonia española residente en dicha ciudad. Y quienes en parte financiaron el espectáculo.

La noche del debut el Salón Auditorio estaba colmado de gente. De pronto, al tañir de sus castañuelas, irrumpieron en el tablado Los Sevillanitos, con sus atuendos típicos de «bailaores». Y principió la fiesta

y también el tambalearse del frágil tablado, debido al fuerte zapatear de los bailarines que, entusiasmados con los Olé de la colonia española, taconeaban que era un gusto.

Su actuación fue todo un éxito. No así para el Gerente de la Agrícola Nacional (Anasac) muy amigo mío, cuyas bodegas vecinas a la emisora tenían arrimada a la pared de adobes -tras la cual Los Sevillanitos ejecutaban sus endemoniados bailes- rumas de sacos con fertilizantes, los que al temblor de las frágiles tablas del escenario casi contiguo, se derrumbaron de golpe. Afortunadamente la cosa no pasó a mayores.

Al siguiente día me llamó para mostrarme la hecatombe: «Mira lo que me hicieron tus famosos Sevillanitos», dijo entre sonriente y apenado, señalando el desparramo de sacos votados sobre el suelo.

CÓMO NOS CAMBIA LA VIDA

Un día cualquiera apareció en la antigua Radio Continental, situada en la Alameda de las Delicias, muy cerca de donde según he leído tuvo su hogar don Arturo Alessandri Palma, en tiempos de «el cielito lindo». Allí, por entonces, me desempeñaba como Director Artístico y Jefe de Programas. El hombre buscaba trabajo. Era un ser de apariencia insignificante, maltrajeado y se desprendía de su aliento un ligero olor a vino. Se notaba por su indumentaria que «el difunto» había sido más corpulento. Nariz aguileña, era judío, pelo raleado tirando para castaño y unos pacíficos ojos verdes que difícilmente podían desmentir su origen israelita. Encorvado, pese a que andaría por los cuarenta años, daba la impresión de un hombre en franca decadencia. Tal vez el único descendiente de David que he conocido en tal mala situación, causada seguramente, por su afición alcohólica.

Busqué, la primera vez que le vi, cualquiera excusa para sacármelo de encima. Dos días después, igualmente vestido y mal afeitado, con sus rubios bigotes descuidados retintos de nicotina, lo mismo que sus largas

uñas, volvió a la Radio. Dio la casualidad que por esos días el auxiliar o junior de la Emisora andaba de vacaciones. Era el encargado, entre otras cosas, de retirar de nuestra Casilla de Correos la correspondencia y de paso comprar los periódicos (de donde extractábamos gran parte de las noticias). De tal modo el «aparecido» pasó a ser, transitoriamente, su reemplazante. Prestaba, además, servicios menores y por su modestia y excelente genio (casi no le conocí la voz) todo el personal empezó a tomarle simpatía. Cerca de treinta personas trabajaban en la Emisora, entre locutores, libretistas, controles de sonido, etc. El fuerte numérico lo constituían los actores de radioteatro, tan populares antaño como hoy sucede con las teleseries. El pintoresco personaje (no mencionaré su nombre y apellidos) estaba en todas, con su infaltable tufillo a vino y su mismo traje viejo y gastado cuyas mangas caían mucho más abajo de sus muñecas. Hombre de carácter apacible, como dije, pasó por largo tiempo a ser poco menos que parte del inventario de la Radio. Un año después, al cambiarme de emisora, dejé de verlo.

Pasaron los años. Mi esposa me pidió la acompañara a calle Esmeralda a comprar algunas mercaderías menores para nuestro hogar. Entramos a una extensa paquetería abarrotada de artículos. Cual no sería mi sorpresa cuando me acercaba al mostrador, descubrir a nuestro querido amigo israelita vestido de punta en blanco, con un admirable y macizo anillo de oro, amén de un reloj al parecer del mismo metal. El cuello como los puños almidonados de su impecable camisa (así se usaban por aquel tiempo) eran de un blanco inmaculado. Su corbata y terno, un ejemplo de pulcritud. En verdad era un hombre nuevo, irreconocible. El personal de ambos sexos se dirigía a él con mucho respeto y se veía a la legua que él era el propietario del concurrido negocio. Ignoro si me reconoció, o bien rehuyó el encuentro. Al instante desapareció de mi vista y se introdujo al interior de la tienda. ¿Había abandonado el vino? ¿Recibió alguna herencia? ¿casó con alguna compatriota adinerada? ¿O se sacó la Lotería?... Fueron muchas las interrogantes que me hice mientras regresábamos a casa. Pero lo cierto, esta vez, era que la Rueda de la Fortuna se había detenido en nuestro apacible amigo. Nunca más he sabido de él.

EN EL TEATRO MUNICIPAL

El 17 de Septiembre de 1857 abrió sus puertas con gran aparato el Teatro Municipal de Santiago, orgullo de la América española, con capacidad para 1.848 personas. Los señores Augusto Charme y Francisco Brunet hicieron los planos del Teatro. Se inauguró con la ópera «Hernani» de Giuseppe Verdi.

Junto al profesor de Historia, Mario Céspedes, locutor también, me tocó participar más de una vez, en varios de los ensayos de la Orquesta Sinfónica de Chile, dirigida por famosas batutas nacionales y extranjeras.

El motivo por el cual nosotros estuviésemos ahí -la víspera de la función-, era el de familiarizarnos con el espectáculo que, al día siguiente la emisora (Agricultura) transmitiría en forma directa.

En una ocasión estábamos sobre el escenario, muy próximos al celebrado director alemán Erich Kleiber. Los músicos, como el artista foráneo, vestían informalmente. Kleiber, embutido en un grueso chaleco de lana movía con toda propiedad la batuta. Era un hombre de unos setenta años, delgado, muy alto, de abundante y desordenado cabello blanco. No hablaba una pizca de castellano. Aparte de la música que vertían los instrumentos de la Sinfónica, no se oía el ruido de una mosca. La sala estaba con la totalidad de sus butacas vacías, como que se trataba de un ensayo privado.

De pronto Erich Kleiber detuvo la música, golpeando fuertemente la batuta contra el atril de madera sobre el cual estaba la partitura. Agil se acercó un traductor. Al parecer su excelente oído había captado una fuga musical. Como tromba salieron cuatro ujieres a descubrir de dónde procedía la filtración acústica. No tardaron en regresar: Una de las diminutas ventanillas de la galería estaba semiabierta, y por el orificio se escapaban hacia el exterior notas de la preciosa sinfonía.

Como pueden apreciar, el oído del director alemán era algo genial.

SIR JOHN BARBIROLI

Otro de los grandes directores extranjeros que nos visitó fue Sir John Barbirolli, director nada menos de la Orquesta de la BBC de Londres. Por supuesto la emisora en que yo prestaba mis servicios transmitió el Concierto.

Como de costumbre el Municipal estaba atestado de seguidores del famoso director. Alto, cincuentón, con su cabello retinto prolijamente peinado hacia atrás, comandó a los músicos chilenos vistiendo su elegante frac.

Cuando el primer movimiento de la pieza musical concluyó entre los aplausos retumbantes del público, Barbirolli se dirigió hacia las bambalinas, lugar donde yo me encontraba, y solicitó un refresco. A nuestro alcance había una pequeña mesa con dos vasos y una Coca Cola abierta. Llené uno de los vasos y se lo ofrecí. De un sorbo lo bebió. Con un respetuoso movimiento de cabeza agradeció mi atención regresando de inmediato al centro del escenario, ya que empezaba el segundo movimiento de la Sinfonía.

EL VIOLÍN STRADIVARIUS

Mi abuelo había heredado de su padre cuando tenía doce años de edad, un violín que muchas veces tuve en mis manos, no como ejecutante, ya que no poseo dedos para el piano y mucho menos para el violín.

Lo había adquirido mi bisabuelo en la ciudad de Copiapó (donde por aquellos años muchos chilenos lograron con esfuerzo y tesón, fabulosas fortunas al descubrir yacimientos de plata y otros metales).

La transacción del violín se llevó a cabo mediante un remate público

y mi antepasado se lo adjudicó, cancelando por el instrumento musical, la suma de quinientos pesos oro que en esa época era una verdadera fortuna.

El Stradivarius había pertenecido a un hábil ejecutante que residió en la ciudad de Filadelfia. Tras la muerte de éste, lo heredó su hermano que oficiaba de Cónsul en Copiapó, ciudad de gran importancia en aquel entonces en que aún no se abría el Canal de Panamá. Ese era su verdadero origen.

Muchas veces escudriñé el violín, tanto en su parte externa como en su interior. Adentro, con letras grabadas a fuego, tenía una inscripción viejísima que decía. «Johan Stradivarius, Cremona 1717.

Recuerdo que en cierta oportunidad, el primer violín de la sinfónica, señor Ramírez, luego de arrancarle preciosas notas, (pese a que le faltaba una cuerda) me confesó que él hasta ese instante, pensaba que su propio violín era el mejor de Chile. Pero ahora había descubierto uno que lo superaba. También lo elogió Héctor Carvajal, músico al igual que su célebre padre, don Armando Carvajal. Me aconsejó se lo llevara a Jhon Pennington, quien por esos días arribaría a Santiago para dar una serie de conciertos en el Teatro Municipal. Pennington era nada menos que integrante del afamado Cuarteto Londres muy conocido en Europa. Era éste un hombrón que medía cerca de dos metros. Robusto, de rostro sanguíneo. Frisaría por aquel entonces en los sesenta años. Examinó el violín hasta en sus menores detalles. Finalmente en un chapurreado castellano, me manifestó que regresara dentro de dos días, pues debía estudiar en forma más detenida el instrumento. Así lo hice. Regresé al Hotel Carrera, donde se hospedaba, y lo encontré, lupa en mano, chequeando el violín desde el mango hasta la base. Comparaba cada parte con grandes fotos a color de un libro destinado precisamente a esta marca de violín. Su diagnóstico: «El Stradivarius, según mi examen, es legítimo, a excepción de la tapa superior que, al parecer, es muy buena imitación. Debe usted llevarlo a la Casa Mc Millan en Londres, donde podrán darle un veredicto categórico».

Tras esas palabras el violín regresó a la casa del mayor de mis tíos, quien era su custodio.

Ninguno de los ocho hermanos quiso deshacerse de la reliquia

familiar en cuyo seno había permanecido desde el año 1850. Con posterioridad mi amigo y locutor también, Iván Silva Acuña (actualmente destacado speaker de la Voz de América y hermano de Sergio, hoy fallecido) me sugirió exponer el violín en las principales Casas Comerciales de Sudamérica, a cambio de determinadas compensaciones monetarias por parte de esos establecimientos. Traspasé la idea a la «parentela», quienes de partida se opusieron, aduciendo que el Stradivarius podría sufrir deterioros con tanto ajeteo y era mejor que permaneciera en el hogar. Así sucedió.

Quizás muchos se preguntarán ¿Qué fue del violín?... Pues bien: Son tantos los familiares que han nacido (Y que ya son hombres y mujeres mayores) como tantos los que a su vez se han ido para siempre, que desconozco su actual paradero. A muchos de ellos apenas si los he visto alguna vez. De manera, que en cuanto a mí respecta, del Stradivarius, por quien tanto me moví durante los años cincuenta, nunca más se supo...

EN EL EX CINE DIECIOCHO

A comienzos de los años cincuenta se llevó a cabo en el Teatro Dieciocho (hoy también demolido) un encuentro de la ex Falange Nacional, actual Partido Demócrata Cristiano. El antiguo Teatro estaba colmado de militantes, entre los cuales se hallaban sus principales líderes.

La Radio en que laboraba me había enviado, junto a un Radiocontrolador, a transmitir el acto en forma directa, es decir, una emisión al «aire» con los pormenores de la reunión. Jaime Celedón, -tan famoso en estos días por sus actuaciones en el Teatro, Televisión y también como publicista, y con quien tiempo atrás habíamos seguido un curso de actuación y locución en el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, (por entonces no poseía su quijotesca barba, ni usaba el característico jockey), se me acercó tras las bambalinas del escenario donde habíamos instalado nuestro puesto de transmisión, y muy amablemente me dijo: «Tocayo, por qué no nos haces el favor de presentar tú a los oradores».

Todos ellos eran pesos pesados dentro de la política nacional. Pero, muy a mi pesar, me fue imposible aceptar su ofrecimiento, por cuanto el Director de la Emisora para la cual yo trabajaba me había enviado solamente para la transmisión directa, como ya acoté, y nada más.

Recuerdo que hablaron en forma brillante, entre otros, si la memoria no me traiciona: Eduardo Frei Montalva; Radomiro Tomic; Tomás Reyes Vicuña y otros mandamases del Partido. Años más tarde Jaime Celedón se convirtió en un exitoso publicista y entiendo que era uno de los propietarios de Veritas Publicidad, por entonces situada en la calle Vecinal a pasos de la avenida Providencia.

En cierta oportunidad tuvo la gentileza de invitarme a un desayuno de trabajo a desarrollarse en una pequeña Sala de cine ubicada en el centro de Santiago.

Junto a otros profesionales de diversos medios de comunicación, tuvimos la oportunidad de ver, a través de la pantalla gigante de la Sala, los últimos adelantos de la actividad publicitaria en Europa y Estados Unidos, cosa que de mucho me valió, pues en esos días yo estaba por instalarme, junto a otros dos socios, con una pequeña empresa a la que bautizamos como «Trío Publicidad».

MI PRIMER AUTOMÓVIL

Estacionado en el interior de un local de compra-venta de vehículos, parece estarme esperando. Lo tienen expuesto al visitante, muy bien maquillado. La «Banda Blanca» de sus neumáticos (de moda por entonces) se destaca a la distancia. Su carrocería, de un rojo resplandeciente, lo hace más atractivo aún. Es precisamente lo que ando buscando. Un Ford Coupé de carrera.

Como un poderoso imán el auto me atrae hacia él. Mis veinte años de edad dicen que debo comprarlo. Subo por una escalerilla del local. Allí está el jefe, un hombre moreno de atlética figura.

Cuando se impone que anime un programa radial, con entusiasmo exclama que es uno más de mis asiduos oyentes. Esto ablanda la conversación entre comprador y vendedor.

Le advierto que soy nuevo en el «ambiente» radial. Mi sueldo no me permite comprarlo al contado. -No hay problema, dice. Un cincuenta por ciento al contado y el resto en «cómodas cuotas mensuales».

Este inexperto jovencito -sin haberlo revisado previamente-, firma cuanto papel le ponen por delante.

Queda sellada la transacción. El flamante Ford Coupé ya es mío. Tomo el volante y salgo del local ante las felicitaciones del jefe. Me despide diciéndome con fingida sinceridad, que me llevo el mejor de sus autos. Creo a pie juntillas su inflamado discurso. Pienso en los elogios de mis camaradas de radio cuando lo vean. Es otoño y las luces de la Alameda de las Delicias ya se han encendido. Como de costumbre gran movimiento vehicular. Una luz roja me detiene. Estoicamente espero la luz verde. Llega. Pero esta vez el flamante Ford Coupé no despegua. Bocinazos por doquier. Estoy en «panne» frente al edificio de la Universidad de Chile. Cuando la avenida se despeja, a duras penas logro empujarlo a un costado. Estoy confuso. A pie regreso al local de compra-venta. Impongo al jefe de lo acontecido. No se inmuta.

-Alguna mugrecita en el carburador... Muy sencillo de arreglar... De inmediato enviaré a traerlo. Pasado mañana se lo llevaré a su hogar.

Efectivamente, el día indicado, al atardecer, veo detenerse el Ford Coupé frente al portón de mi hogar. Pero, al igual que el Camaleón, el auto ha cambiado de color... Ahora la carrocería es verde. Me indigno. Alego que no me agrada ese color. Pero el jefe para todo tiene respuesta:

-Esta pintura es muy superior a la que tenía. Importada... no se descascara... Le durará años. Verá. Obsequio de la casa...

Seis y media de la madrugada. Mi «turno» como locutor de noticias empieza a las siete A.M. Me introduzco rápidamente en el interior del automóvil. ¡Se acabaron las tediosas esperas del Trolebús! Giro la llave de contacto. No hay respuesta. El Ford Coupé se ha vuelto mudo. Repito la operación varias veces. Desconsolado desciendo de él.

La hora avanza y en la Radio no tengo reemplazante. Imposible esperar más al Trolebús. Un taxi me saca del apuro en calle Seminario. Por

fortuna el coche vuela y llego puntualmente a la Emisora. Horas más tarde cuento mi desafortunada odisea a otros miembros de la Radio. La opinión de mis mayores es unánime:

-¡Cómo te lo fuiste a comprar sin revisarlo antes por un mecánico! Comprendo la «burrada» que he cometido.

Aquella misma tarde me dirijo a un garage cercano en Avenida Bustamante. El Ford Coupé es remolcado desde mi casa. Definitivamente ya no parte.

Al día siguiente me darán un diagnóstico sobre el motor. Nervioso concurro a la cita:

-Este motor está fundido... Le han colocado aceite grueso para disimular el desperfecto... Arreglarlo le cuesta tanto...

Estoy que exploto; de indignación, de rabia, de dejarme embaucar como un tonto, de tener firmadas tantas letras, de volver a tomar el Trolebus, de, de, de... En fin, el abogado de la familia me indica siga un pleito demandando al vendedor. Así lo hago.

Pasan los meses y los gastos en documentos, estampillas, etc, me tienen hasta el cuello, a más de las letras que debo cancelar mensualmente.

Entre «dimes y diretes» llegamos a fin de año. Los Tribunales entran en receso. Tomo una decisión irreversible: Vender el vehículo (que se encuentra desde hace meses arrumbado en el garage) a mitad del precio que pagué. No tarda en llegar el por entonces afamado corredor de automóviles Papín Jara, acompañado de su señor padre. Les complace la carrocería. Papín Jara me dice que le cambiará el maltrecho motor por un flamante Chevrolet Wayne. Además le bajará un poco el chasis para facilitar su desplazamiento. Se cierra el convenio ante Notario y recibo el dinero. Respiro hondamente. Por fin he salido del «cacho» en que mi inexperiencia de juventud me metió.

Meses después, Papín Jara gana (si mal no recuerdo) la carrera Viña del Mar - Puerto Montt, manejando su ahora flamante Ford Coupé.

EN EL CONSEJO ECONÓMICO Y SOCIAL DE LA NU

Tuve la suerte de ser seleccionado para transmitir las Sesiones del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, reunido en Santiago. Se trataba de hablar diez minutos diarios sobre las decisiones adoptadas por el Consejo Mundial. Mi noticiario era transmitido desde el Hotel Carrera donde en el décimo tercer piso se había instalado un Locutorio y una Sala de grabación. Me impactó lo grandioso de las máquinas grabadoras traídas desde los Estados Unidos por la Organización de Radio del organismo mundial. Años después esta nueva tecnología llegaría a las más importantes emisoras de nuestro país. Como digo, mi transmisión «volaba» desde el Carrera hasta Lake Success en USA, donde por aquel entonces funcionaban las oficinas de las Naciones Unidas.

Eramos cuatro los locutores que desempeñábamos idéntica labor: quien esto escribe para todo el mundo de habla hispana. El norteamericano Gerald Wade, para su patria y también Inglaterra; Mohamed Wady para los países de habla árabe y, lamentablemente se ha ido de mi mente el nombre del locutor francés.

Si no me equivoco, junto a Adolfo Yankelevich, fuimos los primeros en Chile que tuvimos la oportunidad de grabar en cinta magnética gracias a las Naciones Unidas, ya que con antelación las grabaciones se hacían en discos de acetato o bien en rodillos alámbricos, los últimos muy deficientes, puesto que distorcionaban la voz.

Las entrevistas a los cientos de delegados extranjeros eran efectuadas por Adolfo Yankelevich, conocedor de varios idiomas y un excelente profesional. Adolfo se inició en Radio el año 1932.

A propósito, narraré una corta anécdota: Siendo niño de unos catorce años de edad, me sobrevino un terrible dolor de muela. Mi madre rápidamente me llevó a la consulta del dentista. Ya, en el sillón «de los tormentos», el distinguido odontólogo, tal vez para distraerme un poco, me preguntó qué deseaba ser cuando grande: Locutor de Radio, respondí entrecortadamente.

«Cuidado, hijo, me respondió, mira que es un bichito que pica fuerte y después es difícil sacárselo de encima». ¿El nombre del paternal dentista?... Pues, don Adolfo Yankelevich...

LA PUBLICIDAD TAMBIÉN AYUDA

Esta vez como Representante Comercial de Radio Agricultura, estoy en su casa habitación de Isla de Maipo. Confieso que me costó llegar debido a que extravié el camino y di las vueltas del tonto en el auto. Presiono el timbre de entrada. A poco aparece una señora con cuerpo de madona italiana. Le informo a lo que vengo. Me introduce en un amplio living que comunica con el comedor luego de atravesar un arco divisorio. Todas las paredes son blancas y me da la impresión de encontrarme en casa de algún ciudadano musulmán, o en un pequeño emirato árabe.

En un rincón del living veo una chimenea apagada (es verano). Sobre ella una larga y amplia tarima. Gran cantidad de fotos familiares y variados objetos traídos, acaso, de tantos viajes efectuados al extranjero.

Tras la bella mansión, luego de atravesar un amplio y bien mantenido jardín, está la fábrica. De ese bien iluminado galpón donde veo a varios operarios afanados en sus diferentes labores, han salido y saldrán en el futuro inmediato, motobombas, fumigadores, aspersores, turbopulverizadoras, etc, muchos de los cuales ya están prestando eficientes servicios a gran cantidad de fruticultores. Furgones de la Empresa esperan, tanto para traer elementos para la fabricación de estas maquinarias agrícolas, como para llevar repuestos o bien para entregar en el fundo la motobomba requerida. Ya son cerca de las dos de la tarde. He regresado al living de la casa habitación. Ahí me encuentro con él. Viste suéter blanco y pantalones del mismo color. Nos hemos conocido días antes en la Federación de Tenis (donde es Tesorero) en calle Almirante Simpson, frente a la Sociedad de Escritores de Chile de la cual soy uno de sus tantos socios. Queda allí convenida la presente cita. Le he dicho, aunque no me creyó en un principio, que en una semana tras publicitar en la Emisora, lo convertiré en un «astro». Si hasta tiene nombre y apellido de actor, añadido. Sonríe. Y en verdad, pese a sus años, conserva un excelente físico, cabello blanco peinado hacia un lado y proporcionadas facciones. Algo así como un galán maduro al estilo Vittorio de Sica.

Me pregunta si vi ya su industria. Afirmativo. En seguida comenta sus inicios, muy modestos. Peleó en la Segunda Guerra Mundial. Nació en

Egipto y estuvo casado con una dama filipina. Tiene un hijo que tal vez con el tiempo tomará las riendas del próspero negocio. Me habla de Italia, su querida patria. De su afición como buen italiano por la ópera.

Es hora de almorzar: el ama de casa aparece con una bandeja. Sobre ella una voluminosa fuente de sabrosos tallarines. Tomamos asiento y entre plato y plato el personaje me cuenta más detalles de su vida, como también de su industria que empieza a levantar vuelo. Le interesa publicitar por dos meses en la Radio. Si la cosa «camina», continuará por otros dos. (hoy lleva más de 15 años haciéndolo).

Al día siguiente me manda los textos. Demasiado largos. Sugiero acortarlos. Accede. La publicidad irá en el «Bloque Matinal», destinado a los agricultores. Fabrizio Lévera firma el respectivo contrato. Muy pronto introducirá la promoción de su industria también en la Televisión, con lo cual queda consagrado como un caballeroso empresario, pintoresco y emprendedor.

DURMIENDO EN LA CAMA DE UN EX PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

A eso de las once de la noche, llego a Linares. Hace un frío como para dar diente con diente. Estoy en el fundo de un tío que hace muy poco tiempo se lo ha comprado a un ex Presidente de la República. Hermosa la amplia casona. Nada falta para hacerla confortable. En el comedor ya están en los postres. La cabecera de la extensa mesa la ocupa mi pariente. El resto de sus invitados (no menos de treinta) sentados a ambos lados, departen bulliciosamente. El tema principal: la política. No podía ser de otra manera. Muchos conocidos míos, pero a través de los periódicos y entrevistas radiales. Ignoran, en ese momento, que pocos años después, los más connotados, ocuparán cargos ministeriales en un próximo gobierno.

Las horas pasan. Anécdotas políticas van y vienen.

Se me ha hecho un lugar inmediato a quien será más tarde un importante Ministro de Estado.

Bueno, pero ¿A qué se debe la presente reunión?

Mi pariente va de candidato a diputado por la zona. Listos están los lienzos y las frases radiales que apoyarán esta candidatura. Por lo visto ya se ha planificado su campaña.

La cena ha terminado. Es hora de dormir. El tío se acerca y me informa que debido a la gran concurrencia deberé compartir, por esa noche, un dormitorio con otro de los presentes. De este modo mi lecho está a un metro de quien será el Ministro, acaso más importante de un futuro Gobierno.

La luz del dormitorio se ha apagado. Estoy en tinieblas. A poco comienzan los poderosos ronquidos de mi acompañante. A lo mejor, dormido, yo también lo hago. Por tal motivo duermo como «la mona». A intervalos. Y así, medio trasnochado, veo aparecer el nuevo día. Temprano se van los invitados a cumplir con sus actividades políticas. Solo quedamos en el caserón, mi tío, yo, y la servidumbre. Transcurre el día entre ráfagas de viento y lluvia. Cenamos solos esta vez.

Mi pariente se levanta de la mesa. Me indica que lo siga. Un lindo y amplio dormitorio es lo que veo. Tras su imponente marquesa de dos plazas, un estante adosado al muro, repleto de libros muy bien encuadernados.

-Esta será tu cama por hoy...

Noto un bulto dentro del espléndido lecho:

-No te preocupes... Es un «frailecito», acota mi tío, con una leve sonrisa. Alzo las frazadas. Un suave calorcillo emerge de entre ellas. Ahí descubro, de cuerpo presente, al «frailecito». Es una diminuta olla con pavesas aún hirvientes en su interior. Descansa sobre una suerte de larga canasta enmimbrada que impide a las brazas quemar, tanto la sábana de abajo como la de arriba. Una sirvienta retira los «aparatos».

Me acuesto. Con el frío que hace, este calorcillo es como para revivir a un congelado. Exquisito.

Regresa mi tío «candidato» al dormitorio. Viste sobre sus hombros un ligero poncho de alpaca. Me pregunta: ¿Sabes quien dormía hasta hace

poco en esta cama?... Y añade: Pues un ex Presidente de Chile. Don Carlos Ibáñez Del Campo.

Me quedo con la boca abierta...

Días después, mi pariente «político» es derrotado en las urnas por un escaso margen de votos.

Con posterioridad el Presidente Salvador Allende lo nombraría Embajador en Ecuador y luego en República Dominicana, donde lo sorprendió al 11 de septiembre de 1973.

EL SANTO DUMONT

Habíamos aterrizado en Asunción del Paraguay, tras un plácido vuelo de dos horas y media desde Santiago. La ciudad para un chileno es una caldera de calor húmedo. Este clima tropical nos acompañará durante los quince días de permanencia en Paraguay y Brasil. Viajo en compañía de un ex locutor del noticiero policial «El Repórter X» que por tantos años ocupó las noches de la hoy desaparecida Radio del Pacífico. Actualmente retirado de las lides radiales mi acompañante es un próspero industrial.

Creador y Director del mencionado noticiero de antaño fue el miembro del Cuerpo de Bomberos de Santiago don Enrique Folch. También nos acompaña un Ingeniero Agrónomo, ex funcionario de CORA (Corporación de la Reforma Agraria) en tiempos de la Unidad Popular. Profesor de la Universidad de Chile y también de la Católica ha obtenido varios diplomas y condecoraciones tanto en Chile como en el extranjero por ser uno de los más destacados especialistas en frutales.

El hotel en que nos alojaremos dista unos treinta kilómetros de Asunción, en medio de todo el esplendor de doscientas hectáreas de plena naturaleza. Para llegar a él viajamos en el bus del establecimiento turístico. Minutos después trasponemos la puerta principal del lujoso hotel. Un aire acondicionado nos reconforta de inmediato el cuerpo. Todo allí es de primera. Inmensos comedores con sus «atiborrados» autoservicios donde encontramos los menú más diversos y deliciosos.

Enfrentándonos está el río Paraguay que divide en dos partes el país. Canchas de Golf, piscinas, saunas, casino de juego, discoteca, Solarium, yachting, esquí acuático, equitación, centro de compras, etc. Todo está a disposición del turista. Es un Hotel larguísimo compuesto de ciento veintiocho departamentos y suites, rodeado de verdor tropical.

En el snack Bar me topo con el Senador de la UDI (Unión Demócrata Independiente) Eugenio Cantuarias (a quien no conozco personalmente). Viaja con su señora esposa -una agradable chillaneja- y sus dos hijos adolescentes.

Al saber que también somos chilenos, estrechamos nuestras manos como buenos compatriotas. Volveremos a encontrarnos en repetidas ocasiones, incluso en el vuelo de regreso a Chile. Cantuarias es un hombre joven, robusto, de tez morena y vivarachos ojos café oscuros. Dado el calor reinante todos vestimos ligeras ropas deportivas. Charlamos de política y de otros diferentes temas.

En la recepción está el listado de los lugares más relevantes del país, partiendo por su capital.

En Asunción ningún turista deja de visitar la Recova, antiquísimo portal arrabalero, contiguo al río Paraguay. Allí se hallan múltiples tiendas populares con heterogéneos artículos. El cuero, en especial, por su buena calidad y baratura, es el más codiciado por los viajeros. Maletas, maletines, cinturones, carteras se venden rápidamente.

Recorremos Asunción por sus cuatro costados. Es una ciudad antigua (no se conocen los temblores) donde algunos modernos y elevados edificios rompen la atractiva arquitectura colonial.

La avenida de las Embajadas es digna de mencionarse por sus estupendas construcciones donde prima -en la fachada de sus muros- el pulido ladrillo que les da un aspecto muy pintoresco. Todas estas mansiones poseen dilatados parques, muy bien conservados. Asimismo, sus lujosos barrios residenciales, con arboledas por doquier dado a su excelente calidad de tierras. Reinan los mangos, los jacarandás, los plátanos.

El célebre lago Ipacaráí dista unos 37 kilómetros de la capital. Es inmenso, de un color más bien terroso.

Por ser domingo, el Ferry permanece detenido junto al muelle

principal. Muchas buenas edificaciones en sus alrededores, como también excelentes restaurantes. Ahí está la ciudad de San Bernardino, principal centro veraniego, a orillas del «recantado» lago. En verdad, vale la pena volver a visitarlo.

Nuestro mayor interés es llegar a Foz de Iguazú en la frontera con Brasil, lugar donde se encuentran las famosas cataratas con sus doscientos setenta «saltos». Cuentan que doña Eleanor Roosevelt, esposa del entonces Presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, comentó al admirarlas: «Pobre Niágara».

El calor intenso y húmedo no es obstáculo para que otros tantos turistas extranjeros, con sus inseparables cámaras fotográficas a cuestas, anden en las mismas que nosotros.

Una exuberante vegetación nos ha acompañado durante los cuatrocientos y tantos kilómetros (5 horas de viaje) que hay entre Asunción y las Cataratas. Es decir, hemos recorrido por entero Paraguay de Este a Oeste. Espléndida la carretera por donde se desliza el Bus, con sus bermas de tierra rojiza. Ello hace resaltar más el paisaje de altos pastizales como también de enmarañada selva tropical.

Al término del viaje, luego de atravesar el río Paraná, nos encontramos con la bullente y comercial Ciudad del Este, donde es casi imposible caminar debido a los insistentes vendedores ambulantes ofreciéndonos toda clase de mercaderías. Muchos son coreanos, chinos, japoneses, guaraníes, etc.

Finaliza el viaje. Nos espera un nuevo Hotel, tan espléndido como el anterior. Ya estamos en territorio Brasileño y hay que pensar esta vez en cruceiros.

Descansamos del largo viaje y al día siguiente, en un diminuto Bus, a las famosas Cataratas.

Desde la altura, apegados a los maderos de una larguísima baranda de seguridad, tipo mirador, recorreremos maravillados los cerca de setecientos metros que las enfrentan. Nos detenemos ante los «saltos» más espectaculares. Todos toman fotos. Algo para recordar.

Nuestro peregrinaje, junto a otros cientos de turistas, extranjeros también, termina en la estruendosa Garganta del Diablo, donde convergen enormes cascadas que, al caer violentamente contra el río Paraná, elevan

sus brisas transformándose en nubes gigantescas. Es tal el gentío que espera el ascensor para regresar al plano donde se estacionan los respectivos Buses, junto a la carretera, que con mis dos acompañantes decidimos desandar unos doscientos metros y trepar por un sendero angosto. Así llegamos muy pronto a nuestro vehículo. El calor, insisto, es sofocante, cercano a los 37 grados, ya que estamos en el mes de Febrero.

Frente a los Buses de turismo diviso una estatua de bronce, sobre la vereda. Es una figura humana coronada con un amplio sombrero del mismo metal. Viste de civil. Tiene una mano extendida en actitud de saludar. Abajo, en el pedestal, leo: «Santos Dumont» y la fecha de su nacimiento y muerte. Pero quizás por qué razón, la última letra de la palabra Santos, apenas si es legible. De ahí entonces el por qué algunos turistas ignorantes se inclinan respetuosamente; aun más: veo a algunos besándole con fervor su extendida mano.

El famoso «Santo Dumont», valeroso aviador brasileiro, había nacido precisamente en ese sector, y la estatua era un reconocimiento de sus coterráneos por ser uno de los pioneros de la aviación de su país.

Una calle de nuestra capital -en el barrio Recoleta- lleva su nombre: «Santos Dumont».

EN LA QUINTA VERGARA *(Viña del Mar)*

Enviado por Radio Agricultura para transmitir por vía telefónica pormenores del Festival de la Canción. Con mi credencial a cuestas, me encuentro la víspera del magno espectáculo, sentado en mi butaca en el sector destinado a la prensa y artistas. Noche fría, como fueron todas las de aquel evento. Repito que es el pre-estreno. Medio mundo, más precavido que yo, va embutido en gruesos suéters y algunos hasta llevan mantas. El suscrito tan solo con una polera afranelada. Sobre ella una camisa blanca de popelina. El ensayo se demora. Y junto con esta demora mi cuerpo siente penetrar a través de su epidermis el punzante frío. A

medida que el tiempo avanza se hace cada vez más inaguantable. Resultado: al día siguiente con un fuerte resfrío, lo que no me impide continuar cumpliendo con mi labor radial. Ahora sí que voy a la Quinta bien abrigado con suéter y parka forrada en chiporro. A un costado mío, casi al término de la fila de butacas, una muchachita de jeans. No lleva ningún maquillaje. Su nariz respingada y su generosa boca me recuerdan una ternerita. Ignoro quien será. ¿Tal vez una novel periodista?

De pronto se detiene en el pasillo, junto a ella, un hombre macizo de negra y abundante barba:

-¡Palomita, por fin te encuentro!

Paloma San Basilio le da un ligero abrazo. Me corro de inmediato a la siguiente butaca para que pueda sentarse el recién llegado. Al parecer es su representante artístico. Miran con atención los movimientos de Antonio Vodanovic y los de su «Partenaire» María Graciela Gómez.

Hay diminutas marcas de tiza sobre el tablado. Son señales que advierten donde deben ubicarse ambos animadores. Se repite tres veces la entrada de ambos, hasta que el director les da su visto bueno.

Continúa el desfile de artistas y cómicos que al otro día harán su presentación oficial. Son cerca de las dos de la madrugada. Paloma San Basilio ha abandonado su butaca. No vuelvo a verla hasta la noche siguiente. Elegantísima y muy bien maquillada canta sobre el escenario... Demás está decir que su actuación es recibida con mucho entusiasmo, por las treinta y tantas mil personas que asisten.

Así termina mi primera noche en la Quinta Vergara.

En el Hotel O'Higgins

Es casi imposible penetrar a las doce del día por su amplia puerta principal. Tumulto insoportable. Quien pueda abrirse paso entre tanto fans, es mirado como un divo, sea cantante, locutor, periodista, o sea quien sea... La locura del mundo del espectáculo. Adentro, en el lobby, la Torre de Babel. No todos hablan el mismo idioma. Confúndense artistas nacionales, extranjeros, comunicadores de distintas nacionalidades.

Asisto al gran Salón donde ensaya -muy sonriente- Horacio Saavedra

junto a sus músicos. Horas después, en otra sala, a una conferencia de prensa que da un conocido artista extranjero. Un intérprete está a su lado. Lluven las preguntas de distinta índole. Micrófonos portátiles y radiograbadoras sobre la mesa larguísima. Tomo detalles de cuanto observo para enviarlos a mi Emisora santiaguina. A la seis de la tarde -vía telefónica- mando «mi despacho».

En el amplio hall central del Hotel veo bajar del ascensor a un hombre sonriente, de barba y cabellos canos. Me imagino que bien pudiera ser San Pedro, salvo por su vestimenta tropical. (Blue Jeans y liviana camisa multicolor floreada, al estilo Tahitiano) Ray Coniff sonríe en forma benevolente a los reporteros gráficos y periodistas que lo acosan. Junto a él están su joven esposa y su pequeña hijita.

Sentada en uno de los confortables sillones diviso a una belleza oriental. Ignoro si es una muchacha coreana, china o japonesa. Me dice en forma entrecortada que le hable en español, pues así, poco a poco va conociendo el idioma. En ese instante nadie supone que al final del certamen será una de las más aplaudidas. Hoy no recuerdo su nombre.

Continúan las noches del Festival. Al término de alguna actuación, y mientras la TV pasa sus «comerciales», me dirijo al Bar, el que se encuentra bajo el escenario. Es un «cardúmen» de periodistas y reporteros gráficos junto a artistas de primera clase que esperan, angustiados, enfrentarse al «monstruo».

La función continúa. Se escuchan insistentes los aplausos. Una, dos, tres veces el ídolo vuelve a presentarse ante un público que pide más de él. Antonio Vodanovic, con su ya dilatada experiencia, logra aquietar esa marea humana. Anuncia al próximo artista. Este, muy nervioso, se resiste a salir del Bar temiendo una silvatina. Es un humorista. Los aplausos logrados por la estrella anterior son aplastantes. Pero el espectáculo debe continuar. Dos o tres personas, sin mayores contemplaciones, lo empujan por la estrecha escalerilla que conduce al escenario. Se nota que el hombre va deshecho. Un segundo después lo veo (por la televisión del Bar) plantarse sobre el escenario, sonriente, aunque me figuro «la procesión va por dentro». Vodanovic, nuevamente, con sus múltiples recursos, revierte la situación: lo que segundos antes me parecía un desastre se convierte en victoria. Respiro. El buen humor contagia al «honorable» que tibiamente

empieza otra vez a aplaudir. Termina, felizmente, en el delirio. «¡Gaviota!...¡Gaviota!» gritan todos al unísono. Y «Gaviota» se lleva el humorista que minutos antes temblaba de pavor...

Siempre en el lobby del Hotel. Es mediodía. El animador del «Festival de la Una», Enrique Maluenda, se me acerca. Indaga si he visto a Nidia Caro. Se la señalo. Está sentada en una mesa de la terraza junto a su esposo y otras personas. La veo comiendo glotonamente un hot dog. Hacia ellos se dirige Maluenda. Se conocen desde hace años. Ella es portorriqueña y Enrique por mucho tiempo fue un popular animador de Televisión en su país. Diez minutos después Maluenda regresa junto a mí. Me encuentra charlando con Alberto Cortés, afamado cantautor argentino. Ambos son hombres macizos, de elevada estatura. Maluenda no participa en el Festival Viñamarino. Tan solo ha ido a saludar a sus buenos amigos.

Afuera del Hotel el gentío continúa incrementándose. Hacen guardia de día y algunos más fanáticos, de noche. El solo divisar a sus ídolos compensa cualquier sacrificio. Y mejor aún si logran un autógrafo. Alberto Cortés debe asistir a una reunión fuera del Hotel. Me pregunta si habrá otra salida para eludir a sus admiradoras. Le señalo la puerta lateral que da a la calle de los cines. Lo acompaño hasta allí donde a poco aborda un taxi que se aleja velozmente. Ha logrado su propósito: escapar de la multitud.

Cóctail en la Quinta Vergara

El Bus que nos conduce del Hotel O'Higgins a la Quinta Vergara va relleno de periodista y también artistas del Festival. Algunos viajan de pie. Nadie se incomoda pues el recorrido es corto. Laurita Godac (modelo) va sentada junto a mí y a Lucho Fuenzalida -comentarista de espectáculos de un diario santiaguino-. El coctail que ofrece la Ilustre Municipalidad de Viña es inmejorable. Un grupo de guitarristas ameniza la escena. Hay muchas mesitas sobre la amplia terraza. La nuestra es compartida por Laurita, Lucho Fuenzalida y yo.

De pronto, alguien a viva voz propone una cueca. Laurita, a quien apenas conozco, me invita a bailarla. Lamentablemente llevo zapatos con suela de goma. Sabiendo que es gran bailarina de nuestro folclore, temo

estropearle su fama. Lucho, muy desenvuelto, me saca del apuro. Con su pañuelo en alto principia a cortejar a su pareja, al frenético compás de la cueca. Los tres pies finalizan entre aplausos de chilenos y extranjeros.

Así transcurren las horas en un ambiente festivo.

Al atardecer llega Pedro Vargas, el tenor mejicano. Lo veo de pie, muy solo, junto a una jardinera. La casualidad nos hace estar a pocos metros el uno del otro. Aprovecho de entablar conversación. Algo inédito de su vida para mi despacho radial. El gran azteca es hombre de pocas palabras. Quizás cuantas miles de entrevistas ha debido soportar en su larga «carrera» de cantante. No obstante lo avanzado de sus edad, aún conserva su buen oído, aunque según los entendidos, ahora canta «una octava más bajo». Pero siempre es «el Rey». Otros comunicadores radiales nos hacen muy pronto ruedo y consiguen tanto como yo... Pero hemos tenido oportunidad de conocer a un hombre, cuyas bellas canciones escuchamos desde niño.

LA HISTORIA DE CHILE SE ESCRIBIÓ EN EL MAR

Así se tituló el concurso que el diario El Mercurio conjuntamente con Radio Agricultura efectuaron el año 1969.

Recuerdo que estando en el campo vi el aviso de promoción en un gran rectángulo del mencionado periódico. No pensé en que podría recibir un premio. De todas maneras escribí sobre el tema sin cambiar un punto ni una coma. Al día siguiente lo envié con seudónimo a la dirección que indicaban. Tiempo después me había olvidado del asunto.

Era otoño cuando pasaron a verme un primo con dos vecinos. Me invitaban a que fuésemos al Shangri-Lá, unas estupendas canchas de esquí en las cercanías a las Termas de Chillán. La excursión era esa misma tarde y ya casi estaba oscureciendo. De inmediato me negué a ir. (Yo sólo conocía de nombre el lugar y jamás me había colocado un par de esquís). Alegué que no podía dejar solas, a mi mujer y a mi pequeña hija, etc, etc, etc. A todo le buscaron solución. Mujeres y niños quedarían en una sola

casa para que estuviesen más acompañadas y que me despreocupara de ello. Lo conversé con mi esposa quien no opuso reparo alguno. O sea, mis amigos me doblaron la mano...

Viajamos en un pequeño Simca mil, y entrada ya la noche empezamos a ascender la Cordillera de los Andes. En la mañana habían pasado el «barrenieves», pero a esas horas ya la nieve dificultaba la subida.

A las diez y cuarto de la noche el auto se chantó. La nieve tenía varios centímetros de altura por lo que a duras penas logramos llegar a las cercanías de las canchas de Shangri-Lá. Había allí un largo bodegón o refugio, oscuro, puesto que carecía de luz eléctrica, y algunas frías habitaciones con literas para los ocasionales esquiadores. En un rincón vi una especie de Salamandra hecha con un tambor de lata, la cual permanecía apagada. Ni restos de leña. La tormenta de nieve se hacía cada vez más tupida, por lo que mis tres amigos decidieron bajar el Simca mil hasta un lugar llamado «Las Lavas», pues suponían que al día siguiente el auto iba a amanecer sepultado bajo la nieve. Como la maniobra consistía sólo en empujar cerro abajo el vehículo, no fue preciso que yo los ayudara, de manera que me quedé solo y a oscuras en el desolado bodegón, sin tener con qué calefaccionarme, pero pensando que en pocos minutos más mis buenos amigos estarían de regreso.

De súbito se abrieron de par en par ambas hojas del rústico portón de madera y un delgado y barbudo huaso de a caballo penetró en él. Entiendo que su sorpresa debe haber sido mayúscula al verme solitario, en la oscuridad, sentado al borde de uno de los húmedos camarotes del inhóspito bodegón.

Le expliqué que estaba de excursión con otros tres amigos que muy pronto regresarían. El hombre, de largo poncho negro, era una especie de arriero y cuidador del lugar. Me recomendó que no me alejara de allí, pues la semana anterior llegó un profesor norteamericano en compañía de varios alumnos, que salieron a recorrer las inmediaciones cuando sobrevino una tormenta de nieve. Al día siguiente los muchachos encontraron el cadáver del profesor perdido, tan solo a cincuenta y tantos metros del bodegón.

-Y justamente la víspera el gringo durmió en el camarote en que usted está sentado...

¡Nada más alentador para mí! -pensé para mis adentros.

Haciéndome otra serie de recomendaciones el huaso se despidió muy amablemente y volvió a salir montado en su caballo.

Pasó media hora, otra más, y ahí me percaté que el portón iba a ser muy pronto bloqueado por la nieve en su parte exterior. ¿Qué hacer? Los amigos no regresaban y yo comenzaba a entumecerme. Tras largo razonar, decidí, como pude, empujar las gruesas puertas y salir a la intemperie.

Las nubes corrían veloces y a ratos vislumbraba la luna que, fugazmente, volvía a desaparecer quedando todo en penumbras y yo enterrado hasta las rodillas en la nieve. Sacar cada pie de ella, era para mí un penoso esfuerzo.

A mi lado sentía el rumor de un río y por supuesto temí desbarrancarme hacia él.

En cuanto a mis tres amigos, éstos no daban señales de vida, pero me despreocupé de ello, por cuanto eran conocedores del lugar.

De pronto acudían a mí las palabras del arriero sobre la muerte del profesor norteamericano, ahí, en las cercanías... ¡Como para dar ánimos!

El murmullo del río continuaba. Repentinamente la luna se detuvo un instante fuera de las negras nubes. Constaté que estaba a pocos metros de una ribera y que al otro lado del río se veía una diminuta luz. Don hay luz hay gente, me dije. Divisé una serie de rocas o peñas que sobresalían de las aguas y que, al parecer, servían para atravesarlo. Mis gruesos bototos, con suela de goma, tocaron la primera piedra. Luego me introduje, saltando una tras otra casi hasta la mitad del caudaloso río. (Debo confesar que las peñas estaban bastante resbaladizas lo que hacía más peligroso el avance).

Súbitamente, en la ribera opuesta, divisé al amigo arriero quien, desde lo alto de su cabalgadura, me hacía señas con un lamparín.

-¡Vuélvase! ¡Vuélvase! ¡que se está metiendo en la parte más honda!...

El girar sobre una pequeña roca resbaladiza, en medio de una tormenta de nieve, no creo que ni a un contorsionista le sea cosa fácil. Pero, afortunadamente logré hacerlo y desanduve mi camino.

-Ahora camine por la ribera ascendiendo unos cuarenta metros. Yo ahí estaré alumbrándolo con mi lamparín.

Así lo hice. Esta vez la travesía de orilla a orilla me resultó más fácil

por cuanto los peñascos eran más amplios y enfrente de mí estaba el buen arriero, protegido de la nieve por su negra manta de castilla y su lámpara encendida, como me había prometido.

Suspiré hondamente al llegar al otro lado. Le di las gracias e intenté darle una buena propina, a lo que se negó rotundamente. Aún más, me dijo que siguiendo la ribera cuesta arriba, me encontraría con una pequeña casa donde pernoctaban unos esquiadores. Se disculpó de no acompañarme, pues debía encerrar unos vacunos que se le habían perdido. Pero que ya había encontrado el piño de bestias y debía darles forraje.

Caminé con mucha dificultad, pues cada paso significaba un nuevo hundimiento de mis extremidades inferiores en la blanda nieve. Al fin logré llegar a una casa tipo A, y tras golpear me abrieron. Por supuesto que se asombraron los que allí estaban al ver a un hombre que venía semi cubierto de nieve y medio congelado ¡Y a esas horas! Retiréme la escarcha de ojos y cejas. Pude comprobar que uno de los allí presentes era un conocido mío, residente en la ciudad de Chillán. Muy pronto me saqué la casaca forrada en chiporro y me instalé junto a una chimenea de cobre, cuyos leños al parecer ardían desde largo rato, pues vi bastantes cenizas en su interior. Un buen vaso de whisky temperó mi cuerpo y muy pronto se enteraron de mi odisea. Les relaté paso a paso mi aventura sin omitir nada. Algo así como una hora y tanto después se escucharon fuertes golpes en la puerta de la cabaña. Eran mis tres compañeros que, totalmente cubiertos de nieve, cual esos monos obesos con que Moviloil hace su propaganda, con dificultad cruzaron la angosta puerta de entrada. Retiráronse sus ropajes y ahí comprobaron que eran viejos amigos de los que estaban pernoctando en el acogedor recinto. Grande fue su alegría al encontrarme, a Dios gracias, sano y salvo. El atraso de su regreso se debió, según contaron a que tras dejar con mucha dificultad el auto en «Las Lavas» y volver al bodegón, quedaron sorprendidos al no encontrarme. Iniciaron una desesperada búsqueda en medio de la tormenta y como no me encontraron, decidieron inquirir noticias de mi paradero en la cabaña de enfrente.

Al día siguiente intenté esquiar en la cancha de «los tontos», dándome una serie de porrazos debido a mi escasa experiencia en ese deporte. Todo aquello aconteció un 21 de Mayo de 1969. De regreso al campo, donde juré interiormente no volver jamás a la nieve, debí ir a mi pueblo por

asuntos personales. Pasé a comprar el Mercurio y la vendedora (conocida mía durante muchos años) me preguntó que tal lo había pasado en Valparaíso. Que por la Radio escuchó que yo había obtenido el tercer puesto en un concurso sobre el mar. Y que por la Emisora me hicieron insistentes llamados para que como homenajeado, participara en los actos del 21 de Mayo invitado, junto a otros de los premiados por la Armada Nacional... Quedé francamente sorprendido. Lo mismo me sucedió en el interior del Banco del Estado donde algunos conocidos me felicitaron, puesto que yo había obtenido el tercer lugar entre doscientos cincuenta y tantos concursantes. De inmediato llamé por teléfono a la Radio donde me confirmaron lo dicho.

Y quien escribe estas líneas, ganador de un premio sobre temas del Mar ese glorioso 21 de Mayo, se hundía hasta las canillas en la nieve, una tormentosa noche otoñal, en los contrafuertes cordilleranos de Chillán.

LA EFEMÉRIDE PREMIADA

Yo soy Arturo Prat... Aquí reposan mis cenizas... Frente al mar; junto a los hombres que sucumbieron conmigo. Sin embargo vivo en el recuerdo de todo chileno. Esta es mi tumba. El sagrario ofrendado por mis compatriotas. Soy símbolo de valor para muchos. Y la bandera tricolor que también murió conmigo, conmigo renace cada veintiuno de Mayo... Condensó con los míos la fe, la abnegación, la disciplina, el coraje y el amor hacia la patria por la que dimos la vida: POR CHILE. Todo lo entregué por ella. Una madre, esposa, hijos. Por ellos que también fueron mi Chile volvería a darla. Y si mil veintiunos de Mayo repitiéranse, otras mil veces moriría en el Huascar... ¿Fui valiente?... ¿Temerario?... No desconocí el temor. Lo palpé en cada poro de mi cuerpo. Me laceró las carnes. Pero el deber de entregarse por la patria doblegó al pavor. Endureció el espíritu. Morí. Y la patria revivió. Todo sucedió en tan solo un día. En unas horas. Cuando el sol doraba aún las aguas y los cuerpos no buscaban el reposo... Iquique: serías el puerto señalado para unir tu nombre con el mío.

Formamos una trilogía con la Esmeralda. No se da el uno sin el otro; como el día, el crepúsculo y la noche. Siempre inseparables.

No amé la guerra. Pero ella vino hacia nosotros. No la deseábamos. Y caímos por una causa que nos pareció justa. La Patria se defiende. Lo hicimos con Aldea, con Serrano, con Riquelme, con Uribe, con tantos más que también eran mi Chile. Todos sanos, fuertes, desbordando juventud. Todos con promisorios porvenires...

Gustábamos la vida: de los hijos, de los padres, de los nuestros: gozábamos de Chile. Ninguno anhelaba morir cuando la aurora desplazaba a las tinieblas. ¿Morir? La vida era tan bella. Lo repito. disfrutábamos de la vida. Sencillamente, como lo hace el hombre recto...

¿Por qué no recordar la víspera del día consagrado? A la caída de la tarde, cuando el cuerpo ya cansado se entrega a los placeres del espíritu...

Riquelme, el poeta, el músico, el lírico, nos dejaba oír la suave música arrancada a su violín. Quieta hallábase la cámara de oficiales. Solo el rumor acompasado del mar nos apartaba, a veces, de la grata melodía. Y, a su son, los recuerdos más queridos no sé por qué razón acudían a mi mente. Vibraban las cuerdas pulsadas por Riquelme y el alma también se estremecía, vaga, sutilmente... ¿Sería esta la calma que antecede a la tormenta?

Terminó la música. Los hombres encendieron sus cigarros. Y junto a las volutas de humo que ascendían por el aire, los pensamientos aún partían hacia los seres amados...

De pronto Serrano rompió el mutismo. Alzando su copa, dijo:

-Brindo por el porvenir de la Esmeralda...

-Porque se cumplan todos nuestros anhelos -musitó Uribe.

-Por la victoria -agregó Aldea, el sargento chillanejo.

-Por nuestro Chile querido -terminé yo. -Muchachos... ¡Salud!

las copas entrecucháronse, y la menguada ración de vino, de ese vino hijo de Chile, nos tonificó el alma. ¿Volveríamos de nuevo a reunirnos?

Amaneció el 21. Límpido el cielo. Calma la mar. Nada hacía presagiar la inminencia del peligro. Labores de rutina sobre la vieja corbeta... Las horas avanzan. Y solapado también avanza el enemigo siniestro. Husmeando por doquier a su apetecida presa. Con los cañones erizados, ya quizás apuntando hacia nosotros.

De súbito la alarma suena. Una humareda se percibe en la línea imaginaria del océano. El corneta insiste. Toca arrebato. La quietud de la Esmeralda se ha quebrado de repente. Evádense de la mente los pensamientos privados... Una sola idea común se incrusta en el cerebro: ¡VENCER!... Si es preciso morir por la victoria, así se hará. En mis tímpanos resuenan las palabras inmortales de Bernardo O'Higgins: «O vivir con honor o morir con gloria». No serán desechadas por mí. Con violencia me late el corazón. Los hechos heroicos de la patria ya se insuflan en mi cuerpo. Estoy decidido al sacrificio. Que Dios proteja a la Esmeralda y la Virgen del Carmen cuide de los míos si yo falto.

La campana de la vieja corbeta repica vigorosa, acompasada, al unísono con los latidos de mi sangre, de mi corazón, de mi pulso. Los hombres ya se ubican en sus puestos de combate. La pólvora está lista. Sables y pistolas impacientanse en los puños de mi gente. En los rostros se presiente ya el coraje. Brillan las miradas; no se apartan ni un instante del gigante de hierro que avanza decidido, como un fabuloso pez, nadando hacia nosotros. ¡Cuán formidable y hermoso es! ¿Será posible que nuestro viejo pontón doblegue a ese coloso indestructible? David contra Goliat... ¿Tendremos acaso la suerte del primero?

Se acorta la distancia. Una granada mortal revienta entre nosotros. Salpica ya la sangre de chilenos... La respuesta no se hace esperar. Alcanza al monstruo en su coraza. Resbala sobre ella, débil, impotente, sin labrar una herida ni un rasguño. Otro impacto nos decapita el mástil. La Esmeralda se estremece, tiembla por momentos, pero recobra pronto su posición original. Cunde el humo y la sangre. Los gritos. Estoy en todas partes: alentando; dando órdenes, arengando... El sudor perla mi frente. Arden los ojos; la respiración se dificulta. Cuerpos destrozados por sobre la cubierta. El chileno no desmaya. Recarga sus diminutos cañones impotentes contra el agresor incólume. Vuelan los disparos. Los maderos saltan por los aires. También las heroicas carnes. Horrorosa es la visión que me rodea. La Esmeralda cruje convulsionada por fuertes explosiones. Horadado está su casco. Inclínase sorprendentemente. Alzo mi vista. Grito: ¡La bandera que juramos defender siga en su sitio!

La contienda se prolonga. El enemigo está asombrado. Impaciente por acabar pronto con nosotros. ¡Inusitado el valor de estos chilenos!...

Nuestra nave está deshecha, desgajados los cuerpos; ríos de sangre bañan la cubierta. Pero el alma siempre entera. Dispuesta al sacrificio.

El monitor terminará de un solo golpe con nosotros. Lo presiento. Véolo girar bruscamente. Enfila recto hacia el pontón. Es el fin. Envuelto en una nube de humo diviso el hermoso rostro de Riquelme. Allí está, fiero, el cabello desgredado. Su casaca se ha entreabierto mostrando el torso vigoroso. Se aferra a su cañón...

Ya el monstruo se abalanza hacia su presa. Los maltrechos cañones de mi barco vomitan al unísono su fuego... No se desvía el enemigo. Muere la Esmeralda. El espolonazo feroz del monitor acabará con ella. No existen medios de defensa. El enemigo se agiganta... El ruido es espantoso... Mi alma se impacienta... Cinco... cuatro... tres... dos..., un metro... Alzo mi espada. El valor me ahoga. Y un ronquido poderoso, confundido con el terrible choque, se arranca de mi pecho: ¡AL ABORDAJE MUCHACHOS!

El resto de mi historia la conoces. Por eso estoy aquí, venerado por generaciones. Contemplando confiado el paso de Chile que marcha en pos de su destino pronunciando mi nombre: ARTURO PRAT CHACON.

«LAS LILAS» CHACRA DE LA FAMILIA MANDIOLA

La chacra «Las Lilas» de la familia Mandiola se constituyó por muchos años en el punto donde se reunieron parientes y amistades. Las tupidas Lilas que caían sobre el pórtico enfierrado de su entrada y murallones laterales, diéronle ese nombre que, de niño a adulto, ejerció una suerte de embrujo para mi espíritu. Allí podía encontrar todo lo que por aquellos tiempos a un pequeño lo hacían feliz: frondosos níspero, paltos, nogales, naranjos, castaños y limoneros a los cuales solíamos trepar con la agilidad de simios. Acequias para recorrer a pie pelado, refrescando nuestras juveniles extremidades en los días de calor. En fin, uegos al destajo: que el «mono mayor»; que «la escondida», que «el paco ladrón», que las bulliciosas «pichangas», que la «guerra de los volantines» con sus multicolores e imponentes «pavos».

De entre tantos participantes recuerdo en especial a un vecino apodado «Cocodrilo», tal vez por sus poderosos y blancos dientes. Hijo del cuidador de la chacra vecina, era un mocetón fornido que con sus bien «curados» hilos, mandaba «cortados» muchos de los volantines que pretendíamos mantener por largo rato revoloteando por sobre nuestras cabezas. Se trababa la batalla aérea. La diestra mano de «Cocodrilo», accionando su tensado hilo, con la velocidad de un ovni atrapaba nuestros volátiles papeluchos rebanando el hilo de volantines, pavos y cometas. Algunos caían en picada destruyéndose en el duro suelo. Otros, más caprichosos, sosteníanse por minutos en el aire, tronchadas ya sus vidas del cordón umbilical que los había llevado a las alturas. Y el viento sur de primavera los hacía finalmente aterrizar, a veces con sus maderos quebrados, en los dominios de «Cocodrilo». Saltando cercas o metiéndonos por entre las alambradas de púas, corríamos en procura del rescate de uno que otro de ellos, en especial cuando se trataba de un majestuoso «pavo». Pero ya nuestro moreno vecino lo había cogido entre sus grandes manos, esperándonos en actitud desafiante. Años después «Cocodrilo» (era mayor que todos nosotros) moriría ahogado en el mar mientras realizaba su Servicio Militar en Tejas Verdes, lugar cercano a Llo Lleo.

El peor castigo que podía aplicarnos nuestro padre a mí y a mis dos hermanos, era el de impedimos ir de paseo a la chacra del abuelo materno el día Sábado. Sabíamos que en ese lugar nos esperaba una quincena de primos y primas mayores y menores que nosotros. Mis tíos y amigos también disfrutaban de sus propias diversiones: En la mesa larga y amplia del comedor -que de niño me parecía enorme-, un grupo jugaba «bacará» hasta altas horas de la noche. En otra pequeña, con hermosa cubierta de mármol, dos de los tíos más ancianos, muy circunspectos acostumbraban jugar ajedrez. En las afueras del caserón de dos pisos, cerca de los jardines y arboledas, otros grupos competían a la rayuela o bien jugaban a las carreras de caballos. La pista era simplemente una larga acequia cuya veloz corriente llevaba hasta la «meta» a unas diminutas tablitas puntiagudas, cual quillas de barco, que eran los simbólicos caballos. Cada una de ellas pertenecía a alguno del grupo que la alentaba a gritos desde la orilla, cual si se tratara de un verdadero «pingo». La tablita ganadora se llevaba el «pozo» de los demás competidores. Cada una de ellas tenía sobre su

superficie lisa, estampado su nombre: Duraznito; El Palomo; Fosforito, y otros nombres más cómicos como Saltimbanqui, Badulaque, Monicaco, etc.

Fue tal el entusiasmo que despertó en mis tíos y amigos esta entretención sabatina, que instalaron postes con luz eléctrica en uno de los bordes del canal, rodeado de castaños, con lo que este juego se prolongó hasta bien entrada la noche.

La chacra «Las Lilas» ubicada en calle Fermín Vivaceta 2344 perteneció por muchos años a don Adrián Mandiola, mi abuelo materno. De sus parronales -contábase- se extrajo el exquisito mosto que antaño paladearon los socios del antiguo Club de la Unión, situado por entonces en un edificio de calle Bandera esquina Huérfanos. De la chacra «Las Lilas» también salió gran parte de los ladrillos con que se construyeron los altos y hoy detestables edificios grises, cubiertos de smog que conforman el Barrio Cívico de Santiago.

Recuerdo el incesante rodar de camiones cargados con el ocre material rumbo al centro de la capital. De idéntica manera los imponentes hornos donde se cocían miles de ladrillos que, al atardecer, parecíanme fantasmales con sus troneras encendidas y el intenso calor que de ellos provenía.

Frente a la chacra «Las Lilas», hacia el oriente, estaba el Hipódromo Chile. Mis tíos, sumamente aficionados a las carreras, se hicieron construir un alto observatorio de madera al que se ascendía por una escala. A través de sus prismáticos observaban el transcurso de estas verdaderas carreras de caballos que se jugaban mañana y tarde Sábados y Domingos.

Rara vez escuché entre ellos discusiones por política. Aunque no por eso carecieran de posiciones ideológicas diferentes. Supe que algunos de mis tíos fueron acérrimos adversarios del primer gobierno del General Carlos Ibáñez del Campo. Y en alguna ocasión pude oírlos recordar esos viejos tiempos con otros contertulios que defendieron al General con igual pasión.

La chacra «Las Lilas» ya no existe. Sus terrenos han sido ocupados por fábricas y viviendas. Pero en mi retina aún persisten los buenos momentos vividos allí de niño a adolescente.

TRES ANCLADOS EN MENDOZA

Allá por los años sesenta y tantos, Mendoza se convirtió en una especie de punto de encuentro para los chilenos. Múltiples compatriotas transitaban por sus hermosas avenidas. Las transacciones comerciales eran el acicate que llevó en especial a los estratos medianos y bajos de nuestra sociedad a la citada ciudad transandina. El cambio de moneda por esos años, nos favorecía enormemente. El «matute» o reventa en nuestro país de las mercaderías compradas a «huevo», dejaban a los chilenos succulentas utilidades. Aviones, buses, automóviles, atravesaban a diario la Cordillera llevando sus vientres repletos de entusiastas compradores-vendedores. Por la escasez de habitaciones, muchos viajeros debían pernoctar en plazas, parques y hasta en los Andenes de la Estación de Ferrocarriles, como me tocó comprobar. En buenas cuentas, en Mendoza la estaban «dando». Lo que allá valía uno, acá se vendía en tres, en especial los artículos de cuero. Hoy sucede igual cosa pero a la inversa. Nos llenamos de turistas argentinos que en el verano repletan nuestras costas y ciudades, ya que el cambio monetario esta vez les es favorable a ellos.

Mendoza, que según nuestros historiadores antaño fue chilena, tiene grandiosas avenidas como General San Martín (la arteria principal); Las Heras con su gran comercio y buenos Hoteles; Sarmiento (actualmente convertida en un amplio paseo peatonal) etc. Todas cubiertas de frondosos árboles que se alinean a sus costados y que forman una especie de techo vegetal, bajo el cual se deslizan peatones y vehículos. Lindas tiendas, muy bien iluminadas y mejor surtidas invitan a comprar. Sus cafetines, en primavera y verano, disponen de mesitas sobre las amplias veredas, con sus coloridos quitasoles que alegran aún más sus principales avenidas. Es una especie de Buenos Aires en miniatura, bullente de actividad en toda época del año.

Como soy un pésimo comerciante, jamás me llevó a estas avenidas el afán de comprar, salvo pequeñas y escasas baratijas como una pipa, cigarrillos, algún raro encendedor y otras chucherías.

Mi primer viaje de turismo a esta ciudad lo efectué en compañía de mi esposa y de mi pequeña hija.

El antiguo tren (hoy no existe) despegó de Los Andes, y luego, lentamente, cual una culebra, fue trepando en las alturas. Demás está contar lo bello del panorama con sus picachos escarchados, y las diferentes tonalidades del macizo Andino.

Horas después los vagones deteníanse frente al Hotel Portillo, donde tuvimos ocasión de bajarnos y contemplar desde lo alto las bien mantenidas canchas de esquí. Allí me encontré con el animador de radio Ricardo García (hoy fallecido) que viajaba con dos amigos y miraba el paisaje al igual que yo.

Almorzamos cómodamente en el mismo vagón, donde en bandejas plásticas nos llevaron los alimentos. Horas más tarde arribábamos a la Estación de Mendoza.

Yo había reservado una habitación triple en un hotel de la céntrica avenida San Martín. Un hombre macizo, con el típico acento argentino, indagó el lugar al que nos dirigiríamos. Respondí a su pregunta, a lo que me respondió con su tremendo vozarrón:

-¡Pero Ché, voz estás loco!... Ese Hotel es carísimo. Andáte a mi Residencial que está en Las Heras a dos cuadras de Avenida San Martín. Y su ayudante, sin titubear, lo dio como un hecho consumado tomando en sus manos las dos maletas. Con mi esposa nos miramos sorprendidos ante tal desfachatez. Alcancé a balbucear que si no era de nuestro agrado, nos retiraríamos de inmediato.

-Te va a gustar. Es un ambiente muy familiar. Ya verás...

Tras ellos caminamos las dos cuadras y llegamos a la tan ponderada Residencial. Era esta una amplia casona antigua, de un piso, muy bien tenida tanto en su fachada como en su interior.

El extenso comedor nada tenía que envidiarle a otros que en posteriores viajes he conocido en excelentes Hoteles Mendocinos. El dormitorio era bastante pasable, pues disponía de tres confortables camas, un closet, y lo más importante para mi, baño privado.

Una mirada de aprobación de mi esposa decidió el quedarnos una semana.

Entre vitrinear y uno que otro paseo al Cerro de La Gloria; al Club de Yates; a las famosas Viñas; al Acuario, etc, se nos acabó el tiempo.

Por la mañana un taxi nos condujo a la Estación de Ferrocarriles. Mi sorpresa fue mayúscula: cientos de compatriotas -con sus abultadas maletas-, yacían tendidos en los prados, junto a sus familias. Al primero con que me topé le pregunté que es lo que sucedía:

-Estamos aquí desde ayer en la madrugada, esperando el tren que debe conducirnos de regreso a Los Andes. Muchas de estas personas, pensando que ayer volvíamos, gastaron hasta el último centavo. Hay, como ve, varios niños, guaguas, que no han ingerido alimento desde hace varias horas... Y añadió compungido:

-Aquí nadie se ha atrevido a levantar la voz. Creen que de un momento a otro van a aparecer los vagones. Pero yo sé que esto no sucederá. Algo he oído de desperfectos en la locomotora a la altura de las Cuevas. De manera que el tren que viene a buscarnos tiene para rato...

A todo esto varios compatriotas me rodeaban con una mirada de esperanza.

-Que dos voluntarios me acompañen al Consulado Chileno para resolver este problema, -dije con autoridad. Cinco fueron los que me siguieron a pie (el Consulado estaba a cinco o seis cuerdas). Llegamos al edificio. Dos soldados, bayoneta en mano, me cerraron el paso. Les expliqué que me dirigía allí en representación de doscientos chilenos que estaban alojando en los andenes de la Estación, por más de día y medio. Que el tren que debía llevarlos de regreso a Chile se había hecho humos...

A mis cinco compatriotas se les impidió el ingreso y quedáronse esperándome en las afueras del edificio.

Pedí a una secretaria entrevistarme de inmediato con el Cónsul chileno. Resultó que este personero asistía a un almuerzo con autoridades regionales.

-No llegará hasta el atardecer -me respondió secamente la mujer. Le hice saber de el problema que se había suscitado, a lo cual me respondió con gesto duro.

-Siempre los chilenos causándonos problemas. Se gastan hasta la última chaucha y luego se dejan caer pidiéndonos ayuda...

-Pero este no es el caso, señorita... La culpa solamente es de Ferrocarriles que no sé por qué razón no han cumplido con el horario estipulado de llegada...

Se respuesta fue tajante: -Regrese a las cinco, hora en que posiblemente el Cónsul esté de vuelta.

Regresamos al andén. Al vernos, muchos se nos acercaron para indagar sobre la llegada del tren. Fue muy poco alentador cuanto pude decirles. Solamente que esa tarde me reuniría con el Cónsul para ver si era posible colocasen un nuevo tren con destino a Los Andes.

A las 5 P.M. volví al consulado con mis lugarestenientes. Afortunadamente el diplomático había regresado. Con mucha cortesía me atendió. Su secretaria ya lo tenía al tanto de nuestro problema:

-Señor... la verdad es que yo, como Cónsul chileno, es muy poco lo que puedo hacer. En lo que a usted concierne y su familia, puedo conseguirles de inmediato regresar a Chile en el próximo avión... Se lo garantizo...

Agradecí su gesto, pero me negué, por cuanto doscientas personas estaban con el «credo en la boca» esperando el éxito de mi gestión. No podía defraudarlos huyendo por los aires.

-¿Sabe?, me dijo finalmente el Cónsul, puedo conseguirles Buses para que los trasladen hasta la ciudad de Las Cuevas (la que generalmente está nevada), y allí podrán esperar un convoy que viniese de Chile y regresar en él a Los Andes.

Me resistí a esta nueva iniciativa. ¿Y si no llegaba el trencito a Las Cuevas, cuyas temperaturas son usualmente bajo cero? Era como cambiar pan por migas. Y así se lo hice notar.

En mi acaloramiento por resolver a la brevedad el problema llegué a solicitar un teléfono para comunicarme de inmediato con nuestra Cancillería en Santiago y exponer nuestra inconfortable situación.

-Busquemos otro arreglo, me manifestó inquieto. Trataré de comunicarme con la Jefatura de la Estación de Mendoza para que ellos resuelvan esto. Sugeriré, si es posible, que el tren que mañana viene de Buenos Aires sea desalojado allí mismo para que en él regresen los chilenos rezagados. De inmediato volví con mis «escoltas» al Andén Ferroviario y comuniqué a los presentes esta última proposición del Cónsul. Todos se veían con sus rostros cansados y aburridos de tanta incertidumbre. ¡A dormir a la «tripa pollo» una vez más.

Regresé a la Residencial y le expuse a mi mujer lo acontecido.

Alrededor de las diez de la mañana debía llegar de Buenos Aires el tren salvador. Fue muy puntual en su arribo. Al verlos venir, todos se pusieron de pie, ansiosos de trepar por fin al tan ansiado convoy. Ahí fue donde se armó la «tole tole». Los viajeros procedentes de Buenos Aires (y que también regresaban a Chile), se negaron a abandonar los carros.

En vista de la batahola reinante entre mis compatriotas, decidí atravesar la calle y dirigirme al edificio de enfrente donde se encontraban las oficinas generales. Me introduje en él y después de trasponer varias de ellas logré llegar donde «el mandamás». Estaba tan nervioso con el alboroto entre los chilenos que me dijo:

-Señor, por qué usted no les habla por este micrófono que tengo a mi lado y les comunica que está por arribar un tren auxiliar que los llevará a su destino...

Le respondí amablemente que a él le correspondía hacerlo, puesto que era el Jefe de la Estación.

Dos minutos después de despedirme, oí una voz que por los parlantes anunciaba:

-Se ruega a los señores pasajeros rezagados no insistir en subirse a los vagones procedentes de Buenos Aires. En cosa de diez minutos más arribará un convoy vacío, para quienes aún no han podido regresar a su país.»

Los ánimos principiaron a calmarse y el anunciado tren auxiliar no se hizo esperar. Mis cansados y aburridos compatriotas lograron sin dificultad trepar en él y tomar asiento. De más está decir que muchos de mis compañeros de viaje me colmaron de elogios por mi intervención en el desafortunado incidente, cosa que consideré tan solo como un deber de parte mía para con mis compatriotas.

ASESOR AGRÍCOLA DE MALUENDA

Como poseo ligeros conocimientos sobre agricultura, el animador de Radio y Televisión, Enrique Maluenda me pide lo asesore en la posible compra de un fundo cercano a San Vicente de Tagua Tagua. En el amplio Chevy Chevette del popular locutor, partimos a visitarlo junto al Corredor de Propiedades que tiene a su cargo la venta. Tras el vidrio del parabrisas va adosada la placa metálica que identifica al Canal en el cual presta sus servicios.

Llegamos al lugar. Es un campo de ciento cincuenta y dos hectáreas, pero, lamentablemente sólo seis son planas de secano. El resto es pura cordillera.

Ante la probable comisión que pueda ganarse, el Corredor de Propiedades señala las ventajas del campo. A su vez Maluenda me pregunta sobre la calidad de la tierra. Veo al amigo corredor muy entusiasmado y me da lástima estropearle el negocio. He cogido en mis manos un puñado de ella. Mala calidad; carece totalmente de consistencia. Maluenda me interroga con la vista; luego me dice abiertamente: Di, no más ¿qué te parece? Respondo que si desea tirar una porrada de dinero en esas tierras desnutridas, puede hacerlo. Tiene un lindo paisaje de fondo como para disfrutar periódicamente de succulentos asados. Pero como inversión rentable es nula.

Interviene el Corredor de Propiedades: Mire esos cerros, señor Maluenda: usted puede criar cabras... Además existe mucha leña que cortar, lo que también es un buen negocio.

Volvemos al vehículo sin resolver nada. El auto se dirige a San Vicente de Tagua Tagua. Almorzamos en el Restorant Requehua (famoso por sus apetitosas ranas).

Me levanto en dirección al mesón donde compro una cajetilla de cigarrillos. El barman me detiene unos minutos. Ha descubierto al famoso animador del «Festival de la Una». Que su presencia los honra y que a los postres le solicitará un autógrafo.

Regreso a la mesa. Enrique Maluenda, muy serio, me dice que estamos detenidos por la autoridad. Pregunto el motivo.

-Por dejar mal estacionado el Chevette.

Al ver mi cara de sorpresa irrumpe en carcajadas:

-Fue una broma; casi te la tragas...

Abandonamos el Restorant y el garzón se queda con una buena propina y su correspondiente autógrafo. Afuera del local se ha reunido una multitud de colegiales y adultos. Nos esperan, pues ya se ha corrido la voz de que el renombrado Enrique Maluenda está en el pueblo. Cuesta llegar hasta el vehículo. De improviso, abriéndose dificultosamente paso entre la muchedumbre, llega a sus manos una tarjeta. Pertenece a las oficinistas de la Compañía de Teléfonos local que están celebrando el Día de la Telefonista (1 de Junio). Nos invitan a compartir un ligero coctail con ellas y otras personas.

Atravesamos la plaza seguidos de una larga caravana de admiradores de ambos sexos.

La oficina está engalanada con flores y serpentinas. Un espléndido buffet nos espera. Entre brindis con gaseosas, tragos cortos y largos, entremezclados con pastelillos, sandwiches y conversaciones al por mayor, pasamos alegremente las horas.

Enrique Maluenda observa su cronómetro. Doce y cuarenta y cinco de la noche, dice. Hora de retirarnos.

Recuerdo que el «toque de queda» se inicia a las dos de la madrugada y hay mucho trecho que recorrer para arribar a Santiago. Las simpáticas y alegres telefonistas nos despiden con abrazos. Ha empezado a llover en forma torrencial.

Nos desplazamos por la carretera con rapidez rumbo al norte.

En las cercanías de Rancagua una Garita de Carabineros. Un cabo, envuelto en su capote de aguas, pide a Maluenda se identifique. Este muestra sus documentos para conducir. Con su linterna el uniformado, en medio del aguacero, alumbra el rostro de nuestro chofer. Ahí se percata de quién es. Su voz se suaviza de inmediato y tras desearnos que lleguemos sin novedad a la capital, satisfecho vuelve a su Garita.

Doce minutos antes del «toque» arribamos a Santiago. Enrique Maluenda nos deja a cada cual en su respectiva casa.

Al amigo Corredor de Propiedades se le ha frustrado un buen negocio, pero creo, no podrá olvidar fácilmente los gratos momentos vividos durante este viaje.

EL PENECA

Quien de los lectores ya maduros, en su niñez no leyó El Peneca, la popular revista juvenil. Hasta nuestros mayores se la arrebatában cada Sábado para continuar la serie de peripecias que le acontecían a «Quintín el Aventurero». Y tantas otras historietas que suplían, por entonces, a la aún impensada Televisión. Por muchos años la revista se mantuvo entreteniendo a generaciones. Los espléndidos dibujos graficaban los temas, impresionando nuestros jóvenes espíritus.

El Peneca fue la revista más vendida en Chile. Sus semanales portadas, a todo color, dibujadas por Coré (Mario Silva Ossa, fallecido a los 37 años en 1950) veíanse expuestos en todos los kioscos del país.

Tuve la suerte que la Empresa Editora Zig Zag, a través de Henriette Morvan -por aquel entonces Directora de El Peneca-, se interesara en mi libretto titulado «Las Mascotas del Tahiti Nui» que aún no se convertía en libro. Firmé el contrato respectivo un 17 de agosto de 1957.

Pocas semanas después aparecía el primer capítulo (20 en total) narrando las aventuras de la Balsa Tahiti Nui, en su peligroso viaje hacia Chile, desde la por entonces poco conocida isla polinésica llamada Tahiti, expedición de la cual fui secretario. Grande fue mi alegría al ver la portada del El Peneca nada menos que con un dibujo a todo color, relacionado con un episodio de mi obrita. Yo, que de niño fui uno de sus tantos fervientes lectores, junto con mis hermanos y mi madre, jamás me habría imaginado que con el transcurso de los años, me convertiría en el autor de una de sus tan comentadas aventuras.

Tiempo después envié el libro que me editaron en París a mi Agente en Nueva York, mister Emery Kelen, para que, a su vez lo hiciese llegar

a los Estudios Walt Disney en Hollywood. Mi intención consistía en interesarlos para realizar una película basada en el tema. Lamentablemente después de 35 años, aún estoy en espera de su respuesta...

El Copiapino (diarios de siglo y medio atrás)

En mi poder tengo 56 ejemplares, algo ajados por los años. De formato similar a cualquier periódico vespertino de hoy. Su fundador e impresor, don José Joaquín Vallejos (Jotabeche) editó solamente 71 diarios. En la ciudad de Copiapó salió a luz por primera vez el año 1850. Son interesantísimos los artículos que en ellos aparecen. Asimismo, nos entrega una clara visión de la época señalada. Vallejos nació el 19 de agosto de 1811 falleciendo a los 47 años de edad en su hacienda de Totoralillo.

¿Cómo llegó a pertenecerme este atado de joyas periodísticas? Pues, a través de la herencia familiar. Debo señalar que por aquellos tiempos algunos de mis antepasados maternos, como muchos otros chilenos, fueron cogidos por la fiebre minera en el Norte de Chile, poseyendo varias pertenencias metalíferas en Copiapó.

El diario El Copiapino nos informa, al igual que en nuestros días, de lo ocurrido puntualmente tanto en Chile como en el Extranjero. Mucha importancia le da a la salida y llegada de barcos a los puertos chilenos. Recordemos que aún no existía la aviación, ni que tampoco habíase abierto el Canal de Panamá, razón por la cual la mayoría de las embarcaciones procedentes de otros países debían atravesar el Estrecho de Magallanes, recalando en puertos chilenos.

Tuve el agrado de obsequiar uno de estos ejemplares al Premio Nacional de Periodismo don Alfonso Lagos Villar (hoy fallecido) Director Propietario del diario La Discusión de Chillán, que fuera fundado por don Juan Ignacio Montenegro el 5 de febrero de 1870. Este periódico -La Discusión- aún en plena circulación, es el segundo existente, después del El Mercurio de Valparaíso, fundado el 12 de septiembre de 1827. Don Alfonso Lagos Villar legó la mayor parte de sus bienes, incluyendo el Diario, la Imprenta, la Radio Discusión (hoy Isabel Riquelme en la cual

tuve ocasión de colaborar durante un tiempo) a la Universidad de Concepción.

Volviendo al diario El Copiapino referiremos que otro aspecto curioso lo constituyen sus avisos comerciales. Así podemos reproducir algunos de los más pintorescos:

Un Birlocho

«Se vende un birlocho de primera calidad, fuerte, muy suave, i grande como para toda la familia. Tiene arnés completo i además un otro arnés nuevo con adornos plateados. La persona que necesite un birlocho bueno y a un precio moderado, puede pasar a inspeccionarlo a la Posada de don Norberto Varas donde está depositado. También se vende un magnífico caballo, recién traído de Coquimbo, grande de pelo negro.»

Breva Pelada

«Se vende cuadra i media de terreno ubicada a la salida del pueblo de San Fernando que da frente al sur de la calle Chañarcillo i al norte de la calle nueva del Hospital, perteneciente al Convento de San Francisco de esta ciudad, a censo perpetuo (sic) Ofrecen por dicho terreno 850 pesos, quien quiera mejorar dicha propuesta ocurra al referido Convento que se admitirán las que se hagan hasta el 15 del corriente (Viernes 10 de Septiembre de 1850).»

Interesante para Todos

«Se pone en conocimiento del público que en la Chimba, al frente de la casa de don Francisco Garín, se ha establecido una lechería que ofrece todas las comodidades apetecibles para los consumidores. Las personas

que deseen alguna cantidad de leche diaria o entre días, pueden avisarlo a la persona que está en la lechería i serán servidos con puntualidad i de una leche pura i gorda. También hai en el establecimiento los preparativos necesarios para servir a las personas que deseen tomar leche al pie de la vaca con la mayor limpieza i aseo.»

Flebotomista

«El Flebotomista, Pedro Guzmán, anuncia al público su regreso a nuestra ciudad, i un surtido nuevo i variado de dientes. Ha traído además todos los instrumentos necesarios para su profesión i para sacar muelas sin causar dolor alguno. Se le encontrará a toda hora en su tienda situada en calle de Chañarcillo, esquina del Hotel del Comercio.»

Don Cimpliciano Espínola

«Se previene a don Cimpliciano Espínola tenga la vondad de mandar cancelar el vale de cincuenta i tantos pesos que otorgó en esta casa por levitas, pantalones i chalecos que recibió para uso de su persona, en la inteligencia que de no hacerlo dejaré este aviso subsistente por un año. Copiapó 28 de septiembre de 1850. Pedro Casaing.»

Aviso

«A los hacendados y arrieros de la Quebrada de Nantoco.

Se ha arrancado del Mineral de Sacramento un macho bravo, tuerto, del lado izquierdo, alto y delgado.

Se suplica a las personas que le hayan encontrado, se sirvan dar aviso a esta imprenta quien indicará su dueño, i recibirá una gratificación.»

Descubrimiento

«Pablo B. del Río i Fernando Mandiola han descubierto una veta de metales de plata en la Sierra de San Andrés con rumbo de sur a norte i enteramente virgen.

Con fecha 2 del presente se les hizo la concesión por el sr. Intendente. Copiapó, Octubre 2 de 1850.»

Comandancia de Serenos

«Parte de lo ocurrido en la noche de ayer.

El Sereno de la calle Los Carrera, Juan Cisterna intimó una multa de dos pesos al birlochero Custodio Turieta por haber galopado en la calle. Art. 6 del reglamento de policía.

El cabo Lino Zuleta halló durmiendo en la Chimba a las cuatro de la mañana a los serenos Francisco Traslaviña i Miguel Rivera, i se ha castigado a esta falta poniéndolos en prisión. Nada más ha ocurrido.

Copiapó 10 de octubre de 1850. Anacleto García.»

Ocurrencias del Día de Ayer

«El vigilante Mateo Troncoso ha requerido de multas a las siguientes personas: A José Marcoleta por haber pasado su birlocho por la vereda de la calle Chañarcillo. Art. 7. del Reglamento de policía.

El vigilante Paulino Huerta intimó en la misma calle de Chañarcillo una multa de 4 reales a don Pedro Brizuela por no haber barrido el frente de su casa. Copiapó 12 de octubre de 1850. Anacleto García.»

Carrera de Burros

«En el Campo de Marte para el 22 de septiembre.

En este día se exhibirá en el Campo de Marte un burro corredor. El que quiera ponerle otro en competencia por quinientos pesos o menos, ocurra en tiempo a esta imprenta i se dará noticia del interesado.»

EL FÜRHER DE MI BARRIO

Era un actor consumado en su papel de Hitler. Tanto por su vibrante oratoria como en su arrogancia de líder. Lo admirábamos. Desde el segundo piso, en el balcón saliente de su casa habitación, nos enviaba encendidos discursos bélicos en pro de los nazis. Sus retintos bigotes Hitlerianos eran tiznes de corcho. Llevaba una improvisada swástica alrededor de su brazo izquierdo, amén del delgado cinturón de cuero café terciado sobre el pecho de su camisa de cuello almidonado. Un cuidado mechón de lacio pelo negro caía sobre su ceja.

Chile aún era un país neutral.

La verdad es que al «cabeza de fosfato» como lo apodábamos (ignoro por qué razón) le sobraba elocuencia, magnetismo y, a lo mejor, inteligencia, aunque confieso, era bien poco lo que le entendíamos debido a que sus enérgicas palabras se perdían por falta de micrófonos y altoparlantes o bien por Tranvías con sus ruidos de rieles ensordecedores y «góndolas» ambulantes.

Si en nosotros, niños de corta edad despertaba entusiasmo este joven émulo de Hitler, entonces comprendo el fanatismo que para los pequeños de Alemania la figura del Führer significaba. Aún más, oyéndolo a diario por las emisoras del país y proclamando a través de masivos encuentros personales la grandeza de la nación germana.

Acá, en el fin del mundo, nosotros, mocosos imberbes, necesitábamos de un líder a quien imitar. El mismo «cabeza de fosfato» a lo mejor, sentíase feliz de creerse Adolfo Hitler. Así, con nuestros diez o doce años a cuestas, solíamos mirarlo boquiabiertos desde la vereda en las inmediaciones de la Plaza Brasil. Nuestro líder tendría por entonces unos veinte años. La Segunda Guerra Mundial estaba en todo su apogeo. Tropas alemanas había puesto ya sus botas y blindados en muchos países europeos. El «Eje» vivía sus días de Dioses dorados. Y nuestro pequeño grupito infantil celebraba ingenuamente la intromisión germánica del Tercer Reich en los territorios invadidos.

En Hitler admirábamos su marcialidad viril, su altanería, sus bien cortados uniformes, su firme oratoria, cualidades tan ajenas a la de ese

gordito con cara de niño bueno y corbata humita, fumador de puros, habitualmente embutido en un grueso abrigo de pieles y un negro tongo en su redonda cabeza. La verdad es que el gran Wiston Churchill carecía de todo carisma para nuestro joven grupo.

El «broche de oro» en estas ocasionales apariciones del «cabeza de fosfato» lo constituía el término de su «perorata». Entonces, con el brazo derecho rígido hacia adelante, lanzábamos con nuestras melifluas voces el fuerte grito de «Heil Hitler».

Estas escenas desde el balcón de su hogar se repetían por las tardes los Miércoles de cada semana.

Durante una matinee al cine de mi antiguo barrio me impresionó vivamente un documental en el que aparecían miles de esqueléticos judíos, presos en los campos de concentración de Treblinka, Belsen, Auschwitz y Dachau. Más aún, casi al término del conflicto mundial presencié en la pantalla cinematográfica los cadáveres desnudos de escuálidos prisioneros amontonados a lo largo de profundas zanjas. Y, al igual que yo, otros muchachos, admiradores del «cabeza de fosfato» dejamos de asistir a sus teatrales representaciones dirigidas desde el acostumbrado balcón del segundo piso. A tal punto llegó mi indignación contra los nazis y la Gestapo, que pese a mi corta edad, solicité a la Embajada de los Estados Unidos de Norteamérica, me enviaran a mi hogar mapas del continente europeo. Mediante alfileres de rojas cabezas, iba día a día insertándolos en los territorios que los países «aliados» reconquistaban. Así continué hasta el término de la Segunda Guerra Mundial.

Por muchos años dejé de ver al «cabeza de fosfato». Un día de verano, caminando por la Avenida San Martín, en la ciudad de Mendoza, pasó elegantísimo frente a mí. Muy engominado, sin bigotes. Sus blancas mejillas estaban ahora algo más abultadas. Pero siempre con su cabeza echada un tanto hacia atrás y su mirada dominadora sobre la respingada y corta nariz. Tal vez, aún en su mente de hombre ya maduro, seguía perpetuada la imagen de su autoritario ídolo de antaño...

CHILENIDADES

El año 1987 me editaron «CHILENIDADES» en la Imprenta La Discusión de Chillán. Libro que abarca, a través de 28 rubros, desde la Conquista por los españoles al Centenario de 1910. Afortunadamente tuvo favorables críticas en diarios, y en la Televisión fui entrevistado por el animador Enrique Maluenda en su programa estelar «El Festival de la Una» del Canal Nacional. Con posterioridad en el Canal Televisivo de Universidad Católica de Valparaíso tuvo elocuentes palabras hacia mi libro el escritor y crítico José Luis Rosasco, que leyó algunos párrafos de él. Igual cosa sucedió en Megavisión (18-Sept.-92). Enterado el director artístico de Radio Agricultura de Santiago, de los aportes culturales de mi obra, me compró los derechos para que durante una hora todos los Domingos -en el Programa «Chile en Notas» que escribe el periodista y ex diplomático, Hernán Antilo Coppa-, integrara minutas del libro entre discos chilenos.

El conductor del espacio fue Sergio Neri, experto locutor, especialmente en narrativa, quien le dio el énfasis debido a cada «CHILENIDAD».

Radio Agricultura tuvo la gentileza de realizar un acto especial para el «lanzamiento» de mi libro en una Sala cedida por el Banco del Estado, en la Alameda al llegar a Plaza Baquedano. Fue un acontecimiento que nunca olvidaré por los elogios inmerecidos que recibí.

Amenizó el acto un conjunto de música chilena que interpretó variadas canciones y bailes de nuestro folclore.

UN PERDIDO

Cerros tapizados de gigantescos pinos. Laderas sombrías de donde nacen surtidores de agua, entre enmarañados helechos de diferentes variedades. Y uno que otro copihue, como un resplandeciente rubí engarzado entre ellos. Todo es verdor y humedad. La vista hacia el plano (unos cuatrocientos metros más abajo) es espléndida y una espaciosa laguna adyacente al pueblito de Quillón -en la Octava Región- desde lo alto semeja un diminuto pocillo color azul.

Estamos en el mes de junio y hace un frío de los mil demonios. Aún, a las cinco de la tarde, el camino está cubierto de escarcha.

Como desconocía que mis anfitriones -una distinguida dama y su hijo treinteañero- me invitarían a subir hasta la cima del enorme cerro costero, en cuyas cumbres están instaladas las Torres de varios Canales de Televisión y donde la temperatura es bajísima, visto solamente un ambo, camisa de franela, camiseta, suéter y zapatones de goma que me cubren hasta los tobillos. Esa es mi ligera vestimenta en una tarde de pálido sol invernal.

El jeep regresa a la amplia casona patronal donde nos espera un reconfortante café, acompañado de sandwiches y diversas golosinas. La amplia chimenea está encendida y el fuego crea una atmósfera de lo más agradable.

Es la primera vez que los visito, de manera que experimento una ligera inquietud al pensar en el regreso a mi campo por cuanto desconozco ese sector. Ha principiado a llover, lo que complicará más la vuelta. Así se lo hago saber a mis anfitriones.

-No te preocupes -me responde el hijo. Y añade: -Para evitar que te pierdas (ya me han contado que varias amistades se han extraviado en esos lomajes la primera vez que han llegado hasta allí) yo me comprometo a guiarte en mi jeep hasta la carretera que conduce a Concepción.

Esto me da más tranquilidad.

Horas después cenamos en un espléndido comedor, refaccionado después de sufrir las consecuencias de dos terremotos.

Regresamos al salón; nos servimos un «bajativo» y se reanuda la conversación. Soy la única visita. Así, entre conversa y conversa la dama teje, con una agilidad pasmosa, un largo chal de lana que me da la sensación será interminable.

Es acogedor ese fuego de leños que emite la chimenea junto a la cual estamos sentados. Pero la hora avanza y veo a su hijo apoltronado en un Berger en actitud de dormitar.

Como la dama continúa con su interesante e inteligente charla considero irrespetuoso cortársela de sopetón.

Se produce una pausa. Es el momento de irme. Así se lo hago saber. Me responde que su hijo (ahora duerme a pierna suelta) me guiará en su vehículo. Me niego, aduciendo que sólo un tonto se extraviaría en esos parajes.

Luego de despedirme de la dueña del hogar, tomo el volante de mi automóvil y me las hecho cerro abajo en medio de una torrencial lluvia.

Los limpiaparabrisas se mueven como locos para lado y lado, incapaces de despejar debidamente el vidrio. Por fortuna desciendo por un camino pavimentado -de una vía- que se utiliza para llevar aparatos técnicos y personal a las Torres de Televisión que como ya he comentado se hayan en la cúpula del cerro más alto. A los costados del coche se elevan altos pintos, muy tupidos, que ennegresen aún más la noche.

El Reloj marca las once. Repentinamente la cinta de concreto sobre la cual me deslizo hacia abajo termina junto a la bifurcación con otro camino, pero de tierra. Ahora sí que ignoro cuál será mi derrotero; no se divisa ninguna luz, alguna casa donde indagar qué camino deberé seguir. No recuerdo puntos de referencia, ya que como dije, por primera vez en mi vida frecuento esos lugares. Si por lo menos divisara el resplandor de las luces de un pueblo o aldea donde pudiese orientarme. Nada. Solo tinieblas, salvo la claridad frontal de mis luces altas.

El suelo, arcilloso, se ha puesto muy resbaladizo. Algo en mi interior me dice que debo girar hacia la izquierda. Lo hago. Lentamente conduzco el auto intentando en vano recordar el camino que me condujo al caserón de mis amistades. De pronto siento que la máquina ha caído de golpe en una depresión del terreno. Frente a mí diviso unas matas de viña despojadas de sus hojas que, con sus retorcidos y rugosos troncos me dan

la sensación de fantasmas. Desciendo del auto en medio de la incesante lluvia. Compruebo que las ruedas delanteras yacen en un canal de desagüe, al que no sé por qué razón, en parte han tapado con sarmientos. ¿Tal vez para facilitar que lo atravesase un tractor? Me introduzco al vehículo. Echo a andar nuevamente el motor: para atrás, para adelante; para atrás, para adelante. Cuando ya parece que voy a salir del atolladero el auto vuelve a caer en la trampa. Diez minutos llevo en la batalla de despegar del maldito canal cubierto de sarmientos secos, pero resbaladizo por el agua lluvia. Ruge el motor y un vapor pardusco se escapa continuamente del tubo de escape. Estoy perdiendo la calma. ¿Y quién en tal situación, no?... Esta vez aceleraré a fondo. Lo hago. Y el Chevette, en un esfuerzo supremo -medio ahogado de bencina-, por fin supera el borde de la amplia acequia. Despego. Pero la cosa va de mal en peor: no avanzo treinta metros cuando me detiene un cerrado cerco de alambre púa. Ahí compruebo que me he introducido en una viña de lomaje, muy barrosa, donde para no patinar, debo maniobrar cautelosamente. Pero ¿hacia dónde dirigirme? A mi alrededor reinan las tinieblas.

Pongo las luces «bajas». Observo una profunda huella de carreta. Como un sabueso la sigo pausadamente con los ojos fijos en el largo surco arcilloso. Confió en que me conducirá a algún lugar donde vivan gentes. ¡Qué importante me parece el ser humano en tales circunstancias! He salido del potrero. Me encuentro -siempre entre colinas plantadas con viñas y pinos-en un nuevo camino, tan enlodado que los neumáticos ruedan torpemente, como agotados por el esfuerzo al desprenderse de ese ligoso barro.

Nuevamente la incógnita: virar hacia la izquierda o en sentido contrario. Finalmente me decido por este último. Debo girar con lentitud el auto para tomar el nuevo derrotero. Peligrosa la maniobra por cuanto el espacio disponible es estrecho. Por una parte al retroceder puedo chocar con la ladera de una colina; si adelanto un par de metros corro el riesgo de caer con el vehículo en una pendiente del cerro e incrustarme en alguno de los cientos de pinos.

Estoy muy tenso y por supuesto nervioso. Retrocedo cautelosamente, mirando por el espejo retrovisor. Los coloridos y diminutos focos traseros poco me dicen. Instuyo que estoy a un metro de la ladera de la

colina. Tal vez pueda virar el coche en ese estrecho espacio sin desbarrancarme y dirigirme al esperado camino pavimentado que conduce a Concepción. Retrocedo medio metro y ¡Paf! El Chevette ha caído dentro de una profunda zanja, justo al pie de la colina que tengo a mis espaldas. Esta pelea con los barro, los lomajes, la oscuridad casi total y la lluvia me tienen hasta la coronilla. ¡Cómo se me fue a ocurrir desechar la ayuda de mi anfitriona para que su somnoliento hijo me dejara en terreno conocido!

Lucho con denuedo por más de diez minutos para sacar las ruedas traseras de la hondonada. Me doy finalmente por vencido. Bocineo para ver si alguien acude en mi ayuda; prendo y apago alternativamente unas cincuenta veces las luces. A esa hora y con tamaño temporal de viento y lluvia las gentes del campo hace rato, duermen.

Principio a sentir frío. Recuerdo que el día anterior la temperatura en la madrugada fue de tres grados bajo cero. De permanecer en el auto, pienso, amaneceré congelado. Esto me hace salir fuera de él. Todo es negro a mi alrededor, pues he apagado las luces para impedir que se «vaya» la batería. Extraigo del bolsillo de mi pantalón una cajita de fósforos (para remate he dejado en casa mi linterna).

¡Maldición! Sólo quedan cuatro palitos. Enciendo el primero, que en fracción de un segundo el vendaval y la lluvia me apagan. Intento avanzar a ciegas sobre ese terreno embarrado y pegajoso. Decido encender un nuevo fósforo. Protejo por un instante con mi mano y mi cuerpo la diminuta llama. Sólo alcanzo a ver mis enlodados zapatos y de nuevo en la «boca del lobo». Oscuridad total.

Como una ráfaga pasa por mi mente la calidez de mi casita campestre. ¡Qué contraste! Ahí, verdaderamente, aprecio lo que es tener un hogar! Me queda el último fósforo. Mi postrera esperanza en la inhóspita noche. Estoy empapado por la lluvia de pies a cabeza. Tiemblo al pensar que nuevamente sea ineficaz este último palito. Recuerdo, no sé si por asociación de ideas, la frase inmortal de O'Higgins: «De estas cuatro tablas pende el destino de América». En este caso tres de mis tablitas se han ido al diablo. Quiera Dios proteger este postrer fosforito e indicarme algún hito en el camino. Lo enciendo al amparo de mi mano izquierda. Su leve resplandor dura segundos. Lo preciso para divisar a cinco pasos de

distancia la cinta encementada de una vía que conduce a la punta del cerro Cayumanqui. El fósforo está muerto. Pero, afortunadamente ya tengo una pista que seguir. En uno o dos minutos mis pies tocan el pavimento salvador. Ahora sólo me resta continuar ascendiendo a tientas por el sendero de cemento. Algo me dice que una o dos cuadras más allá debe estar la casa de mis anfitriones. Espero que aún estén en pie y las luces de la casona encendidas. De lo contrario mi desconcierto será total.

La luna por un instante me permite ver un tupido y negro bosque de pinos. Continúo subiendo la cuesta bajo la persistente lluvia; siempre a tientas. Me parece que debo haber sobrepasado el imponente bosque. Diez metros hacia mi derecha diviso por fin la luz de una ampolleta. El alma me vuelve al cuerpo. Estoy en terreno seguro. Al resplandor del farolito reconozco la propiedad de mis amistades donde he pasado horas antes una agradable velada. Penetro en el patio trasero. Hay luz en dos habitaciones e instantes después arribo al espacioso salón. Mis sorprendidos anfitriones ven detenerse ante sí a un hombre casi irreconocible: El pelo desgredado por la lluvia; empapadas mis ropas y con el lodo arcilloso que llega casi hasta las rodillas de mis pantalones. Tras el asombro inicial indagan sobre lo acontecido. En pocas palabras relato mi «odisea». Minutos más tarde, con ropas secas que me han prestado, reconforto mi cuerpo frente al fuego de la chimenea. Es medianoche. Me ofrecen un dormitorio. Agradezco la atención. La curiosidad de mi amigo «dormilón» lo empuja a conocer el sitio donde ha quedado detenido el automóvil. No vaya a ser cosa que entorpezca el tránsito de carretas y de uno que otro vehículo motorizado pertenecientes a vecinos del sector.

-Subamos al jeep -me dice.

Lo hacemos.

Cuesta abajo volamos sobre la angosta pista de cemento.

-¿Hacia qué lado? -me interroga al llegar a la bifurcación con el camino de tierra.

Le indico, al ver unas profundas huellas de automóvil (con seguridad las del mío) que hacia la izquierda.

Enfila hacia ese costado y tres minutos después sus potentes focos descubren el Chevette rojo, con su capó -cual la quilla de un barco- montado sobre el camino, en tanto que su popa yace hundida casi medio

metro en la zanja apegada a la ladera de la colina. Son infructuosos nuestros esfuerzos por arrancarlo de allí. Finalmente, para colmar la paciencia, constato que los frenos no responden. Las balatas se han humedecido por el barro y con la lluvia. Hasta allí llegan mis esperanzas de mover el inclinado vehículo.

-Aun, sacándolo de esa profunda canaleta -argumenta mi amigo-, no puedes regresar a tu campo con este temporal y sin frenos. Y agrega: -Yo te iré a dejar de inmediato. Mañana, ya de día, intentaré remolcarlo hasta el garage de mi casa (es hombre tuerca) y te arreglaré las balatas.

Accedo.

Cuarenta minutos después, el alma se reconforta, cuando diviso a lo lejos, gracias al resplandor de los faroles del jeep, la luz de la terraza, de mi añorada vieja casa de campo...

UN VIAJE A ANCUD Y SUS IMPREDECIBLES CONSECUENCIAS

Llueve torrencialmente. Cosa habitual en Ancud. Por la fuerza de los vientos el paraguas es inoperante. Casi una molestia. Mejor abotonarlo para así impedir que el viento, al embolsarse adentro, nos empuje con violencia hacia otros lados.

De carrera, con mis tres amigos, nos metemos en una tienda. Poco después caminamos por sus empapadas calles con nuestras nuevas e impermeables parkas.

La ciudad, a mediodía, es bulliciosa como todas son en el mundo a esa misma hora. Caminantes van y vienen, acostumbrados a ese clima. Gentes mirando escaparates donde se exponen variedad de mercancías. Otros, con paso ágil, diríjense a los edificios públicos.

Las inmensas olas marinas revientan con fuerza en las cercanías de la gran Hostería. Todo está húmedo allí, en la intemperie. Y húmedas están también nuestras vestimentas. Esto nos obliga a introducirnos nuevamente al interior del automóvil como buenos santiaguinos de «rulo».

Debemos regresar a la capital a cumplir con nuestras respectivas obligaciones. Sabemos que la ruta será larga y cansadora. Entre otras cosas: atravesar el Canal de Chacao, lo que pronto hacemos sobre una barcaza de madera con auto y todo. El transbordador Alonso de Ercilla, en el que arribamos a la isla de Chiloe, se encuentra ahora en Bahía Pargua para trasladar pasajeros al territorio insular. Ya en el Canal nos envuelve una espesa niebla y es imposible divisar la tierra que debe enfrentarnos. Pero el «ojo» del experto piloto chilote que conduce la embarcación no yerra y tras un lentísimo navegar nos desembarca en el punto preciso del continente.

El viaje en auto hacia el norte, continúa. Desgraciadamente los empañados vidrios del vehículo (voy en el asiento trasero) me impiden observar el paisaje invernal. Todo es bruma y aguaceros hasta llegar a Temuco, donde el tiempo comienza a mejorar. Aunque para nosotros la situación empeora por dificultades políticas, que de improviso se nos atraviesan en la avenida principal de la ciudad. Me interesa conocer una

Emisora: La Frontera de Temuco. Pero no tendré el agrado de llegar hasta allí. Una multitud de alumnos, universitarios al parecer, verdadero enjambre humano, nos cierra el paso por los cuatro costados del automóvil. Son miles. Hemos leído en los diarios de la mañana, mientras permanecíamos en Ancud, que el entonces Presidente de la República, allá por los años sesenta y tantos, «llegaría esa misma tarde a Temuco donde pernoctará en el Hotel principal. A la mañana siguiente ofrecerá una conferencia de prensa.»

Ninguno de nosotros cuatro militamos en partido alguno, aunque nuestras ideologías en ese sentido difieran unas de otras.

Los exaltados, creyendo que pertenecemos a la comitiva del Presidente, nos llenan de improperios. Como si esto no les bastara, comienzan a bambolear el coche. Unos de ellos salta sobre el capó, para enseguida subir al techo. El auto parece un barco en medio de una feroz tempestad. Nos mueven de un lado a otro. A babor, a estribor, hacia arriba, hacia abajo.

Desde mi asiento trasero no alcanzo a ver rostros. Sólo parte de abrigos, botones y mantas artesanales.

Uno de los nuestros que ocupa el asiento junto al conductor, es sacado con violencia fuera del automóvil. Lo hacen girar cual un trompo, ora para un lado, ora para el otro. No puede defenderse, pues lo tienen tomado de los brazos. Esto nos mueve a salir en su defensa. Cada cual coge en sus manos el objeto más contundente que tiene a su alcance.

Me apodero de una larga «gata mecánica» que va en el piso. Los revoltosos son muchachos casi de nuestra misma edad. El camarada chofer amenaza con un fierro pretendiendo rescatar al «trompo humano». Simultáneamente se me acercan varios con la intención de atacarme. Alzo mi «arma» de combate, lo que los hace retroceder unos metros.

Miro rápidamente a mis dos amigos. Han rescatado a nuestro compañero y velozmente se introducen al vehículo. Tomo la misma decisión.

Con violencia cerramos las puertas. Nuestro conductor pone con agilidad en marcha el motor, y sin mayores contemplaciones intenta abrirse paso en medio de la multitud agresora.

A medida que avanzamos, bocina fuertemente. No es la intención nuestra herir a nadie ni tampoco dejarnos herir.

Cual las aguas del Mar Rojo, la multitud de jóvenes se repliega sorprendida, a ambos lados, sobre la vereda. Y, aprovechando este repentino despeje de la avenida, acelera el chofer, saliendo vertiginosamente en dirección a la carretera. Ahí nos percatamos de que el auto se ha «chupado» hasta la última gota de bencina.

Media cuadra más allá vemos un Servicentro. Paramos. El Bombero llena el estanque.

Ignoramos que dos autos nos han seguido. De lejos sus pasajeros nos gritan infinidad de «garabatos». Se los respondemos con similar cortesía... Hartos ya de molestarnos regresan a su lugar de origen en la calle del Hotel a hostigar al Presidente.

La batalla en la que nos hemos visto envueltos, sin tener «arte ni parte», toca a su fin. Y mi deseo de conocer Radio La Frontera de Temuco se esfuma al igual que nuestro auto que, con rapidez, se pierde rumbo al norte.

MI BUENOS AIRES QUERIDO

Principia a amanecer. Desde la ventanilla del vagón contemplo embelesado la pampa argentina. Tres gauchos de a caballo arrear un piño de vacas lecheras. Alcanzo a divisar, pese a la velocidad del tren El Libertador, un largo y ancho galpón. Está forrado en su parte exterior por planchas de zinc. Sobre su amplio portón un letrero: «USINA LACTEA DE DOÑA PETRONILA PEREZ». Sonrío. Continuamos avanzando hacia Buenos Aires. El sol se eleva minuto a minuto. Muchos molinos de viento en la robusta pradera. Mediante su sistema «cólico», elevan aguas, las que van a depositarse en redondos abrevaderos. Me sorprende la escasez de ríos. Mi vista se pierde en el luminoso horizonte donde no existe cordillera alguna, ni pequeñas colinas. ¡Pero qué pastizales envidiables! Con razón las carnes argentinas tienen tanta aceptación.

El apetito se ha despertado y con mi esposa pasamos al coche comedor a desayunar. Sobre sus blancos manteles las exquisiteces de rigor.

¡Buenos Aires a la vista!

Poco después del mediodía descendemos en la Estación Belgrano. Trato con un taxista para que nos conduzca a nuestro Hotel. El hombre, argentino, ignora donde está la calle Florida. ¿Es que nos habremos equivocado de ciudad? Florida, repito y le indico el nombre del hotel.

Con angustia pintada en su delgado semblante, tartamudea que es de provincia... que hace dos días oficia de taxista y no conoce la ciudad... ¡El colmo! Otro taxi nos lleva afortunadamente al lugar señalado. Llegamos. Para desesperación nuestra una delegación brasileña ha copado el Hotel.

Me recomiendan el Victory, muy bueno y muy cerca (en calle Maipú) dícame con su poderosa voz el recepcionista.

Nuestra habitación está en el octavo piso. El tiempo es muy caluroso, pero el aire acondicionado funciona a la perfección. Observo por la ventana. Frente a nosotros, el edificio de una Radioemisora, no recuerdo bien su nombre en este instante. Pero me atrevería a decir que se trata de Radio El Mundo de Buenos Aires. Acaso más tarde la visite.

A la mañana siguiente abordamos el antiguo y crujiente Metro. En su interior los carros van enchapados de brillantes maderas. Descendemos en el popular barrio «Del Once». Una multitud merodea por sus calles. Tiendas de segunda categoría por doquier. No sé por qué razón se me viene a la cabeza nuestra Plaza Almagro y sus alrededores, pese a que en la populosa plaza santiaguina no se ven viejos portales como acá.

Las compras que hacemos son limitadas.

Tiempo después almorzamos en los renombrados «carritos» junto al Río de la Plata que, de cerca, más parece un océano terroso. De «cajón» un gordo y sabroso filete con sus acompañamientos respectivos.

Frente a nosotros, el Aeroparque. Uno que otro avión despegue o aterrice. Por la avenida veo desplazarse varios vehículos blindados con soldados en su interior. No les presto mayor atención. Al día siguiente -soy Gardeliano-, en Corrientes 348. Pero, ¡Oh, decepción! Ya no existe el «segundo piso, ascensor», ni mucho menos el «pisito que puso Maple»... Un

elevado y moderno edificio es lo que veo. Sus muros son de brillante granito café, prolijamente pulido, cual un espejo. Sin el menor sabor a tradición.

La Casa Rosada con la plaza pública y sus hambrientas palomas; los numerosos altos faroles pintados color plata; fotógrafos con sus clásicos trípodes, sentados en los bancos en espera del ocasional turista; el Luna Park, las tanguerías; el Teatro Maipo y sus espectáculos revisteriles; el sobrio Teatro Colón; el Obelisco. De noche, Lavalle nos espera bullente de gentío. Los cafetines repletos de parroquianos; fabulosas confiterías. Así vemos la noche Bonaerense; iluminada, con sus alegres luces multicolores. Precioso espectáculo. Lleno de vida.

Por la mañana, al Barrio de La Boca. Cuadros de Quinquela Martín, el Pacheco Altamirano transandino. Por la calle «Caminito», casas pintadas de diferentes colores, muy suaves. En una placa recordatoria el nombre de Juan de Dios Filiberto, autor del tango inmortal. Fotos y más fotos para recordar.

Hemos conocido en el Hotel a un matrimonio Mendocino. Muy amables nos invitan en su «coche» a la cercana ciudad de La Plata. Hermosa, con sus construcciones macizas de comienzos de siglo. Se la conoce también como la Ciudad Universitaria. Muchos, muchos antiguos edificios al estilo de nuestra Biblioteca Nacional. Momentáneamente nos hemos apartado de los amigos argentinos. En una hora más volveremos a juntarnos.

Se me abre el apetito nuevamente. Es hora de tomar «once». Lo haremos en un Salón de Té cercano. Solicito, entre otras cosas, un churrasco con abundante palta. El garzón me mira desconcertado... Pregunta: ¿La carne acompañada de qué?... Repito: con palta. Su desconcierto aumenta. Le señalo, en lo alto, una ampolleta. Me parece algo parecido en su forma. Nada.

Llega en su auxilio otra garzón: Lo que el señor pide es un churrasco acompañado con aguacate...

Queda solucionado el entredicho. Cancelo la cuenta. Ya en la calle diviso una bella plazoleta tras la cual se alza un viejo edificio de dos pisos. Indico a mi esposa se instale en uno de los prados para tomarle fotos. Levanto mi cámara fotográfica. De súbito, por el diminuto lente, diviso en

el segundo piso de la construcción, tras una especie de balaustrada, un repentino movimiento. Alcanzo a ver entre las pilastras, una veintena de soldados apuntándonos con sus fusiles o algo parecido. Están tendidos en el piso. Bajo con rapidez la máquina fotográfica. Y ahí me doy cuenta, junto a mi mujer, que estamos parados en una Zona Prohibida. Así lo indican pequeños letreros de madera que están instalados a ras del suelo sobre el césped: PROHIBIDA Estrictamente la entrada. RECINTO MILITAR*. La verdad, habían pasado inadvertidos para nosotros.

Con toda calma giro sobre mis talones. Otro tanto hace mi esposa. Intento aparentar lo que realmente soy: un despistado turista que nada tiene que ver con asonadas ni golpes revolucionarios. Al parecer se convencen de que soy un afuerino inofensivo. Con lentitud salimos del lugar, muy conscientes que desde lo alto del edificio -a nuestras espaldas-, una veintena de soldados continúan apuntándonos con sus armas.

Días después, de regreso a Chile, me impongo, a través de la Radio, que Isabel Perón ha sido destituida de su cargo como Presidenta de la Nación por un «golpe Militar».

ERIC DE BISSCHOP

(Expedición Tahiti-Nui)

En el año 1956 recibí una carta de Tahiti. Era del Cónsul General de Chile en esa lejana posesión francesa, Carlos García-Palacios, ex funcionario de la antigua Liga de las Naciones y posteriormente de la División de Radio de las Naciones Unidas. Me comunicaba que una balsa, construida de bambúes, partiría en esos días desde el puerto de Papeete hacia Chile, en contra de vientos y corrientes marinas. Su capitán, el francés Eric de Bisschop, intentaría probar con esta peligrosa hazaña, su teoría de que en los tiempos precolombinos, navegantes polinésicos frecuentaban las costas de Chile y Perú en embarcaciones similares. De allí que desde antaño hubiese un intercambio cultural entre polinesia y parte de América.

El Cónsul Honorario era el patrocinador, a la vez que Secretario General de la Expedición. La extraña embarcación se había construido siguiendo los planos de De Bisschop, hombre muy experimentado con las cosas del mar. García-Palacios me pedía que montara una oficina de Informaciones en Santiago, dado mis buenos contactos con la prensa. Que hablara con su buen amigo y Presidente de la Archi (Asociación de Radiodifusoras de Chile, creada en 1935) don Ricardo Vivado Orsini, quien podría facilitarnos una oficina en el Portal Fernández Concha. Agregaba que muy pronto me haría llegar fotos de Tahiti (que por entonces era casi desconocida para los chilenos) asimismo, aspectos gráficos de la construcción de la balsa, a la que habían bautizado como Tahiti-Nui. Tiempo después me llegaba un montón de fotografías que procedí a corchetear en un pizarrón que previamente había mandado construir. Me contacté con algunos periodistas y esa misma semana aparecían pequeñas informaciones sobre la inusual expedición. Poco a poco la aventura principió a tomar vuelo. Cada día los comentarios periodísticos crecían y por lo tanto también sus titulares. Así se supo que este valeroso hombre de mar, que a los sesenta y seis años de edad, acompañado de cuatro tripulantes (entre ellos un chileno llamado Juanito Bugueño, oriundo de Chiloe) se lanzaban al océano en una balsa sin timón, aunque maniobrada por velámenes. Según De Bisschop, el itinerario debía ser circular, es decir: Tahiti-Chile-Callao-Tahiti.

Como sería inmensamente largo contar los innumerables problemas que sufrieron en el trayecto, resumiré un tanto lo que fue la travesía.

Seis meses después del zarpe de Papeete, en Tahiti, tras luchar con vientos huracanados de más de ciento cuarenta kilómetros de fuerza, llegaron con la embarcación de bambúes casi desmantelada a las cercanías de la isla Juan Fernández. Gracias a un radioaficionado, quien desde Japón escuchó que una embarcación pequeña se debatía entre la vida y la muerte frente a la mencionada isla chilena, y que de inmediato nos alertó para comunicarnos con la Armada Nacional, la balsa no naufragó enteramente. La Fragata Baquedano recibió órdenes gubernamentales para que zarpara en su búsqueda desde el puerto de San Antonio. Tras largas horas de navegación en un mar embravecido, a las tres de la madrugada los ubicaron. Costó mucho convencer a De Bisschop para que abandonara su

maltrecha embarcación. Así, sobre la fragata chilena, arribaron a Valparaíso días después donde una inmensa multitud los recibió como héroes. Podemos acotar que la balsa Tahiti-Nui al llegar a Juan Fernández había cumplido su primera etapa: Tahiti-Chile. Llegados a Santiago, como venían con ropas tropicales y acá estábamos a fines del mes de Mayo, conseguí con la tienda Falabella trajes para todos ellos, a cambio de exponer en sus vitrinas restos de la embarcación y objetos polinésicos. Igual cosa hice con el ex Hotel Crillón, donde logré que cancelaran un cincuenta por ciento menos, por su alojamiento, siempre que citáramos el nombre del Hotel donde permanecieron durante varios meses. De más está decir que la Expedición Tahiti-Nui se robó largo tiempo los titulares a todo color de los diarios de Chile e incluso hubo reportajes que aparecieron en *París-Match* y otras revistas extranjeras.

La segunda Tahiti Nui se construyó en Constitución, bajo la experta colaboración de don Horacio Blanco, mientras De Bisschop se reponía físicamente en un fundo cercano. Respecto a este último diremos que nació en Calais, Francia, el año 1891. Desde su temprana juventud se vio envuelto en la aventura marina, realizando investigaciones oceanográficas en juncos chinos como el «Fou Po» y el «Fou Po 2». Navegó también por el río Yang Sé, con idénticos propósitos. Recordemos que por esos años surcar esas aguas era casi una hazaña, pues estaban infestadas de piratas, con los cuales más de una vez debió luchar. Desde 1932 hasta 1936 recorrió, conjuntamente con un compatriota, el Pacífico occidental, estudiando principalmente las contracorrientes ecuatoriales, por encargo de la Sociedad Geográfica de París. Apresado por los japoneses en las islas Marshal, quince días después obtuvo su libertad y siguió navegando hacia Hawai donde llegó agonizante, pues aquellos habían destruido sus cajas de alimentos y fue trasladado al famoso Hospital de Leprosos de Molokai. Más tarde De Bisschop llevó a cabo la gran hazaña: navegar en una piragua polinésica llamada «Kaimiloa» (con un solo acompañante) desde Honolulu hasta Cannes, atravesando el Océano Indico, el Atlántico y el Mediterráneo. En Cannes fue recibido y aclamado como un héroe. Con posterioridad en 1941 construyó otra piragua doble de balancín: La «Kaimiloa Vakea», con la cual intentó llegar a Tahiti, donde finalmente se radicó. Pero no por demasiado tiempo. La obsesión de la aventura era muy fuerte. Había que

probar nuevas teorías que nacían de su mente: el viaje circular Tahiti-Chile-Callao-Tahiti. Ya hablamos de su primera etapa que culminó en las cercanías de Juan Fernández. Ahora la aventura debía continuar en la nueva balsa construida en los Astilleros Maulinos, para regresar a Tahiti y así probar su teoría.

El 15 de febrero de 1958, día del zarpe, me encuentro muy temprano en los pasillos del Hotel Negri (Constitución) con la señora María Correa, gran amiga de todos nosotros y más aún de Eric. Desea indagar si De Bisschop se ha levantado. El héroe de tantas aventuras duerme aún. Dejémosle descansar otros minutos. Pero no tarda mucho en aparecer su inconfundible figura de cabellera cana y felinos ojos celestes en uno de los patios del establecimiento turístico. Viene sonriente, cosa habitual en él. Minutos después lo acompaño a su habitación para recoger su «valise» como él me dice. Me imagino que será algún baúl y deberé llamar a un camarero. Pero no hay tal; se trata tan solo de un pequeño portadocumentos. Con una traviesa alegría contempla mi extrañeza. Es que Eric es además un humorista. Celebro su jovialidad y enseguida nos dirigimos al Salón de Recepciones. Allí lo espera el Embajador de Francia con su hijita. Tomamos asiento junto a ellos. Como de costumbre está ingenioso y alegre. Admiro su actitud; parece ignorar la enorme aventura que le espera.

Entre conversaciones ajenas a la travesía se espera el llamado de la Gobernación Marítima, la que deberá informar del estado de la temible «barra» del río Maule, donde se juntan violentamente sus aguas con las del mar. De ello depende si hay zarpe esa mañana. Entretanto, caravanas de personas se desplazan por las calles del balneario hacia «la poza», lugar en que se encuentra la primitiva balsa. Hay ambiente de fiesta en Constitución. La construcción de esa extraña embarcación ha llevado a sus playas a una multitud de curiosos turistas. En mi calidad de Secretario de la Expedición en Chile, telefono a la Gobernación: «Todavía no es el momento oportuno», me comunican. La «barra» está brava. Habrá que seguir esperando. A las diez de la mañana suena el fono: ahora sí es el momento. De Bisschop y comitiva abandonan el Hotel. En dos autos nos dirigimos a la «poza». El sitio está colmado de personas. Descendemos de los vehículos. Todas las miradas convergen al noble marino francés que saluda a lado y lado. Es sumamente difícil avanzar en medio de ese mar

humano. El Embajador del Perú se ha unido a nosotros. Nos detenemos otra vez: hay que darle gusto a los periodistas y reporteros gráficos y de Radio. Eric a todos complace. Se me informa que es el momento de subir a la balsa. La «barra» puede volver a agitarse. Preciso es aprovechar la calma. Carabineros nos abren paso con mucha dificultad. Por fin llegamos a la frágil embarcación. Mediante un tablón extendido entre ésta y la ribera, De Bisschop con agilidad pone pie en la cubierta de mimbre. Allí lo esperan los que serán sus compañeros de viaje. Muchos botes rodean la Tahiti Nui. Un grupo de hermosas jovencitas salta a bordo y coronan con guirnaldas al capitán y sus muchachos. Estallan entonces los aplausos de la multitud.

Lentamente la rudimentaria embarcación comienza a deslizarse sobre las quietas aguas del río Maule. Momento a momento se va haciendo más pequeña. Ha logrado vencer la peligrosa «barra» y se alzan sus velas. Minutos después nada se ve de ella. Los cinco aventureros están a merced del Destino en la soledad del mar.

El primero de Septiembre, seis meses después de zarpar de Constitución, a través del noticiario «El Reporter Esso» matinal, me impongo de una noticia que me impacta: «El capitán Eric De Bisschop ha muerto esta madrugada al estrellarse su balsa Tahiti Nui, contra los arrecifes de la isla Rakahanga, una posesión inglesa. Los otros cuatro tripulantes lograron salvar con vida». Grandes titulares de diarios chilenos y extranjeros dan cuenta de ello.

El 14 de Julio, día nacional de Francia, se esperaba con grandes festejos el arribo de la embarcación. García-Palacios, que había regresado a su isla, me escribía preguntándome si algo sabía yo de la Tahiti Nui. Que ya debieran estar muy cerca de su meta. El consiguió que algunos observadores marinos la buscaran entre las islas Marquesas y las Tuamotú, mas no hubo respuestas favorables. Pareciera que la balsa hubiese sido tragada por el mar. ¿Qué es lo que aconteció?

Después de unos meses de plácida navegación y casi a la altura de Papeete, la balsa fue cogida por fuertes vientos y marejadas que la alejaron de su ruta, impulsándola muchas millas más allá de Tahiti. Lo extenso del viaje prácticamente desmembró la cabina. Hubo que desarmarla en medio del océano para luego continuar viviendo varios meses sobre su superficie

de mimbres. Las olas iban y venían sobre el cuerpo del navegante francés. Las aguas marinas destruyeron las cartas náuticas, al igual que el equipo de radio. En tan precarias condiciones la noche del 1º de septiembre divisaron unos roqueríos lejanos. Improvisados remos acercaron la plataforma flotante hacia los arrecifes de coral. Allí se produjo el desastre. La balsa chocó violentamente contra ellos, volcándose de campana. El capitán De Bisschop que iba muy enfermo y débil, debido a lo largo del viaje, las hambrunas y su ya avanzada edad, se hundió en las profundidades marinas. Tres horas llevó a sus jóvenes compañeros rescatarlo de las porfiadas aguas. Era el final de la aventura.

Cerca de un mes después de la tragedia, la fragata Lotus de la Armada Francesa, exhumaba el cadáver de Eric para conducirlo a Papeete donde se le dio sepultura.

Esta expedición científica, de la cual fui partícipe, ha sido lo más grande y heroico que se haya visto en los últimos tiempos en materia de aventuras marinas, tratándose de una primitiva balsa de madera. Nada faltó. El hambre, la sed, el hundimiento de la Tahiti Nui en pleno océano Pacífico. Y por último, la muerte del capitán Eric De Bisschop, el Príncipe del Pacífico, como muchos periodistas lo apodaron. Su glorioso nombre pasó a la leyenda como un ejemplo de valor y de optimismo para las generaciones que vendrán...

Algunas Notas finales sobre la Tahiti Nui

El año 1957 Eric De Bisschop me autorizó para escribir un libro destinado a la juventud, tal cual lo hiciera Bengt Danielson (tripulante de la balsa Kon Tiki de Thor Heyerdal) El capitán escribiría un libro científico al que más tarde tituló «Proa al Este» y que fue traducido a varios idiomas. Así lo hice y en una semana mi pequeña obra estaba lista: Las Mascotas de la Tahiti Nui, editada por Austral, acá en Chile y con ilustraciones en blanco y negro sobre diversos aspectos de la travesía. Lo prologó el mismo De Bisschop. Años más tarde este libro sería declarado Texto Auxiliar para los años cuarto a octavo de la Enseñanza Básica por el Ministerio de Educación.

Cierta mañana me topé en el Centro de Santiago con el escritor Enrique Bunster, cronista, además, de el diario «El Mercurio»; su especialidad eran los temas marinos. Bunster había vivido un tiempo en Tahiti, y soñaba con este paraíso tropical.

-¡Hombre! -exclamó. He leído *Las Mascotas de la Tahiti Nui* y me ha parecido un libro bastante bueno. ¿Por qué no lo envía a París donde creo es muy probable la editorial G.P. se interese por él para su colección *Rouge et Or*? Y de inmediato, abriendo una pequeña libreta, buscó la dirección: 80, Rue Saint Lazare. París.

Así lo hice. Seis meses después me llegaba un contrato donde yo, su autor, le vendía (a perpetuidad) mis derechos a cambio de una muy buena cantidad de francos. La traducción al francés -perfectamente ajustada al texto- fue realizada en París por la escritora Madame G.Tyl-Cambier. Sus magníficos dibujos a todo color por Pierre Le Guen. El tiraje fue sorprendente (cien mil ejemplares) ya que se distribuyó prácticamente en todos los países de habla gala.

Este libro en francés sería también declarado Texto Auxiliar de la Enseñanza Secundaria o Media por el Ministerio de Educación.

Durante varios años estuve recibiendo Recortes (desde París) donde se comentaba favorablemente mi libro.

Las Mascotas de la Tahiti Nui tuvo también la suerte de ser editada en Barcelona por Plaza Janés para su Colección «Alcotán». Fueron momentos muy gratos para mí al verme figurar junto a Julio Verne; Jack London; Rudyard Kipling y otros grandes escritores en la contratapa del libro editado en España.

El drama de Rakahanga

Un día, reuniendo mis archivos sobre la Expedición Tahiti Nui con el triste desenlace en la isla británica de Rakahanga, decidí escribir un radioteatro sobre la aventura. Fueron 21 capítulos donde narraba los pormenores de la travesía. Radio Corporación, por decisión de sus directivos, uno de los cuales era Gonzalo Medina, decidieron transmitirlo. Para tal efecto se contrató un excelente equipo de actores, entre los que

recuerdo: Tito Rodríguez, actor también del Teatro de la Universidad Católica; Enrique Madignat; Eliana Mayerholz y otros más. Era «lanzado al aire a las 14 horas y retransmitido a las 22 horas, diariamente. En forma personal supervigilé cada grabación, haciendo algunas observaciones sobre sonidos (efectos de oleaje, crujir de maderos, temporales, etc). Todos estos «efectos» musicales como se les llama, venían grabados en pequeños discos de acetato y eran muy útiles para crear el ambiente del lugar donde transcurrían los hechos. Por supuesto que el papel más difícil correspondió a la caracterización de Eric de Bisschop (que hablaba un chapurreado castellano), pero la interpretación del actor que lo imitó fue notable.

Visto el éxito de mi radioteatro, decidí novelarlo, para lo cual presenté el Drama de Rakahanga a Editorial Jackson, por entonces ubicada en calle Estado muy cerca de la Editorial de El Pacífico. Su gerente se mostró interesado en publicarlo, al extremo de proponerme imprimir una edición de 2.000 ejemplares (en cuyo interior figurarían muchas fotos inéditas de la expedición que estaban en poder mío). Reflexionando unos minutos el gerente agregó luego que le parecía más prudente esperar la visita del Gerente General de Jackson Internacional (quien arribaría esa semana a Santiago). Tal vez él propusiera lanzar una edición más numerosa para toda América Latina. Pero en la vida no todo sale como por un tubo. Existen desgraciadamente curvas, contracurvas, codos, etc. Aconteció que el visitante ya habíase contactado en París con uno de los tripulantes y firmado contrato para una edición internacional... De manera que «El drama de Rakahanga», como novela, aún reposa entre otros manuscritos en un cajón de mi escritorio.

LA FRUSTRADA EMPRESA DE MARLON BRANDO, PADRE Y ALGO MÁS...

El 20 de Octubre de 1964 recibí una carta procedente de Papeete, (Tahiti). Era del Cónsul General de Chile, don Carlos García-Palacios. Después de contarme sus experiencias en esa lejana posesión francesa donde se había instalado a vivir años antes -luego de renunciar a un bien remunerado cargo ejecutivo en la División de Radio de las Naciones Unidas en Nueva York (allí introdujo la Televisión por primera vez dentro de las sesiones internacionales) pasaba a decirme:

-El padre de Marlon Brando que ya ha hecho dos o tres viajes a Chile, está muy interesado en establecer, en compañía de unos poderosos amigos americanos, una fábrica de harina de pescado, en el sur de Chile. ¿Tienes tú algún folleto o informaciones oficiales sobre la industria de la pesca en Chile? Si hay algo oficial y serio, envíamelo para entregarlo a Marlon Brando, padre. Gracias.

Hice las averiguaciones del caso y muy pronto obtuve respuesta, con más precisión el día 3 de febrero de 1965. Procedía de Papeete, Tahiti.

...mil gracias por la documentación sobre la pesca en Chile, que he enviado sin demora al señor Marlon Brando, padre de mi gran amigo el famoso actor de cine que lleva su mismo nombre y que suele venir a Tahiti en forma continua.

El señor Brando ya me ha contestado para agradecerme por la documentación, que según lo que me dice, le ha sido muy útil. Agrega el señor Brando que, efectivamente continúan planeando una operación en Chile, empezando cerca de Punta Arenas, con centolla para vender en Europa y dar así a Chile, divisas extranjeras. El mercado es grande y actualmente está aprovisionado por los rusos y los japoneses con «King Crab», pescado en el estrecho de Behring. Si la operación del señor Brando tiene éxito, pescaría en otras zonas y se especializarían, igualmente, en frutas enlatadas y legumbres. Estos son los datos preliminares que me ha dado el señor Brando. Como tú ves se trata de algo muy importante para

Chile. Yo no tengo nada que ver con todo esto y no tengo ninguna asociación comercial con él. Mis contratos actuales son para el cine y han sido hechos con Marlon Brando, el actor.

Cuando venga el momento, es decir, si se realiza el negocio del señor Brando con sus asociados, tú podrías ayudar. Pero dime, ¿hablas algo de inglés? Eso es muy importante como comprenderás. Yo sé que tú podrías muy bien timonear esta empresa administrativamente con tus buenas relaciones. Esperemos un poco.»

Nueva carta del Cónsul, fechada en Papeete, Tahiti, el 8 de junio de 1965.

«Gracias por tu carta y por los numerosos documentos anexos. He enviado todo esto al señor Marlon Brando, que me contestará pronto. Como en todo negocio hay que tener paciencia, pero espero que finalmente el negocio se hará y que tú tendrás algo interesante, porque estimo que puedes ser excesivamente útil a esos amigos americanos. Te pido, pues, un poquito de paciencia y espero habrá buen resultado»...

Nueva carta fechada en Papeete el 31 de octubre de 1965:

... Y lamento decirte que nuestro famoso negocio de harina de pescado se ha esfumado, y tú que habías trabajado tanto en él. Pero en la vida hay que intentar siempre, aunque uno no esté seguro del éxito. Efectivamente, el papá de mi buen amigo Marlon Brando murió en Beverly Hills, en California. Tenía un cáncer que no perdona. No conozco a otros miembros de la organización, pero supongo que no podrán seguir solos después de la muerte del señor Brando. Así, Jaime, debemos olvidarnos del asunto.

Te contaré que Marlon Brando ha comprado una isla magnífica y grande, compuesta de varias islitas y situada a una hora en barco de Papeete. No sé todavía lo que va a hacer con esa propiedad que vale unos trescientos mil dólares. Marlon desea que yo lo ayude»...

Carta del 10 de agosto de 1966:

...«El gobernador de Polinesia le ofreció a Marlon una hermosa comida de quince personas a la que, naturalmente Agnès mi compañera y yo fuimos invitados. El día anterior habían llegado a Tahiti, en viaje de novios, la hermosa estrella de cine Brigitte Bardot con su flamante marido Günther Sachs que yo había conocido anteriormente. Brigitte estaba a la

derecha del gobernador y yo a la derecha de la esposa del gobernador que es una francesa muy bonita y elegante. A su izquierda Marlon Brando, y Agnès al frente, sin olvidar a la amiguita de Marlon, Tarita, que fue la estrella de «Motín a Bordo». Todo eso muy interesante y divertido, y pensé cómo habrías gozado junto a Brigitte y a Marlon. Me hice muy buen amigo de Brigitte Bardot, que antes de partir para Méjico, me envió una hermosa fotografía dedicada, con su nuevo marido. Todo esto tenía un sabor especial en medio de las experiencias atómicas, nucleares, que tenían lugar esas semanas en el lejano atolón de Moruroa. Ahora voy a contarte algo que te va a gustar. El primero de Enero de este año, el Gobierno Francés me ha otorgado la Condecoración de «CHEVALIER DE LA LEGION D'HONNEUR». Es la más alta condecoración francesa y es muy difícil de obtener para los extranjeros. Te contaré que hace cinco años ya me habían dado la condecoración de «Caballero de las Palmas Académicas», condecoración otorgada a los intelectuales y escritores...

Carta del 19 de junio de 1967: entre otras cosas me cuenta cómo ha cambiado Papeete en esos últimos años debido especialmente a los experimentos atómicos llevados a cabo en las cercanías; las nuevas y hermosas construcciones en Hotelería, como también, el grandioso Hospital que tiene todos los adelantos; los miles de turistas que visitan la isla día a día, el excelente aeropuerto, etc. y acota:

...-como creo ya habértelo contado Marlon Brando se ha comprado en la polinesia francesa una isla hermosa llamada Teitiaroa, situada a 25 millas de Papeete. Es lo que se llama un atolón, compuesta de 13 islas distintas rodeada de un arrecife de coral que se extiende sobre unos diez kilómetros de largo. Es una isla virgen en que todo hay que hacerlo; sin puerto y transportando todo con enormes dificultades para empezar a cortar los cocoteros y hacer un pequeño aeródromo. Marlon Brando me ha nombrado su representante y te imaginarás lo que eso significa: envío de obreros, de maquinaria, de bulldozers, de camiones con material para construir la pista y construir casas para los turistas que vendrán en el futuro. Es un trabajo inmenso que necesita de enormes capitales y ya hemos principiado a trabajar para transformar su isla desierta en algo magnífico. Y para complicar más las cosas estamos haciendo una película para la Televisión en color que se pasará en la mejor hora y en la principal cadena

de los Estados Unidos, con Marlon Brando actuando en Tahiti, en la polinesia y en su isla. Será un film serio, pero mucho más que un travelogue.

Y haremos también la película en francés para la Televisión francesa. Ya han llegado los equipos de cine con los mejores cameramen, el mejor fotógrafo de LIFE, técnicos, secretarias, etc. Todos los diarios van a empezar a hablar de la famosa empresa de Marlon Brando en su isla desierta. Pronto te podré enviar fotos para que te des cuenta de la magnitud de la obra. Tengo los cheques en blanco firmados por Marlon Brando, que como tú sabes, es una gran muestra de confianza hacia mí...

EL CÓNSUL CARLOS GARCÍA PALACIOS

No es frecuente hablar ocho idiomas, ni ser, además, escritor, periodista, diplomático, guionista de cine, comentarista radial en norteamérica, piloto de guerra, explorador y aventurero. Todo eso y algo más fue él durante sus 72 años de vida. Testigo actuante y pensante en vitales acontecimientos del mundo. El Cónsul General de Chile en Tahiti (primo hermano de mi padre) terminó sus días en la ciudad de Papeete, sector de Punaauia, lugar donde también residió por un tiempo el pintor Paul Gauguin y donde reside modestamente su descendencia.

En el hermoso bungalow del Cónsul -rodeado de flores y palmeras-, sentáronse a su mesa, no sólo el ocasional compatriota, o los marinos del Buque Escuela Esmeralda, sino científicos de la talla de un Thor Hayerdhal (Expedición Kon Tiki), escritores de renombre universal, políticos, pintores, intelectuales y famosos artistas de cine, como Brigitte Bardot, Martin Carole, Marlon Brando y para seguir enumerando. En este hombre de excepción encontraron la cultura, la inteligencia y el calor humano que emanaban de su persona.

Aquel día de su fallecimiento, una larga caravana de personas cubrió a pie la distancia entre el Hospital Príncipe Jean y el cementerio de la iglesia católica de Saint Etienne. Así testimoniaban con su presencia el afecto al

amigo y consejero afable, cordial, que durante casi dos décadas convivió con los isleños. Encabezaba el triste cortejo, bajo un radiante sol, el Gobernador francés de las Islas Polinésicas y su gran amigo, el actor de cine Marlon Brando, para quien el viejo Cónsul fue como «un segundo padre», según propias palabras de Brando. Y como testigo de esta amistad tengo en mi poder, entre otras tantas, la carta fechada el 27 de agosto de 1962 en la que me escribe:

...mi gran amigo Marlon Brando llegó a Tahiti y me encontró muy mal, en cama. Inmediatamente me dijo que me llevaba al mejor Hospital de Los Angeles, el Cedars of Lebanon. Con generosidad extraordinaria él pagó todos los gastos, viaje de ida y vuelta a Tahiti en avión, los gastos de hospital (50 dólares diarios, sin contar con doctores y tratamientos especiales) y después me voy a pasar un mes de recuperación a su casa de Beberly Hills, que es una maravilla de lujo y de buen gusto donde tengo mi magnífica pieza con baño moderno. A un lado veo el jardín japonés de Marlon y al otro lado la piscina que es muy hermosa.

Marlon me vino a buscar al aeropuerto, pero tenía que esconderse, porque todo el mundo quiere verlo y pedirle autógrafos. Después fuimos a la casa de Tarita, que es la estrella de la película *Mutiny on the Bounty*, y conversamos toda la tarde. El día siguiente lo pasamos en la casa con la mujer de Marlon, sus dos hijitos, su padre, sus hermanas y su tía. Todo el mundo muy cariñoso conmigo y no sé cómo agradecerles tanta gentileza.

Según le oí contar a mi progenitor, su tío abuelo Don Ramón García (padre del Cónsul Carlos García-Palacios) quien a fines del siglo pasado era Director General de Ferrocarriles del Estado, habíase batido a duelo con un famoso periodista de apellido Charlín. Este señor, en una de sus crónicas, señaló como responsable de ciertas irregularidades ocurridas en esa empresa a su Director General. Eran los años en que la levita oscura y el tongo negro estaban muy de moda y las ofensas se limpiaban a duelo. Así sucedió: Ambos contendores decidieron batirse, sin ropas, en una pieza completamente a oscuras, llevando cada cual un afilado estilete de cirujano. Afuera de la amplia habitación, espectadores, esperaban los padrinos. Pasados muchos minutos, se abrió la puerta y salió ensangrentado el señor Charlín. El cadáver del Director de los Ferrocarriles, don Ramón García, yacía tendido cara al techo con varias heridas mortales en su cuerpo.

Pero los acontecimientos no terminaron allí. Había que lavar nuevamente el honor de la familia.

Sucedió que el cuñado del difunto -mi tío abuelo don Carlos Palacios Zapata- por entonces abogado y Ministro de Instrucción Pública (hoy Educación) de el entonces Presidente de la República don Federico Errázuriz Echaurren, retó a duelo al periodista señor Charlín. La pelea debía efectuarse en las mismas condiciones que el duelo anterior. Resultado: esta vez saldría victorioso el Ministro Palacios. Mencionaré que de su propiedad era el libro forrado en cuero café (que llevaba estampado con letras doradas su nombre y apellidos) en el que estudié Derecho Romano el poco tiempo que permanecí como alumno de la Facultad de Leyes en la Universidad de Chile.

Todas estas horribles tragedias minaron el ánimo de la madre de Carlos García-Palacios -mi tía abuela-. Al igual que Jackeline Kennedy 70 años después, quiso alejarse de ese escenario fatídico que le había arrebatado a su marido y puesto en peligro la vida de su propio hermano el señor Ministro. Embarcóse al poco tiempo rumbo a Europa acompañada de su único hijo Carlos García-Palacios, niño de cuatro años de edad. Doña Clara no regresaría ya a Chile, a excepción del año 45 en que la conocí, ya octogenaria. Realizó este corto viaje a su patria poco tiempo antes de su fallecimiento en Nueva York. Aún hoy, después de tantos años, la recuerdo perfectamente en una visita que efectuó a casa de mis padres. Era una dama alta y delgada, de cabello blanco. Vestía aún de riguroso luto. Su traje le llegaba casi a la altura de sus tobillos y sobre su cabeza lucía un pequeño sombrero de paño oscuro. La vida del Cónsul García-Palacios fue compleja y excitante. Hizo sus estudios en Francia y Suiza: Preparatorias, Humanidades, y Universitarios. Se tituló de abogado en la Universidad de Lausanne. Trabajó inicialmente en la Organización Internacional del Trabajo, para luego integrarse a la Liga de las Naciones. Allí tuvo la oportunidad de «codearse» con los grandes estadistas de la época.

El cargo que ocupaba lo llevó a aceptar misiones internacionales a los lugares más extraños y remotos. Dio varias veces la vuelta al mundo y fue el primer americano que realizó el año 1936 la travesía del Sahara de ida y regreso en automóvil. Carlos García-Palacios estuvo comisionado para lograr la paz, en la revolución China en tiempos de Chiang Kai Shek,

y escapó milagrosamente de la muerte al estallar una granada en el sitio de las reuniones. Sirviendo siempre a la Sociedad de las Naciones, fue secretario de la Comisión de esta Organización Mundial que administró el territorio de Leticia (1934), disputado entonces por Colombia y Perú. Eso le permitió vivir varios meses en plena selva, siendo uno de los primeros en alcanzar el nacimiento del río Amazonas. Allí los indígenas lo obligaron a tomar esposa por cinco días a cambio de una docena de cerdos. Esa aventura la narra en uno de sus libros.

Piloto en la primera guerra mundial, abrió poco tiempo después muchas de las rutas aéreas a través de las peligrosas montañas y selvas de Sudamérica, conjuntamente con su compañero (escritor y piloto) Antoine de Saint Exúpery, el autor del famoso «Principito».

Carlos García-Palacios, en su pequeño avión particular, cumplió la proeza de llevar a Brasil la noticia del estallido de la Guerra Civil Española.

En la última conflagración mundial, voló muchas veces en misiones de combate, comentando los pormenores de la guerra. Por su coraje fue elegido miembro del selecto Club de Exploradores de Nueva York.

Siendo Director de la Voz de América, contrató a Frank Sinatra, quien principiaba a abrirse camino como solista en el mundo del canto. Comentarista de la National Broadcasting System, García-Palacios conoció y fue amigo personal de varias luminarias de Hollywood, entre ellas Marlene Dietrich. Jefe de la Voz de América, pasó más tarde a desempeñarse como Director de la División de Radio de las Naciones Unidas, incumbiéndole introducir la televisión en los debates de ese Organismo.

Era tal la facilidad con que hablaba el francés, inglés, español, alemán, italiano, portugués, servio y polinésico, que las gentes lo creían originario del país en cuya lengua se estaba expresando. Pero Carlos García-Palacios jamás desmintió su nacionalidad chilena y donde quiera que fuese lo hacía saber con orgullo.

El año 1953, aburrido del cemento y de los rascacielos de Nueva York -como él mismo me confesara posteriormente-, buscó un lugar tropical donde pasar con tranquilidad sus últimos años. Y eligió Tahiti. Según él, en esa isla encontró «si no el Paraíso», algo muy parecido a él... Allí iba a conocer a quien sería su compañera, la jovial Agnès Tepii (Tatahué), quien lo acompañó abnegadamente hasta sus últimos momentos.

Carlos García-Palacios recibió numerosas condecoraciones. Entre ellas la Legión de Honor (que el propio General Charles De Gaulle le confiriera el año 1967). Cinco años antes había sido homenajeado con la Condecoración de «Caballero de las Palmas Académicas» que se otorga a los intelectuales y escritores.

Su vida en Tahiti no fue un descanso como inicialmente lo pensara. Debíó atender el Consulado de Chile, «Ad Honorem» que le confirió el Gobierno chileno. Y gracias a su empuje y visión, logró -junto al general de aviación don Roberto Parraguez-, interesar a las autoridades de nuestro país para que se estableciera una Línea Aérea entre Santiago y Polinesia, hoy en plena actividad. Continuó escribiendo en periódicos internacionales y filmando documentales para las principales cadenas de Televisión de Estados Unidos y Europa. En ellos dio a conocer aspectos de la por entonces desconocida vida tahitiana, como también de su propio país. Finalmente patrocinó y fue Jefe de Prensa de la Expedición Tahiti-Nui que comandara el capitán francés Eric De Bisschop. Voló por última vez a Chile el año 1956 para recibir al navegante galo a su arribo a Valparaíso. Aquella fue la postrera vez que compartí con él, aunque su correspondencia -interesantísima-, me continuó llegando hasta meses antes de su muerte.

EN LAS TIERRAS DE “MANDOLINO”

Pasan a buscarme a mi casa de campo (ahora soy agricultor, aunque no pierdo mi afición de escribir libretos radiales y grabar uno que otro programa) el conocido animador Enrique Maluenda. Se muestra interesado en comprar algún terreno cerca de una laguna que poseo parcialmente. Para variar, ha llovido toda la noche, y me temo que su Chevi Chevette, tampoco pueda ir más allá por lo anegado del camino. Para evitar problemas agarro un caballo -que dormita plácidamente bajo un alero de tejas- y lo monto de un salto.

«El Ñonco» (así bautizaron a la bestia) es un caballo que ha ganado varias carreras a la «chilena».

Entretanto, el invitado almuerza en el comedor con mis familiares.

Salgo del recinto de la casa para ganar tiempo y aplico mis tacones a los ijares del animal. Como estampida vuela el Ñonco con su jinete, bajo un tupido toldo de encinas que empiezan a botar sus amarillentas hojas.

El chapoteo de los cascos del caballo contra los charcos y las hojas caídas, súbitamente asustan al animal. Corre en forma desenfrenada a través del embarrado callejón. Los músculos de mis brazos se tensan en un esfuerzo vano por aminorar la carrera. Resoplan las fauces de el Ñonco y siento en mis puños el impetuoso y constante tirón de su hocico y de su cuello, hacia atrás, hacia adelante.

El caballo va desbocado y mis brazos agotados. Presiento que el porrazo será feroz, pues principio a perder el equilibrio sobre la montura.

Repentinamente la bestia se detiene con brusquedad ante un viejo puente de tablones. El fuerte impulso me lanza hacia adelante, pero felizmente logro aferrarme de los crines y cuello del animal. El caballo está detenido, resoplando por la agitación de la carrera. Se ve que es un campeón. Yo, con un ligero dolor muscular en brazos y piernas, regreso a casa en el ahora dócil animal.

Explico a Maluenda que es imposible llegar hasta la laguna, pues el camino de tierra se encuentra intransitable para camionetas y autos. Maluenda insiste: -Allí veo una carretela con su caballo... ¿Por qué no vamos en ella?

La mencionada carretelita está bastante desvencijada. Pese a todo subimos a ella, y un muchacho avecindado en el campo oficia de conductor.

Como Enrique es más alto y macizo que yo, hace que la frágil carretela viaje inclinada hacia su costado. Ojalá que la baranda, en la cual se apoya mi amigo, resista, y no me lo envíe en un santiamén al suelo.

En estas condiciones viajamos cerca de un kilómetro, de pie, cada cual a un costado del rústico vehículo. Llegamos. Pese a que el día no puede ser más feo, desde una suave colina miramos la laguna.

-Muy bonita -exclama Maluenda, y agrega: -Lástima que el camino se inunde en invierno.

Regresamos. Son cerca de los cuatro de esa tarde gris.

• • •

Quillón es un pueblito que muchos confunden con Quellón. El primero está en la Octava Región del país, casi inmediato a los cerros cuyo

serpenteante camino conduce a Concepción. En cuanto a Quellón, éste se encuentra enclavado en la isla grande de Chiloé, muchísimo más al sur. Como vemos, son cientos de kilómetros los que separan un pueblo del otro.

En Quellón, Armando Navarrete, más conocido en todo Chile y aun en otros países como el gracioso Mandolino, poseía un campo viñatero. Esa misma tarde emprendemos viaje a su propiedad con Maluenda al volante y un cuñado mío que se haya de paso. Estamos invitados por Maluenda a un «asado» en la casa campestre del popular humorista de Televisión, a quien no conozco personalmente. En quince minutos cubrimos la distancia entre un campo y otro.

La casona de Mandolino es de estilo colonial, muy bien conservada. Un amplio corredor de ladrillos la rodea por sus cuatro costados.

Al descender del vehículo ese brumoso día, veo a un bajo pero robusto huaso, que cubre parte de su humanidad con una gruesa manta gris. Sobre su cabeza lleva el típico sombrero alón, también del mismo color. Es Mandolino, irreconocible con esa indumentaria.

Baja los peldaños de la escalita que conduce a lo alto del caserón. Un fuerte abrazo con su amigo Maluenda y enseguida las presentaciones de rigor.

Entramos al interior del amplio salón donde me presenta a su señor padre y otros familiares. En el grupo está también Jorge Cruz, conocido animador de Televisión e inseparable amigo de Mandolino. Luego de conversar un rato, Mandolino me toma de un brazo muy amistosamente y me muestra con cierta circunspección, dos hermosos cuadros que penden de la pared. En ellos, tras los vidrios protectores, están retratados, respectivamente, sus abuelos paternos.

Un enorme cuero de vaca, muy bien curtido, cubre gran parte del piso de la espaciosa sala. Las paredes de un verde pálido, parecen estar recién pintadas por lo impecable que se ven.

Nos avisan que el «asado» está ya listo...

Afuera de la casa sentimos el agradable olor a carne asada.

Penetramos a una tiznada cocina donde tres trabajadores se esmeran en conservar vivo el fuego, sobre el cual, en amplias parrillas, se fríen las apetitosas carnes.

Demás está decir que el buen «yantar» y lo agradable del grupo, nos atrapan hasta bien entrada la noche...

UNA NUEVA VIDA

El veterinario no llega. Imposible esperarlo más. Se trata sin duda de un parto laborioso. Los «pujos» de la vaca son insuficientes para expulsar la criatura atrapada en su vientre. Cada «pujo» va acompañado de un quejido de la afligida madre. Es primeriza y, para remate, estrecha de caderas.

Con Chundo y Noldo -campesinos-, hemos agotado todos los recursos a nuestro alcance. Calcio intramuscular, (no me atrevo con la vena ya que es tarea sumamente difícil ubicarla para un lego en la materia como yo). El calcio da vigor y fortalece las extremidades.

Bastante sudamos, pese a que el día es frío, para lograr que la vaca se eche al suelo de tierra. Sabemos que en esa posición el parto se facilita. El pobre y sufrido animal gira su cuello y me observa, al igual que a su «cuarto» trasero, impaciente porque nazca el nuevo crío.

Estamos protegidos de la lluvia bajo un embarrado cobertizo. Huele a tierra mojada, a orines y guano. Llevo, para la ocasión, altas botas de goma y parka cortavientos la que muy pronto me retiraré.

El animal inició sus primeros síntomas de parto hace ya media hora. Estoy enterado de lo que significa la muerte del ternero en su interior. Este se hincha al fallecer y si no se saca a tiempo, el veterinario deberá extraerlo mediante una cesarea que muchas veces resulta fatal, debido especialmente a las infecciones que pueden venir originadas muchas veces por la inexistente asepsia del ambiente barroso y húmedo.

Pero, ¿dónde está el veterinario? Se le ha llamado de urgencia al pueblo (es Sábado por la tarde). Esperaré diez minutos más. si éste no aparece ocuparé su lugar, sea como sea... La vaca ha vuelto a ponerse de pie, siempre inquieta. Estoy decidido a convertirme en improvisado partero. Bien dicen que la necesidad crea el órgano, o que tiene cara de hereje...

Introduzco con mucha dificultad mi mano derecha (enguantada hasta más allá del codo) en la vagina. He logrado tocar las patitas

delanteras del ternero. Con meticulosidad voy explorando en el interior del animal la posición del crío. Afortunadamente viene bien colocado, pero su cabeza inclinada hacia un costado es lo que impide que nazca en un santiamén.

Mis dos asistentes han logrado amarrar con cordeles ambas patitas delanteras las que ya están fuera del útero. Con dificultad intento colocar la enorme cabeza del ternero en posición normal. Los brazos enguantados, lo mismo que mis manos, están casi agotados por el esfuerzo. Mi frente está sudorosa. El útero se ha distendido en forma extraordinaria, como un gigantesco círculo. El taco principia a moverse, inquieto tal vez por salir pronto del atolladero. Mis manos continúan esforzándose por ayudarlo. He palpado la lengua del ternero. Vive aún pues está tibia. Continúo con mi batalla. Llevo ya más de media hora con mis brazos metidos en la vagina de la vaca. Un líquido transparente y pegajoso se escurre del útero hasta el suelo. Mi altas botas están impregnadas de él y, por supuesto, mis guantes quirúrgicos de transparente goma. Cojo con ambas manos la cabeza del casi nonato. Al mismo tiempo ordeno a mis dos ayudantes que tiren de las cuerdas (cada una atada a cada pata del animalito), pero insisto: con una ligera inclinación hacia el suelo. Veo los redondos y salientes ojos de la madre mirándome, esperanzada, acaso, en que mi ayuda le sea favorable. Puja con fuerzas y en este esfuerzo supremo, logro girar la gran cabeza del ternero y sacarla fuera del dilatado útero con su lengua entre los dientes.

Mis ayudantes tiran con relativa fuerza sus cordeles, y de pronto, como un bólide, sale al mundo un robusto animalito overo negro, empapado de pies a cabeza por el pegajoso líquido.

Minutos más tarde su madre lamerá cariñosamente el cuerpo para secarlo y calentarlo.

A lo lejos se escucha el ruido del motor de un vehículo. Es el amigo veterinario que llega justo en el instante en que la vaca overa ha dado a luz «una nueva vida».

EL DESCONOCIDO

Vengo regresando de Chillán. Allí he grabado (en Radio la Discusión) seis programas de carácter agrícola.

Es verano. Mi mujer y mi pequeña hija están en Santiago.

Por ser Domingo, la empleada y el cuidador andan fuera.

La casa campestre está vacía.

A las cinco de la tarde el calor es sofocante. Abro ventanas y puertas para producir alguna corriente de aire. El diminuto ventilador es casi inservible.

Visto jeans y una camisa sport de manga corta color azul. Me retiro zapatos y calcetines. Ahora calzo cómodas zapatillas.

Tomo asiento en un sillón que enfrena la puerta de entrada, la que mantengo abierta de par en par. El Kim y la Perla, perros guardianes, tampoco están. Son hartos pateperros. ¿Andarán cazando Liebres?

Principio a leer el periódico que compré en Chillán.

Nada perturba la quietud del atardecer.

A lo lejos diviso algunas gallinas en su incesante picotear. De pronto escucho un ligero ruido, como de pisadas sobre la terraza que está frente a mi ventana abierta. Presto atención. Dejo a un lado el diario y me levanto. Salgo afuera de la casa. Allí me encaro a un desconocido. Viste en forma andrajosa y huele mal. Lleva ojotas de caucho. Su chupalla está sucia y deteriorada en sus bordes. El desconocido tiene los pequeños ojos enrojecidos. Luce una oscura barba de varios días sobre su enjuto rostro sudoroso. Miro su mano derecha. En ella aprisiona un tupido manojo de largas espigas. Me mira altivo, con soberbia: «Tráigame un vaso de agua»... Recuerdo la frase bíblica: «Dad de beber al sediento»...

Doy media vuelta. Entro en mi casa. A poco regreso con el agua. De un sorbo la bebe tomando el vaso con la mano izquierda.

-¡Repítamela! -dice autoritario. Estoy a punto de mandarlo a buena parte... Finalmente accedo. Tome, ahí tiene el agua... Ahora, lárguese de aquí.

El hombre de un tirón se la traga. Arroja con violencia el vaso al suelo, el que se hace trizas. Con rapidez se retira la maltrecha chupalla. Me hace una ligera reverencia, y agrega:

-Yo tengo las riendas en mi mano. Si usted no me hubiese dado de beber, con esto me habría vengado. Y raudo, deja caer la gavilla de trigo que aprisionaba en su mano derecha. Aparece un afilado corvo en su puño cerrado.

Haciéndome una nueva y versallesca reverencia el loco, alucinado o qué sé yo, gira sobre sus ojotas y se pierde en la distancia corvo en mano.

HACIA CARTAGENA DE INDIAS E ISLA DE SAN ANDRÉS

(Febrero-1994, Colombia)

Volamos de noche. El Boeing 757 despegó del Aeropuerto Arturo Merino Benítez con dos horas de atraso. A las tres de la madrugada el inmenso avión ya ha levantado vuelo.

El tiempo avanza. Algunos pasajeros leen somnolientos, otros cenan en sus asientos (yo lo hago) pese a la hora, mientras los diez aparatos de Televisión -distribuidos en fila india desde la cabina de mando a la cola del avión- nos entregan una película americana a la que muy pocos prestan atención.

Llevamos cinco horas de vuelo. La azafata me ha servido un succulento desayuno que instalo en mi bandeja plástica adosada al respaldo azul que corresponde al asiento del pasajero que va adelante. Alzo la tacita con café colombiano (el mejor del mundo) cuando repentinamente un fuerte sacudón la hace tremolar en mi mano volcándose gran parte del oscuro líquido sobre mi deportiva casaca azul y pantalones grises. Enseguida el piloto anuncia que estamos entrando a una zona de turbulencias muy cerca del Mar Caribe, pero que será de corta duración. Afortunadamente así es.

A las nueve quince de la mañana, hora colombiana (tienen dos horas

de atraso respecto al horario chileno) aterrizamos en Bogotá. Pero los trámites de rigor que obligadamente debemos efectuar para ingresar al país (tasas de embarque, pasaportes, aduanas, pasajes y otros) que son el punto negro de los viajes aéreos, nos retardan y el próximo avión, un 727 de la Compañía Colombiana SAM, el cual debe conducirnos a Cartagena de Indias, ya está con sus turbinas rugiendo.

En vista de nuestra incómoda situación una funcionaria del aeropuerto ruega, a través de un micrófono interno, se sirvan esperamos unos minutos.

Con la incertidumbre de si nos aguardarán o no, debemos correr en forma vertiginosa a través de los amplios y lujosos pasillos del aeropuerto Bogotano, hasta llegar sin aliento al nuevo Boeing que ya casi empieza a rodar sobre la pista. En fin, hemos salvado este escollo y a poco alzamos vuelo hacia los mares que Cristobal Colón navegara en su cuarto viaje.

Cartagena de Indias, a orillas del Caribe, me trae a la mente que estando allí el actor Marlon Brando filmando la película «Quemada» al imponerse del deceso de mi tío en segundo grado Carlos García-Palacios, Cónsul de Chile en Tahiti, voló precipitadamente a Papeete (en Oceanía) para estar presente en los funerales de este chileno (vivió 18 años en esa posesión francesa) a quien consideró como su segundo padre. En mi poder conservo fotos de esos tristes instantes transcurridos en Tahiti.

Cartagena es una ciudad maravillosa (un millón de habitantes). Contiene todo aquello que un turista como un residente habitual requiere para llevar una existencia placentera: Hoteles de óptima calidad con sus antenas parabólicas en la cima de sus altísimos edificios; múltiples restaurantes y cafés que con sus mesitas alcanzan hasta el borde de las calles bajo telones de alegres colores; Bancos nacionales e internacionales; tiendas heterogéneas con lujosos escaparates donde suelen destacarse macizas esmeraldas, tan comunes en el país; Casas de Cambio; Supermercados, Plaza de Toros, etc. Y de yapa el verde y cristalino Caribe llamado también Mar de las Antillas, ofreciéndonos las playas de blancas arenas orilladas de tupidos cocoteros. Sus numerosas calles también están bordeadas de palmeras, tamarindos, frondosos árboles del caucho que de continuo son balanceados por los tibios vientos que persisten de la mañana a la noche.

Las elevadas construcciones de la parte moderna de Cartagena de Indias son numerosas y elegantes. Muchas superan los veinticinco pisos. Puede decirse que este antiquísimo puerto del Caribe se divide en dos porciones con características sumamente definidas: La Cartagena Colonial con sus más que centenarias casas de dos pisos donde prima la teja española y sus salientes balcones floridos, semejantes a los de algunas ciudades de la Madre Patria. Pintorescas y estrechas calles, muy bien conservadas que nos hacen pensar por momentos estar viviendo en épocas pasadas; iglesias y fuertes. Estos últimos construidos por los antiguos españoles para defenderse de los piratas que en múltiples ocasiones la asolaron. Recordemos que Cartagena de Indias se constituyó en la gran bodega de los tesoros traídos en especial del Perú. Los barcos venían de España para retirar estas riquezas, de manera que muchos fueron asaltados o hundidos por los corsarios o piratas que estaban al acecho. Temibles fueron entre otros Sir Francis Drake; Bartolomé Sharp; Tomás Cavendish; Henry Morgan; y Sir Walter Raleigh. Fue la Reina de Inglaterra quien financió las correrías de saqueo e hizo Caballero a Francis Drake. Lo llenó de honores; incluso lo convirtió en miembro del Parlamento porque había asaltado más galeones, robado más tesoros y quemado más iglesias españolas que ningún otro filibustero. Era el período entre 1665 y 1702. (En este lapso de tiempo hubo siete guerras entre Francia, España, Inglaterra y Holanda). Los conflictos a menudo centrábanse en el Caribe:

Las fortificaciones de Cartagena de Indias, que hasta hoy están en pie, fueron construidas por orden de Felipe II quien entendió que las barreras naturales no eran suficientes para defenderla de los piratas. Así entre los siglos 17 y 18, las fortificaciones se extendieron a lo largo y ancho de Cartagena para permitir una defensa más efectiva. Se construyó el imponente Castillo de Barajas, al igual que los fuertes de San Miguel, Santángel; San Luis y Manzanillo; San José y La Escollera de Boca Grande. De este modo la ciudad se convirtió en la Plaza más fuerte de América.

Cartagena de Indias fue fundada por los españoles en 1533, siendo la puerta de entrada a América del Sur y la primera en alcanzar la Independencia. Hoy, Cartagena de Indias es considerada «Patrimonio Histórico de la Humanidad» por decisión de las Naciones Unidas.

Se cuenta que en las cercanías de las Islas El Rosario hace 280 años se hundió el «San José» que llevaba el mayor tesoro registrado en la historia del Imperio Español. El 8 de junio de 1708 un escuadrón inglés al mando del Comodoro Charles Wager divisó una flota de mercaderes españoles bajo la protección del «San José» y de otros tres barcos. El «San José» era el navío más grande de la flota española y por lo tanto llevaba la mayor parte del tesoro. No queda muy claro si fue blanco de los disparos del buque «Expedition» del Comodoro Wager o si explotó por un daño interno. «El San José» se hundió llevándose 600 hombres y el mencionado tesoro. Cuentan las crónicas que sólo 11 hombres se salvaron. El barco transportaba 116 cofres con esmeraldas; unos 30 millones de piezas de oro; las pertenencias personales del Virrey del Perú, plata de Potosí y muchas otras riquezas. La cuantía oscila entre uno y dos billones de dólares. La electrónica ha hecho posible que un grupo conocido como el «Sea Search Armada» haya identificado lo que parece ser el «San José» a unos 700 pies de profundidad, cerca de las Islas El Rosario. Habrá que esperar si las aguas del Caribe se deciden entregar tan fabulosa riqueza.

Al llegar por primera vez al Hotel «Decamerón» (25 pisos) en Cartagena de Indias, junto con darme una habitación en el piso décimoquinto, me entregan un brazalete plástico color lila con el nombre del Establecimiento. La propia recepcionista lo abotona a mi muñeca derecha. Este distintivo lo llevan consigo los cientos de turistas que allí se alojan. (Algo me hace recordar por momentos a los judíos con escarapela en la Alemania nazi, con la gran diferencia de que nosotros gozamos de la más completa libertad). Para aquellos desdichados este distintivo significó el infierno y la muerte, para nosotros casi el Paraíso. De manera que es muy fácil reconocer a los huéspedes tanto en las blancas playas de exuberante vegetación como en las calles de la antigua y también moderna Cartagena. Todos llevan el mismo brazalete, amén de las cámaras fotográficas y videograbadoras. Igual cosa nos sucederá días más tarde en el Hotel de la Isla San Andrés (a una hora y media de vuelo) donde permaneceremos una semana rodeados por las aguas transparentes del tibio Mar Caribe.

PASEO EN COCHE POR LAS CALLES DE LA NUEVA CARTAGENA Y ALGO MÁS

El coche, muy parecido en sus formas a los de nuestra Viña del Mar, está pintado de rojo. Será tirado por un escuálido caballito blanco.

Como anoche, el conductor ha encendido las velas de cebo que van dentro de faroles de vidrio a cada lado del coche. El viento tibio sopla y es un viaje muy placentero al trotecito lento del delicado «pingo». Veo muchas «chivas» o góndolas con sus costados abiertos y las parrillas en lo alto para llevar bultos. Van todas pintadas de vivos colores lo que les confiere un aire muy especial y alegre. Por de pronto las motorizadas «chivas» me recuerdan los tranvías «acoplados» en los que tanto recorrí Santiago durante mi niñez. La mayoría conduce a pasajeros de piel oscura y ocasionalmente a algunos curiosos turistas blancos. También diviso otros vehículos: buses, busetas y entre ellos se desplazan velozmente motocicletas, motos y motonetas manejadas tanto por gente de color ébano como blancos.

El grato paseo en coche finaliza a la entrada de nuestro Hotel. Allí, en esta temporada, (fines de Enero de 1994) el establecimiento encuéntrase copado por turistas venidos especialmente de Canadá donde sufren temperaturas congelantes de 31 grados bajo cero. También muchos italianos y argentinos a quienes el cambio de moneda favorece enormemente. Tan solo yo y mi acompañante, Francisco Sánchez, (viajero contumaz) somos los únicos chilenos. ¡Qué lástima que las Agencias de Viaje en Chile no promocionen estos idílicos parajes llenos de sol, mar y verdor exótico!

La hermosa y extensa playa enfrente mi habitación en el encumbrado piso, de manera que disfruto de una excelente vista del Mar Caribe con sus hileras de cocoteros bordeando la avenida Santander (uno de sus próceres) donde se encuentra el Hotel con sus celestes piscinas interiores y los seis diferentes comedores.

Noche a noche, junto a las piscinas, muchos turistas beben sus

bajativos en shorts, al igual que nosotros, sentados en sus blancas y cómodas sillas, mientras una orquesta de morenos ejecutantes deleita a la concurrencia con sus ritmos tropicales sobre un pequeño escenario hasta altas horas de la noche.

A Barranquilla los Boletos

Allá por la década de los años cincuenta se puso de moda en Chile y en toda Latinoamérica un porro (baile) colombiano que decía: «Se va el Caymán..., se va para Barranquilla... Quien por entonces no lo escuchó. Pero, me pregunto ahora: ¿A qué iba el Cayman?... ¿De compras tal vez a la parte baja y populosa de la nortina ciudad? Aunque me inclino a pensar que se dirigía a participar de la algarabía del famosísimo Carnaval que año a año se celebra en Barranquilla y que dura 4 días.

Antes de partir a esta bulliciosa ciudad en el bus, nos han advertido no llevar objetos de valor, pues recientemente varios buses han sido detenidos en la ruta por bandidos, algunos, al parecer ex integrantes de la aparentemente desarticulada organización narcoterrorista del desaparecido Pablo Escobar Gaviria. Es tan poco lo que llevamos en nuestras ligeras vestimentas que no hacemos caso de ello. La verdad es que durante las dos horas de viaje nada extraordinario sucede y a poco estamos en el sector más popular de la ciudad. Múltiples tiendas de segunda categoría e infinidad de negrísimos vendedores ambulantes nos asedian cual moscas ofreciéndonos toda clase de chucherías.

Como nuestro recordado crítico literario (Hernán Díaz Arrieta) (Alone) recomendaba: «recorrer a pie las ciudades para impregnarse de ellas» seguimos por algunas horas sus inteligentes indicaciones. El calor y el cansancio, sumado a lo elevado de sus veredas -más altas que las chilenas- que tras cada cuadra nos salen al paso, aumentan el agotamiento de estos dos chilenos pate'perros. De manera que a poco un taxi condúcenos al Barrio Alto de la ciudad, sector de hermosas residencias y grandes avenidas con frondosas palmeras y árboles de caucho. Me sorprende la arquitectura del fastuoso Hotel El Prado construido en 1928, considerado el primer establecimiento turístico internacional que tuvo

Barranquilla. Veo tiendas de excelente calidad y como uno de mis pantalones largos (ahora visto bermudas) ha sido manchado con cafecito colombiano por la turbulencia en que se metió el avión en el que días atrás volamos desde Bogotá, resuelvo magnánimamente adquirir un par de pantalones (más baratos que en Chile) con lo cual contribuyo al desarrollo económico de Barranquilla...

Paseo al Archipiélago de "El Rosario" (Colombia)

El «Barú Barú I», lanchón a motor, despega del malecón perteneciente a la armada de Colombia. La mañana está algo nublada. A eso de las diez el cielo se ha despejado completamente. Todo es un maravilloso panorama en el suave mar Antillano que enfrenta a Cartagena. A los veinte minutos de navegación abordamos «La Isleta», llena de cocoteros, de blancas playas y transparentes aguas. Bajo un techo de hojas secas de palmas nos ofrecen un trago de bienvenida. (Aprovecho de tomar algunas fotos de esta isla «de película».) Hay tanto sol como sombras, debido a las abundantes palmeras que permiten al astro Rey dejar caer sus rayos de fuego sobre las blancas arenas. La mayoría de los troncos de estas bajas palmeras están pintados de blanco, color que se repite en los árboles de otras islas caribeñas.

Una hora después de remojarnos en las tibias aguas, el «Barú Barú I» atraca junto al muelle de la isla llamada San Martín de Pajarales, lugar donde visitaremos el Acuario. En compartimentos individuales veo nadando en grupos, Tortugas Carey, Morenas, Peces Mariposas, Tiburones (muy peligrosos según dice el letrero). Observo también Rayas y otras especies marinas de esos cálidos mares. Aprovecho de contemplar a una muchacha mestiza dirigiendo su show con los inteligentes y saltones delfines.

Regresamos a nuestro lanchón. A punto estamos de volver a zarpar en dirección a otras islas cuando veo acercarse una patrullera policial. Según los marinos para hacer una revisión de rutina (?). Las mujeres dócilmente muestran el interior de sus carteras y bolsos, los que son inspeccionados minuciosamente sobre el mismo lanchón. Minutos más

tarde el «Barú Barú I» continúa su peregrinaje a través de las 26 islas que constituyen el Archipiélago de «El Rosario», plenos de vegetación tropical. Almorzamos en el rústico Restorante de una isla, al aire libre, muy cerca del muelle de atraque y a varias otras islas que se divisan no muy lejos. Vienen con nosotros como ya es habitual, numerosos turistas, especialmente canadienses y argentinos que almuerzan junto a estos dos chilenos.

El «Restorant de Zeus», así se llama, nos ve alejarnos después de una hora de placidez junto al Caribe de regreso a Cartagena. Han transcurrido ya seis horas de este viaje entre exuberantes islas.

De súbito el mar se muestra bastante agitado. Nuestro «Barú Barú I» cabecea entre altas olas, repleto de tripulantes de proa a popa. Parece navegar sobre una suerte de montaña rusa en alta mar. Tan pronto somos elevados a las crestas de espumantes olas, como descendemos bruscamente a profundidades. Da la impresión que el lanchón se va a desintegrar debido a los fuertes golpazos que da en cada caída sobre la agitada superficie acuática.

Se desencadena un violento temporal de viento y, al romper la quilla contra el ahora enfurecido Caribe (el «Barú Barú I» es demasiado bajo) hace que de continuo seamos mojados de pies a cabeza, pues esta lluvia marina sobrepasa por momentos el toldo de lona de la embarcación a motor.

El «Barú Barú I», con capacidad para treinta personas (lleva cuarenta) navega a 45 millas por hora, según me informa el negro y joven maquinista. Repentinamente la fuerza del viento me arranca de golpe mi liviano jockey azul que había comprado en Chillán. Algunos turistas extranjeros que van sentados tras de mí en el lanchón, tratan inútilmente de atraparlo en el aire. De manera que mi gorrito, si aún no se lo ha tragado algún tiburón, es posible que esté flotando en las tibias aguas del Caribe.

Horas después, al arribar al muelle oficial de Cartagena de Indias, donde se ven anclados lujosos yates, veleros y goletas, nos retiramos nuestros coloridos chalecos salvavidas, aún húmedos, y respiramos con más tranquilidad.

En este pintoresco tour al Archipiélago del Rosario hemos visitado brevemente y también avistado numerosas y pequeñas islas: Media Naranja; El Paraíso; Kahuán; Macabí; Gloria; Tres en una; El Pavito; El Peñón (llamada también El Rosario); Majayura; Bonaire y La Cebollita. De

lejos hemos divisado la hermosa isla donde tiene su residencia de descanso el Presidente de Colombia César Gaviria Trujillo.

San Andrés, la Isla Paradisiaca

Volamos de Cartagena de Indias a la isla de San Andrés. Son 90 minutos de vuelo sobre el mar Caribe. Esta zona es peligrosa por la existencia de tiburones. Desde el aire contemplo muchos «cayos» (islotes) y unas aguas muy hermosas, color verde esmeralda, mientras nos vamos aproximando a la isla mencionada que será nuestro derrotero final.

Se cuenta que el pirata Henry Morgan, el mismo que capturó Jamaica y destruyó Panamá sin saber que españoles e ingleses habían hecho las paces, se apoderó de ella a mediados del siglo 16 y le sirvió de base para sus siniestras actividades de rapiña. La Cueva de Morgan es famosa. Hoy está semicubierta por corales y arbustos.

La isla de San Andrés, compuesta de una exótica vegetación tropical donde abundan los cocoteros, almendros, plátanos y otros curiosos árboles desconocidos para este chileno, mantiene una población de 60 mil almas. Muchas gente de color, algunos casi negros totales, salvo su blanca dentadura. Existen varias corrientes religiosas siendo la católica la más numerosa. San Andrés está enclavada en medio del mar Caribe, muy cerca de la isla Providencia. Al Sur Panamá; más al Norte Jamaica y luego Cuba. Frente a nosotros, a solo trescientos kilómetros, se encuentra Nicaragua que aún reclama como suya la isla de San Andrés, la cual, según antiguos tratados pertenece a Colombia, aunque está más cerca de Nicaragua.

«El Decamerón», un hotel que pertenece a la Cadena Hotelera del mismo nombre con sucursales en Cartagena (donde permanecemos 10 días) Santa Marta y San Andrés, está frente al Caribe. Este Hotel difiere del de Cartagena en cuanto a su construcción. Sus solamente 5 pisos de altura son de maderas pintadas de alegres colores. Los techos de tejuela verde y las fachadas de los diversos cuerpos, color rosado. Tiene tres piscinas y cinco distintos comedores con Bar abierto, lo que para muchos turistas constituye un atractivo más... Existen canchas de tenis, discoteca, juegos de bingo, surf y otras diversiones como son los tours por la isla. De noche,

al igual que en Cartagena, junto a una de la piscinas del hotel, una orquesta de morenos músicos ameniza con sus sonos tropicales la vida de los turistas, muchos de los cuales participan activamente bailando hasta entrada ya la noche.

Cada bloque del establecimiento hotelero mantiene entre uno y otro, pasillos de concreto color ocre, muy bien encerados. A sus costados aprecio -en medio del bien cuidado césped-(variedad desconocida para mí) macizos de plantas y flores tropicales, además de las muy bien distribuidas palmeras, que en estas islas caribeñas brotan como callampas. Muchos de sus altos y delgados troncos se me antojan erectas trompas de elefantes coronadas de palmas con apretujados racimos de cocos. Súmese a todo esto, los decorativos bananeros de anchas hojas color verde. En verdad, el lugar es muy bonito, digno de ser recordado.

Una noche después de cenar, salgo del Hotel y bajo los cocoteros contemplo lo límpido que se ve el universo con sus brillantes estrellas tan comunes a todos nosotros. Uno que otro rayo de luna se cuele entre las hojas de palmeras casi al borde de la blanca playa de arena adyacente a la asfaltada avenida que enfrenta a nuestro hotel. De súbito, cual una aparición, veo en la penumbra, a un paso de mí, la figura de un alto aunque delgado negro. Viste solamente shorts y va a pie pelado. Alza una especie de machete o sable corto enmohecido. En la mano izquierda lleva tres peludos y semiamarillentos cocos que apoya contra sus salientes costillas. Continúa con el arma en alto, quizás para intimidarme (confieso que lo consigo). Luego su boca enorme se abre y sorprende una risa burlona y unos robustos dientes blancos. Agrega de inmediato que no es su intención asustarme. Solamente quiere partir en dos uno de los cocos para que yo pruebe su leche. Molesto, le indico que acabo de cenar precisamente ese fruto. Ahora trato de ser lo más amable, mientras veo el pesado sable que aún mantiene en vilo.

-Es muy rica su pulpa -dice con la entonación típica del nativo caribeño. Asiento. Por el rabillo del ojo diviso a mi compatriota Francisco Sánchez salir del Hotel. Al parecer me ha visto y muy pronto está a mi lado. Le sorprende también esta espectacular figura de ébano. El hombre insiste en que probemos su producto. Pero ante mi nueva negativa lanza una fuerte carcajada y en forma rápida baja el sable. Enseguida, con sus tres

cocos apretujados contra sus costillas se despide de nosotros con un movimiento de cabeza. Veo a esta curiosa aparición alejarse con paso decidido por entre el bajo palmeral sepa Dios hacia donde...

En el Centro de la Isla San Andrés

El bus del Hotel nos conduce por una asfaltada carretera. Apegadas al Caribe muchas motos, autos y motocicletas pasan veloces. Por un costado el mar, por el otro una continua sucesión de modestas casitas en las que de pronto se destacan algunos modernos bungalows. Cada una de estas humildes viviendas de morenos moradores está enclavada en medio de un pequeño sitio plantado con palmeras y bananos. El bus se detiene en un terminal cercano al Caribe donde observo, en medio de una diminuta pileta con agua -montado sobre un redondo pedestal de concreto-, la figura de un inmenso tiburón de bronce mostrando sus largos y afilados colmillos y molares color marfil. Después me entero de que es una figura muy popular en la isla a la que llaman «Barracuda», es decir, un tiburón hembra. Ese será en adelante el sitio donde nos dejará y recogerá durante una semana el vehículo del Hotel (habitualmente llega a las nueve y cuarto de la mañana con sus pasajeros y regresa con ellos a la una de la tarde). Recorremos las calles principales con su numeroso comercio, de muy buena calidad (es puerto libre). No se ven los típicos e insistentes vendedores ambulantes -casi todos de piel negra- como son gran parte los de Cartagena y Barranquilla. Aquí los precios son más baratos que en estas dos últimas ciudades.

Mi compañero de viaje es un comprador empecinado y realiza diversas adquisiciones para sus numerosa familia. Yo soy más económico en esta materia, aun así, compro algunos objetos para los míos.

De pronto el sol se esconde tras una gigantesca nube gris y otro chubasco empapa nuestras poleras y los respectivos shorts. El agua lluvia es tibia y resulta muy refrescante en medio del intenso calor húmedo de 31 grados.

Intentamos apresuradamente regresar al sitio en que debe esperarnos nuestro Bus (La Barracuda). Lamentablemente nos extraviarnos y

recorremos una calle tras otra intentando vanamente encontrar el vehículo amarillo.

Un hombrecito modesto y flaco, de piel negrísima, aunque de ralos cabellos y barba blanca nos entrega algunas indicaciones las que seguimos al pie de la letra. Ya han transcurrido más de tres horas según lo convenido con el chófer, de manera que por el apresuramiento de encontrarlo antes de que nos deje abandonados, estamos jadeando de cansancio. Efectivamente, el amplio vehículo ha despegado de su lugar habitual, junto a la estatua del tiburón hembra. Por fortuna para estos dos despistados chilenos, al dar vuelta a una esquina frente al mar, lo vemos venir hacia nosotros. Treinta minutos después arribamos a nuestro Hotel tropical, precisamente cuando los heterogéneos turistas se disponen a almorzar.

Durante los cuatro días siguientes de nuestra estada en la bella isla llena de verdor, tendremos la oportunidad de conocerla más calmadamente. Así, en otra de estas nuevas visitas, la joven dependiente de una tienda - linda muchachita china de San Andrés- me informa que es frecuente que la isla sea azotada una o dos veces al año por violentos huracanes. Agrega que debido a ello deben cubrir las vitrinas o escaparates que dan a la calle con tableros para que el viento ni las palmeras que el huracán puedan arrancar caigan sobre ellas. Esto lo puedo comprobar la noche siguiente. A eso de las tres de la madrugada soy despertado por un extraño golpetear contra la amplia ventana del baño. Mi habitación está en el cuarto piso del cuerpo de edificios de madera. Intrigado, me encamino descalzo a la pieza contigua. Allí compruebo que la cabeza de una altísima palmera golpea con violencia el ventanal. Por un instante temo que los vidrios sean destruidos en un santiamén. De ahí que de inmediato me pongo a buen resguardo en mi dormitorio, desde donde presencio este inusitado fenómeno climático desconocido para mí. La verde cabeza, cual una medusa, continúa borracha sacudiendo su desparramada melena vegetal, hasta que el vendaval poco a poco va perdiendo su vigor. El árbol vuelve a recuperar su compostura. No sé cuánto duró esta fuerte turbulencia, pues el ruido del aire acondicionado de mi dormitorio me había en un principio ocultado el huracán. A la mañana siguiente, a través de una camarera, me impongo que el fuerte temporal de viento tuvo una duración cercana a la hora y media.

Son las nueve de la mañana. Tras el desayuno he salido a caminar por la vereda que enfrenta a las palmeras y playa, bajo un ardiente sol. De pronto, ante mis asombrados ojos, surge tras una baja tapia de plomos ladrillos, un abandonado y al parecer antiquísimo cementerio. Es muy pequeño (una hectárea de terreno a lo mucho). Sus lápidas están semi ocultas por la verde espesura. Dista, siguiendo la acera del Hotel, una cuadra. Lo último que me habría imaginado encontrar tan cerca del alegre y bullicioso establecimiento internacional donde cientos de turistas disfrutan de la mañana a la noche. ¡La vida y la muerte a menos de cien metros! Es como una advertencia de lo efímera que es nuestra existencia. Pienso que los placenteros momentos vividos allí no serán eternos. En esas bellas y bronceadas jovencitas tendidas cara al sol con sus esqueletos atrapados temporalmente dentro de esas voluptuosas carnes...

Frente a la isla de San Andrés, mar de por medio, se divisa el «cayo» Johnny, pequeño islote plagado de palmeras. Es un paisaje muy bello que me arranca fugazmente de estos ingratos pensamientos. Le tomo un par de fotos, pues bien se lo merece. San Andrés enfrenta a Nicaragua y también a Costa Rica en un vuelo de cuarenta minutos.

De Regreso a la Patria

El avión que debe llevarnos a Bogotá viene de Jamaica. En la capital colombiana deberíamos transbordar al que regresa a Chile. Pero si por cualquier circunstancia, como suelen ser las malas condiciones climáticas, entre otras, el avión de Jamaica a San Andrés se atrasara, perderíamos el vuelo que debe llevarnos a Santiago, pues entre la llegada de uno y el despegue del otro disponemos sólo de una hora. Así se lo hago saber a la Relacionadora Pública del Hotel que es la encargada de informarnos sobre los vuelos aéreos. Comprende de inmediato nuestra incomfortable situación (ya que es frecuente que el avión jamaquino se retrase por las razones antes dichas). De manera que nos consigue un avión que saldrá de Bogotá seis horas después de nuestro arribo. Despegamos más relajados de la Isla de San Andrés y luego de sobrevolar Panamá y en seguida Medellín (esta última me recuerda que en su aeródromo encontré

la muerte Carlitos Gardel hace más de cincuenta años; asimismo, los conflictos gubernamentales con los traficantes de drogas pertenecientes al renombrado cartel de Medellín), horas más tarde aterrizamos en la capital de Colombia. Disponemos de seis horas para recorrer la ciudad (es domingo). Pero funcionarios del aeropuerto El Dorado nos recomiendan no visitar el centro de la ciudad, pues los cacos bogotanos al olfatear que somos turistas pueden robarnos lo que llevamos encima. Pero no vamos a permanecer como bobos esperando en el grandioso aeropuerto. De tal modo contratamos un taxi el que nos conduce lentamente al Barrio Norte, sector muy bello apegado a una cadena de verdosos cerros, semejantes al Cerro Caracol de Concepción, aunque de mayor altura. En sus faldeos observo numerosos y modernos rascacielos. Me llama la atención el que muchas de sus fachadas sean de pulidísimos ladrillos, similares a los que he visto en Asunción del Paraguay, pero aquellas son edificaciones más modestas en su tamaño.

El chofer nos recuerda que Bogotá se encuentra a 2.600 metros sobre el nivel del mar, y muy condescendentemente nos conduce al sector céntrico, donde vemos espléndidas avenidas. La temperatura ha descendido a 12 grados centígrados (ya nos habíamos acostumbrado a los calores isleños sobre los 31 grados) de manera que recurrimos muy pronto a nuestras respectivas y livianas casacas de paño.

Recién se ha inaugurado un «Mall» majestuoso, aunque encuentro que nuestro Alto Las Condes es superior en fastuosidad. Aun, siendo Domingo, sus elegantes tiendas permanecen abiertas al público. Por sus escalas mecánicas suben y bajan multitudes de curiosos, al igual que nosotros.

La tarde ha caído y regresamos en taxi al aeropuerto. Ahí debemos esperar el Boeing 757 que ha de conducirnos a Chile.

De madrugada aterrizamos en Santiago con nuevos aires tropicales y paisajes llenos de exuberante vegetación en nuestras respectivas retinas.

JAMAICA

Junio de 1995. La exótica isla de piratas, filibusteros, corsarios, está a la vista. Con ella las imágenes de tantas aventuras cinematográficas que anidáronse en nuestra mente juvenil: galeones del pasado con sus intrépidos capitanes disputándose el codiciado tesoro. Abordajes, duelos de espadachines, y la infaltable «heroína», por la cual suspirábamos en nuestras butacas del Cine. Todas esas fantasías desarrollándose en las inmediaciones de sus azuladas costas.

Pero resulta que mi primera impresión al acercarnos a la exhuberante isla es más bien de desazón. El Boeing 757 principia (tras nueve y media horas de viaje Santiago-Jamaica) a descender.

Desde la diminuta ventanilla veo solo una densa niebla y en seguida una que otra verde y arbolada colina. Son las seis de la tarde y debo aclarar que estamos en la temporada de lluvias Jamaicanas. Por lo tanto el cielo continúa cubierto de oscurísimas nubes. Nada comparable con aquellos hermosos cielos azules que en otras islas tropicales he tenido la suerte de contemplar. Pero supongo, ya vendrán días soleados, aun en esta época.

Descendemos del gigantesco avión y de inmediato un aire caliente nos envuelve. Allí nos espera el Bus del Hotel Trelawny que después de una hora de viaje, entre espesuras muy verdes a ambos lados del camino y sorteando los charcos de agua que se han acumulado con el agua lluvia, nos deja en nuestra futura residencia.

El Hotel en que nos hospedamos por diez días tiene 7 pisos de altura, con un total de 420 habitaciones. Al centro de los dos enormes y paralelos cuerpos de edificios, un muy bien cuidado parque con pintorescas pérgolas. Observo algunas aisladas palmeras junto a los senderos que conducen a la playa, muchos árboles nativos dispuestos sobre el césped por excelentes paisajistas: Poincianas, Ginger Liley, gran variedad de orquídeas, tamarindos, claveles y los hermosos árboles llamados Uva de Playa, por sus numerosos racimos de pequeños cocos.

Algo que me ha sorprendido durante el trayecto al Hotel es la enorme cantidad de autos marca Lada que transitan por la carretera. Pronto me

impongo de un convenio existente entre Rusia, que les envía estos vehículos y Jamaica que se los paga con azúcar de caña y café. Llama también mi atención el que todos los autos tienen el volante al lado derecho, sin embargo transitan por el carril izquierdo. De allí que resulte sumamente peligroso para un sudamericano el manejar en la exótica isla.

Jamaica tiene una población de tres millones de habitantes, de los cuales el 90 por ciento son negros totales, casi azules. El resto blancos, especialmente chinos (descendientes) que no hablan el chino e indúes que tampoco hablan su lengua natal. Por lo que constato el turismo es su principal fuente de ingresos, al igual que antiguamente fue el azúcar de caña.

Jamaica posee las mejores canchas de Golf del Caribe. También excelentes pistas de Tenis, cosa que a uno de mis dos compañeros lo llena de satisfacción. Luis Breinbauer es un amateur en este deporte que practica los sábados en el Estadio Español. Pero de inmediato reprimo sus instintos de deportista por cuanto señalo que no hemos venido de tan lejos a verlo jugar. Esto lo puede realizar cuantas veces desee en Santiago. Lo importante para mí es no desperdiciar el tiempo y conocer más intensamente la isla.

En este territorio caribeño se habla inglés, como que pertenece al Commonwealth, y el «patuá», dialecto traído por los primeros negros llegados del Africa. Un millón y medio de sus habitantes residen en Kingston, la capital, y el resto repartido entre los diferentes distritos llamados «parroquias».

Desde el Bus he advertido que no existen potreros con cercas o alambradas. Sólo veo grandes extensiones de abundantes pastos, pero de escasos vacunos, en especial de raza Cebú. Los amarran del cuello a cortas estaquillas donde tienen bastante limitada la facultad de moverse pastando, a lo sumo unos veinte metros a la redonda de ese eje.

El guía nos ha contado que la Iglesia más numerosa es la Anglicana (existen, además, otras varias religiones) siendo la católica la que cuenta con menores feligreses.

Montego Bay

La parroquia o distrito más cercano a nuestro Hotel es Montego Bay (45 minutos en Bus), ciudad con mucho comercio, pero modesta en su edificación que no supera los tres pisos. En el recorrido contemplo fabulosas mansiones enclavadas en las verdes y tupidas colinas, y en el plano, a orillas del camino pavimentado, algunos estupendos Hoteles, generalmente contruidos a la vera del mar, donde todas las playas son privadas.

Este camino, cada cierto trecho, mantiene erguidos a ambos lados postes de fierro. Interrogo el por qué. El amable guía negro me responde que el narcotráfico existente años atrás fue muy grande. Todas las plantaciones estaban cercanas a esta vía y era muy fácil el aterrizaje de avionetas para llevarse el producto clandestinamente. Las autoridades Jamaicanas emplearon este ingenioso sistema de postes metálicos, con lo que cualquier intento de aterrizaje era fatal por cuanto sus alas se despedazaban al estrellarse contra ellos. La idea dio excelente resultado: a orilla del camino, como testimonio de su efectividad, observo un destrozado avión cuadriplaza.

La ciudad de Montego Bay, al igual que todo Jamaica, es puro verdor, mares color turquesa y negros, negros por doquier. Siempre sonriendo, no sé si por sus blancos dientes que dan esa sensación, o porque realmente son de espíritu festivo. Más bien me inclino por esto último, pues en diversas ocasiones pude verlos chacoteándose entre ellos, o bailando rítmicamente al son de una improvisada orquestilla. Las mujeres, negrísimas también, guardan un estilizado cuerpo hasta los 20 o 25 años. Ya mayores, la anatomía pierde sus atractivas líneas. Así vemos robustas madonas deformadas por su gordura. Tanto caras, bustos, piernas y traseros sufren esta desproporcionada inflación.

De regreso al Hotel, tras almorzar, el cielo se vuelve a cubrir de espesas nubes negras y a poco podemos contemplar, en medio de una lluvia torrencial, un espectáculo fantástico de rayos y truenos. Pasada la tormenta hacemos otro tur por los alrededores de Montego Bay. El guía nos muestra en las cercanías de la ciudad un maltrecho bodegón, el que fue acondicionado como cárcel cuando se filmó «Papillón», con el

desaparecido Steve Mc Queen. Nos detenemos por breves instantes ante la casa de madera en que nació el actor y cantante de color Harry Belafonte. Es una casona de dos pisos, en muy mal estado, donde aún habitan sus padres.

Joseph, el Cocodrilo

Casi todas las mañanas, al bajar del Hotel a la cercana playa de amarillas arenas, pasamos a saludar a Joseph. Es éste un largo y macizo cocodrilo que dormita plácidamente en una amplia gruta reforzada de rejas protectoras. Su prisión está junto a un bien cuidado sendero rodeado por hermosas orquídeas a pocos metros del escenario donde cada noche llévase a efecto un espectáculo bailable que ameniza una banda de negros y afiatados cantantes. Joseph nos mira con unos ojos muy parecidos a los de un amigable perro. Y, al acercarse nadando hacia nosotros, tal vez con apetitosas intenciones, abre su enorme boca de afilados dientes. Retrocedemos un paso tras la reja. Decepcionado, nos mira fijamente. En seguida, de sopetón, cierra con violencia sus mandíbulas. Regresa a su gruta, donde sobre una loza de concreto, rodeada de helechos, se dispone nuevamente a reposar. Joseph podrá estar privado de libertad, pero nos consta que sus carceleros lo nutren a diario de alimentos como si se tratara de un excelente gourmet.

Radio Jamaica

En pleno centro de Montego Bay descubro Radio Jamaica con su Estación F.M. llamada Flame. La visito por algunos minutos. Veo en sus paredes numerosas fotografías de artistas del cine. Me entrevisto con una secretaria y administrativos. Todos sumamente negros, de capitán a paje. Apenas entienden mi chapurreado inglés y menos por supuesto, el castellano. La emisora F.M. está cumpliendo 10 años de vida. Obséquianme folletos instructivos de su emisora que transmite como filial de la de Kingston. En estos instantes están refaccionando los Estudios y cuentan

con un helicóptero para ayudar a la Comunidad en caso de emergencia. Les cuesta mucho ubicar dónde está Chile y para guiarlos mejor, no se me ocurre otra cosa que contarles que estamos al Sur de Sudamérica, cerca de la Antártica y al lado de Argentina. Sonríen. Aunque no tengo idea si han comprendido lo que les dije. Tras obsequiarme un banderín de la Emisora A.M. con gran gentileza una bella negra, que al parecer es una ejecutiva, me despide con un beso en la puerta de la emisora.

Viaje a la Ciudad de "Ocho Ríos"

Esta ciudad, entre otros aspectos es famosa porque allí se filmó la película «Laguna Azul». Como todas las otras localidades está tupida de abundante follaje tropical. Se encuentra entre Montego Bay y San Antonio. Este último, lugar favorito de famosas estrellas del cine como también de escritores. Citemos a la legendaria Bette Davis, Ginger Rogers, Elizabeth Taylor y Richard Burton. Escritores como Rudyard Kipling y Paul Whiteman.

La leyenda local de San Antonio afirma que el espíritu del famoso actor Errol Flynn frecuenta el lugar comiendo pescado y bebiendo Gin. Es sabido que Errol Flynn el año 1946 fue demandado por su esposa después de un escandaloso asunto. Escapó en su yate *Zacca* y navegó por el Caribe. Pero tuvo la desgracia de toparse con un huracán. Su embarcación se estrelló contra los arrecifes de San Antonio. Mientras esperaba que su yate fuera reparado, se enamoró de esta bella isla y de la bondad de sus gentes. Aquí permaneció largo tiempo. Compró el Tichfield Hotel en Port Antonio y fue de su propiedad hasta que falleció en 1960.

Puerto Antonio ha sido visitado por la Reina Madre de Inglaterra. Otros viajeros reales han sido su Majestad la Reina Isabel II y el Duque de Edimburgo; el príncipe Carlos, la princesa Margarita y Lord Snowdon; el príncipe Rainiero de Mónaco; las princesas Carolina y Stefanía. Otro personaje que visitó Jamaica fue Sir Wiston Churchill. La familia Churchill aún es dueña de una residencia en la isla.

Grace Kelly, Bob Hope, Claudette Colbert venían regularmente a la isla. Ralph Lauren y Paul Mac Cartney aún vacacionan en Round Hill cada año. También son asiduos George Bush, Spiro Agnew, Dustin Hoffman,

la desaparecida comediente Lucille Ball, y el también muerto Rock Hudson; Joan Collins, Debye Reynodls, Paul Newman y tantos más como Charlton Heston que ha vivido algún tiempo en Jamaica.

Continúa nuestra peregrinación en Ocho Ríos. Otra sorpresa: Contemplamos la mansión en que se filmó «El Agente 007» con la actuación de Roger Moore. Pertenece al acaudalado norteamericano propietario de numerosos Sandals.

Parque Cristóbal Colón

En Ocho Ríos visitamos el Parque Cristobal Colón. Su rada o puerto fue llamado primitivamente por el Descubridor de América, Puerto Seco debido a la carencia de agua para beber (1494).

Cuenta la tradición que durante su cuarto viaje, Cristobal Colón se vio obligado a recalar nuevamente en las costas de Jamaica. Los naturales de esta isla que habían oído hablar de los excesos cometidos por los españoles en otras islas, les negaron los víveres. Colón no se hallaba en estado de obtenerlos por la fuerza y los ruegos eran impotentes. La escasez de los españoles aumentaba cada día. Colón sabía que una noche próxima tendría lugar un eclipse de luna y debía aprovechar esta circunstancia. Anuncia a los indios que Dios, irritado por su poca humanidad, va a castigarlos y que desde aquella noche la luna dejará de alumbrar. Algunos indios creen, otros se ríen. La noche llega; el eclipse comienza. Los indios acuden alrededor del Descubridor: le traen víveres y le piden perdón. Colón se muestra inflexible hasta el momento en que el eclipse debe terminar. Entonces perdona a los indios que quedan muy contentos cuando ven reaparecer la luna. No se atreven a negar nada a un hombre que parece favorecido por el cielo.

Ese mismo día almorzamos con mis dos compañeros y otros chilenos, en Las Ruinas (donde antiguamente funcionaba una industria que procesó por largo tiempo la caña de azúcar), hoy convertida en un pintoresco restaurante. Tras almorzar, paseo a las famosas Cascadas de Ocho Ríos. Lugar muy pintoresco, atracción de los turistas. Luego de atravesar el espléndido parque descendemos al nivel de la playa de

blancas arenas. Allí nos llevamos la gran sorpresa de estar al pie de la torrentosa cascada que proviene de las alturas. Son 240 metros de la cima hasta la playa.

Haciendo una verdadera cadena humana hombres y mujeres tomados fuertemente de las manos, desafiamos la corriente que se nos viene encima y vamos trepando con gran dificultad, saltando de roca en roca. Estamos empapados de la cabeza a los pies. Hay que tener mucho cuidado en donde colocar cada extremidad inferior, pues un mal paso puede hacernos resbalar y caer en pozones de más de metro y medio de profundidad. Por cierto que más de alguno cae, pero allí estamos prestos a socorrerlos.

Mis dos acompañantes chilenos, el deportista Luis Breinbauer y Francisco Sánchez, viajero consumado, están bastante excedidos en su peso, en especial sus algo abultados estómagos. En un principio miran con angustia hacia lo alto de las cascadas, inseguros de poder escalar hasta la cima. Se debe luchar de continuo contra las impetuosas y no muy templadas aguas. Yo ya he emprendido la subida y desde varios metros más arriba los animo a seguir mis pasos y los de otra treintena de decididos turistas. Finalmente resuelven emprender la aventura, encadenados firmemente a otras nerviosas manos. Así llegamos medio extenuados a la cumbre. Un paisaje inolvidable nos espera. Allí se han filmado numerosas películas. Esta es la llamada Bahía de Santa Ana donde Cristobal Colón ancló sus naves en 1494.

La Ciudad de Negril

Llamada inicialmente de los «negritos». En este bello puerto de Jamaica también se han filmado numerosas películas. Por lo que constato los cineastas norteamericanos y europeos tienen en esta isla un semillero de lugares exóticos que explotar como telón de fondo para sus producciones artísticas. Bástenos recordar «Veinte mil leguas submarinas» y «El Doctor No». Hemos venido a este balneario con ropas muy livianas pues la temperatura como en toda la isla, es bastante calurosa. Visto camisa tahitiana -muy floreada- de manga corta, shorts y zapatillas de gimnasia.

Con mis dos acompañantes salimos a caminar por la larguísima playa de blancas arenas. A un costado el vasto palmeral, típico de las islas caribeñas. De pronto una enorme nube negra que parece flotar sobre el océano asciende hacia los cielos. «Ya se aproxima una tormenta» -nos comunica con gestos un isleño tan negro como el carbón. Así es en efecto. Pronto el cielo se nos viene abajo entre relámpagos y truenos. Ya nuestras delgadas ropas chorrean agua que es un gusto. Agua, pero tibia. Afortunadamente en la playa existe un buen Hotel con su respectivo Restaurante montado al borde mismo de la arena. Allí pensamos «capear» el temporal mientras almorzamos. Pero éste continúa sin parar en su intensidad. La extensa playa está completamente desierta, salvo un lanudo perro negro que, acostumbrado a la lluvia, se pasea olfateando la arena de un lado a otro.

Nos habían hablado de un campo nudista cercano, donde hombres y mujeres tostaríanse al sol. Pero con este clima Evas y Adanes se han evaporado. En medio del aguacero dos horas después regresamos corriendo a más no poder al Casino del Hotel donde está esperándonos el Bus. Una carcajada unánime de los que allí se guarecen nos recibe. La causa: hace más de media hora que nos esperan para reanudar el viaje a otros lugares. Nuestras tres figuras son algo grotescas. La fuerza del viento y del agua nos tiene completamente desgredados, los ojos enrojecidos y venimos con el torso desnudo. Relojes, camisas, billeteras y cámaras fotográficas, las hemos colocado en celestes bolsas plásticas que nos han proporcionado en el Restaurante lejano. Allí hemos introducido estos objetos para preservarlos de la lluvia. Compatriotas y extranjeros indagan el por qué de nuestra tardanza. Muchos llegaron a pensar que la fuerte resaca del ahora embravecido mar pudiese habernos atrapado y llevado hacia los temibles arrecifes.

Una vez que hemos contado nuestra pequeña aventurilla, a su vez nos informan que ellos, los turistas, al ver desatarse la tempestad, optaron por permanecer en el amplio escenario techado de este Restaurante. Hombres y mujeres lo han pasado muy bien aprendiendo a bailar el «Reggae», ritmo cadencioso, guiados por dos curvilíneas negritas que han oficiado de profesoras.

Todos regresamos al Bus con la intención, pese a la lluvia, de subir

a unos famosos acantilados. El vehículo principia a ascender por un estrecho camino pavimentado. No hemos avanzado dos kilómetros, cuando se detiene junto al nuestro otro Bus. Viene bajando en sentido contrario. Ambos conductores negros conversan en su dialecto natal, el «patuá». La tarde está bastante oscura. Finalmente la asistente de nuestro vehículo nos comunica que será imposible continuar hasta los acantilados, por cuanto el estrecho camino está muy resbaladizo y la maniobra sería peligrosa.

Buscando un claro en la berma, con bastante dificultad nuestro chofer logra doblar en U y regresar cuesta abajo. La lluvia, intensa, apenas me permite vislumbrar por la ventanilla la verde espesura. No así los limpiaparabrisas del Bus que, cual abanicos, trabajan con toda su energía. Dos horas más tarde arribamos a nuestro Hotel con las ligeras ropas aún húmedas.

Dos días después, aprovechando una bonanza del clima, salgo a caminar solo por la playa privada de nuestro Hotel. Camino descalzo y en shorts sobre la amarilla y tibia arena. Atravieso una suerte de barrera hecha con rocas y de sopetón me encuentro con una treintena de mujeres de diferentes edades tendidas en los blancos divanes de acrílico. Tuestan sus senos descubiertos con la mayor de las indiferencias. Algunos hombres en traje de baño reposan en la arena junto a ellas. Nadie se preocupa del vecino. Y yo, algo incómodo, sintiéndome un intruso, doy media vuelta y lentamente regreso a mi Hotel.

Las Medusas

En nuestro Hotel nos han advertido lo peligroso de bañarse en el mar entre las 17 y 19 horas. ¿La razón?... Pues a esas horas suelen llegar hasta la misma playa las peligrosas Medusas. Con mis dos compañeros, curiosos nos atrevemos a remojarnos precisamente en ese horario para observar a estas fantásticas criaturas marinas (que me recuerdan el famoso cuadro). Por más que intentamos visualizarlas durante dos días, la verdad es que éstas no aparecen por ningún lado. Somos los únicos turistas en la dorada playa. Muy pronto nos imponemos por una dama limeña que las tales

Medusas no son otra cosa que gelatinas transparentes no mayores en tamaño que un puño. Suelen adherirse a la piel causando escozor y un leve enrochamiento. De manera que nos olvidamos del asunto regresando al Hotel en cuya pista de baile, al aire libre, jóvenes y viejos se deleitan bailando al ritmo de una afiatada orquesta de negros que tocan sobre un escenario de madera profusamente iluminado por luces multicolores. Esta alegre y bulliciosa escena se repite noche a noche. Bébese en especial Piña Colada, muchas otras bebidas en base a Ron -el licor nacional- y también cerveza natural de la isla.

• • •

La víspera de nuestro regreso a la patria, a mi amigo Francisco Sánchez se le ha extraviado su reloj Omega al sacudir en la playa su sábana de baño donde había ocultado éste. Con seguridad la arena se lo ha tragado y por más que la escarbamos no aparece. Dos matrimonios chilenos con quienes hemos trabado amistad colaboran en su búsqueda. Pero todo es en vano. Esa misma tarde nos llega la buena nueva: el reloj ha sido encontrado por Dennis, un altísimo negro de cabeza rapada y piernas flacuchentas cual oscuros coligües. Nuestros compatriotas pronto ubican al retinto Sherlock Holmes, quien muy sonriente recibe una suculenta propina en dólares.

• • •

El sol que fue tan mezquino con nosotros los diez días de permanencia en Jamaica, está resplandeciente la mañana en que debemos regresar a Chile. Un espléndido cielo azul nos acompañará hasta el Aeropuerto de Montego Bay. La foresta tropical brilla en todo su esplendor. El Caribe, manchado parcialmente por apacible oleaje color turquesa, poco a poco va haciéndose imperceptible desde las alturas. El Boeing se aleja velozmente de esta maravillosa isla que nos ha brindado, día a día, parte de su historia y todos sus encantos naturales.

El Cónsul chileno en Tahiti, Carlos García Palacios, jefe de la expedición Tahiti-Nui cuenta en carta dirigida a Jaime Bustos Mandiola (10 de Agosto de 1966) sabrosas anécdotas que forman parte de *Crónicas de un ex locutor de Radio*.

...El Gobernador de Polinesia le ofreció a mi amigo Marlon Brando una hermosa comida de quince personas a la que, naturalmente Agnés, mi compañera y yo fuimos invitados. El día anterior habían llegado a Tahiti, en viaje de novios, la hermosa estrella de cine Brigitte Bardot con su flamante marido Gunther Sachs que yo había conocido anteriormente. Brigitte estaba a la derecha del Gobernador y yo a la derecha de la esposa del Gobernador que es una francesa muy bonita y elegante. A su izquierda Marlon Brando, Agnés al frente, sin olvidar a la amiguita de Marlon, Tarita, que fue la estrella de Motín a Bordo. Todo eso muy interesante y divertido, y pensé, Jaime, como habrías gozado comiendo junto a Brigitte Bardot y Marlon. Me hice muy buen amigo de Brigitte Bardot, que antes de partir a México, me envió una hermosa fotografía dedicada con su marido. Todo esto tenía un sabor especial en medio de las experiencias atómicas, nucleares, que tenían lugar esa semana en el lejano atolón de Moruroa...



BRAVO Y ALLENDE
EDITORES